COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

LÍRICOS

- V -


EX LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS

TIRADAS ESPECIALES

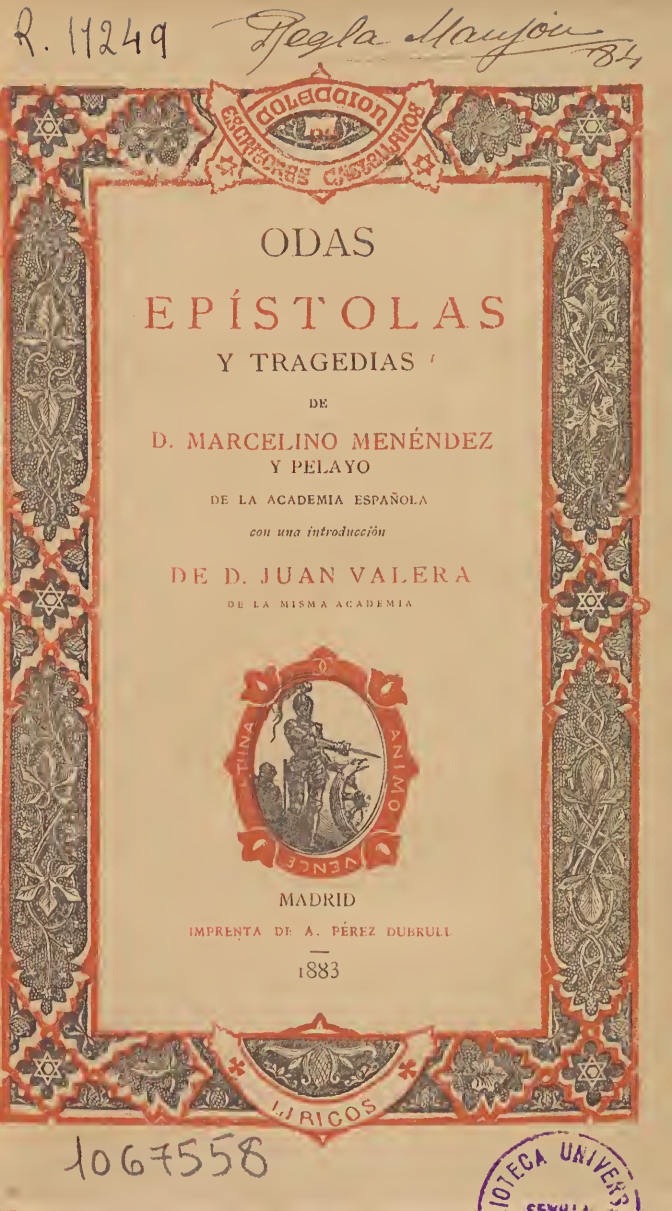
25 ejemplares	en papel Japón	1	á	25
25 »	en papel china	26	á	50
100 »	en papel de hilo	51	á	150

B. Maura, g.

Marcelino Menéndez
y Pelayo


R. 11249
1067558
IOTECA UNIVERS





ODAS
EPÍSTOLAS
Y TRAGEDIAS

DE

D. MARCELINO MENÉNDEZ
Y PELAYO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA

con una introducción

DE D. JUAN VALERA

DE LA MISMA ACADEMIA

MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

1883



INTRODUCCIÓN

Sr. D. Mariano Catalina.

Mi querido amigo y compañero: Vergüenza me da de esta pereza ó de esta seca esterilidad de la mente, que ha tiempo me aflige, y no me deja cumplir multitud de compromisos que tengo contraídos. Es uno de ellos el de escribir un largo Prólogo para las Poesías de nuestro amigo Menéndez Pelayo, de las cuales hace V. elegantísima edición ahora.

En mi sentir, las Poesías susodichas no han menester de Prólogo, ni largo ni corto, escrito por nadie, y mucho menos escrito por mí, que he de ser tildado y recusado por muy parcial del poeta; pero el poeta se empeña en que yo

escriba el Prólogo, y hasta en que el Prólogo sea largo: yo le he dicho que le complaceré; y ya, salga bien ó mal, voy á cumplir la promesa y á escribir el Prólogo ofrecido, incluyéndole en esta carta, que dirijo á V., con quien tengo más confianza que con el público, y á quien podré declarar ciertas opiniones mías con mayor desenfado y sin rodeos.

Todavía, á pesar de mis años, soy yo cándido para bastantes cosas; pero no lo soy, ni lo he sido nunca, en lo que á la vanidad se refiere. No me lisonjeo, pues, de que, en virtud de mi elocuencia crítica, he de convertir en admirador de Menéndez Pelayo, como poeta, á uno solo de los que como tal le niegan ó le denigran; pero quizás atine á exponer, con toda claridad, las razones que tienen sus parciales para encomiarle, y á discurrir sobre la poesía lírica en general, con ocasión de las de nuestro amigo, afirmando teorías, que me parece conveniente sostener y divulgar, y que pudieran llevar el convencimiento al ánimo de personas de recto juicio, que hasta hoy piensan de modo contrario, por carencia de reflexión sobre ciertos puntos.

El crédito que una persona adquiere de hábil en cualquiera oficio, suele estorbar, y á veces hace imposible que la celebren ó aplaudan por

otra habilidad, aptitud ó merecimiento. El linaje humano es harto económico de alabanzas. Concedemos, por ejemplo, que alguien es buen mozo, y al instante nos sentimos inclinados á poner un *pero* ó varios *peros*, á fin de atenuar la concesión. Es buen mozo, decimos; pero es presumido, es soso, es muy sin grácia. Tal general es bizarro; pero, si no le cabe en la cabeza un escuadrón de caballería, ¿qué quiere V. que haga?.... Doña Luisa es lindísima y elegante; ¡pero es tan remilgada, tan fastidiosa, tàn incapaz de sacramento!.... Pedro tira bien á la pistola y al florete, monta á caballo como pocos, y valsa á las mil maravillas; pero ¡si rebuzna en vez de hablar!.... Diego habla elocuentísimamente en público; pero es calamitoso cuando escribe. Juan es un primor escribiendo; pero no se le puede aguantar hablando. Francisco sabe mucho de poesía; compone versos preciosos; pero ¿cómo quiere V. que cumpla con su obligación en la oficina? ¿Qué ha de entender de Hacienda un poeta?

Quien discurre de esta suerte logra limitar las facultades de todos, á fin de que nadie sobresalga demasiado y en varias cosas á la vez. Y luego, pasando de lo particular á lo general, solemos poner incompatibilidad absoluta, salvo

por milagro ó excepción rarísima, entre ciertas prendas y virtudes de entendimiento y de carácter, dando por evidente que se excluyen unas á otras en el mismo sujeto. Así, por ejemplo, todo el que es diestro en la prosa de la vida y conoce la aguja de marear, como vulgarmente se dice, se supone que jamás se levanta, ni con la imaginación ni con el sentimiento, medio palmo sobre la superficie de la tierra. En el que sueña con poesías é idealismos hallamos la más deplorable incapacidad para la vida práctica. En el poeta vemos desorden, poca ó ninguna disposición para estudios eruditos, y carencia de crítica, á fin de que su obra sea el resultado portentoso de un instinto ciego y semidivino. Y en el crítico, estudioso y dotado de erudición, propendemos á dar por evidente, ó bien que su alma carece de alas, ó bien que, con el peso de los librotes que ha estudiado, las alas pierden su brío y ligereza, y jamás llegan á alzar el vuelo á las regiones donde está la inspiración original, el numen ó la musa, como se decía en otro tiempo. El erudito tiene memoria, y la memoria ahoga en él la fantasía y la suplanta; recuerda, y no crea; imita, y no inventa; repite los sentimientos é ideas de los extraños, y no siente ni piensa por sí. Hasta en la forma nada pone de

su cosecha, y no emplea expresión que no haya sido empleada por algún autor de los que lee, estudia y admira.

De tal manera, no es dable que nadie llegue á ser buen poeta, y, sobre todo, poeta popular. Aun suponiendo que el tal tiene talento, abrumado este talento por la lectura, carecerá de la plena conciencia de la vida actual y real; lo verá todo de reflejo en los libros, y no en el universo y en la sociedad humana; será anacrónico, pensando tal vez como en el siglo XV se pensaba, y será exótico, no retratando ni reproduciendo lo que hay en su siglo y en su patria cuando él escribe, ni columbrando tampoco y vaticinando, con vista y aliento fatídicos, algo de lo futuro. Si la urraca, que remeda lo que oye, y toma de acá y de acullá retazos y desechadas antiguallas, no tiende el vuelo ni clava la vista como el águila de Júpiter, tampoco el pobre humanista, que sueña con ser vate, dice con razón:

Longius et volvens fatorum arcana movebo,

ni pasa de repetir lo que se sentía, imaginaba ó pensaba, hace veinte ó treinta siglos, en Roma, por ejemplo, ó en Alejandría, ó en Atenas.

Para entender á este poeta erudito, todo lector medianamente profano necesitará, por lo menos, del auxilio del Bouillet. La dama de sus pensamientos, á quien él dirija declaraciones, ternezas ó piropos en sus coplas, se quedará á oscuras leyéndolas, como si en griego estuviesen escritas, ó bien tendrá que seguir un curso de mitología, otro de antigüedades clásicas y otro de filosofía gentílica. Y el vulgo, por último, que ni tiene para comprar el Bouillet, ni sabe que existe, ni cuenta con solaz y reposo para meterse en la cabeza tanto enredo, oirá á nuestro poeta como quien oye llover, y no llegará á conmoverse, ni siquiera penetrará el sentido de lo que el poeta dice en alabanza de la religión ó de la patria.

Todo esto tiene una parte de verdad, y todo esto y más se propala contra las poesías de nuestro amigo Menéndez Pelayo. ¿Qué es lo que podemos y debemos contestar?

Sobre lo de poco inteligible y atiborrado de doctrina, la contestación es breve. Si por semejante falta ó sobra hemos de condenar á Menéndez Pelayo, condenémosle, que no irá en mala compañía á cumplir la condena. Con él irán Dante y Goethe, que saben cuanto había que saber en la edad en que vivieron, sin que lo

guarden ó escatimen al escribir versos, sino vertiéndolo en ellos con profusión, á fin de que cada lector alcance y entienda hasta donde lleguen sus entendederas y sus alcances. Además que el Quijote nos convida con la linda contestación que dió el cura á maese Nicolás el barbero, cuando éste dijo que no entendía cierto libro: «Ni aun fuera bien que vos le entendiérades.» Lo cual, entre varias interpretaciones que puede recibir, significa que el que escribe no ha de estar obligado á ser rudo y vulgar, receloso siempre, y á menudo sin fundamento, de que es más rudo y más vulgar que él quien ha de leerle.

En lo demás, la defensa de las poesías de Menéndez Pelayo es, á mi ver, facilísima. Lo que no puede ser es corta. Si la crítica con que son atacadas toma, sin duda, por blanco el valer personal del poeta, no reconociendo en él fantasía, sentimiento ni espontaneidad, mas se funda en razones y conceptos generales sobre el arte soberano de crear la belleza por medio de la palabra rítmica, y contra estas razones y estos conceptos conviene protestar. De donde se sigue que la apología de este tomo de versos reclama é implica la refutación de no pocos errores literarios que acerca de la poesía lírica andan muy validos.

El antagonismo que ponen hoy los más de los

críticos entre la poesía popular y la erudita no ha existido nunca. En cierto modo, no hay siquiera distinción entre ambas poesías. La popular es la erudita que agrada ó entusiasma al pueblo, haciéndose popular. Y la erudita, si, cuando no llega á ser popular, es tal vez porque no merece el aplauso y el entusiasmo de la muchedumbre, también puede ser porque el poeta vive en edad poco poética ó porque el pueblo está extraviado por un pésimo gusto literario que le hace preferir lo malo á lo bueno. Hay, además, otra poesía, que podemos llamar vulgar, porque el vulgo, no sólo la sabe, sino que la compone: pero esta poesía no suele pasar de coplas en país alguno, y aun es probable que las mejores de estas coplas hayan sido compuestas por poetas eruditos, quienes adivinaron el gusto y obtuvieron el favor del vulgo. El prurito de lograr esto causa muchos extravíos. Ya, por afán de sencillez, se desdeña toda elegancia de lenguaje y se escribe con desaliño impropio hasta de la más desmayada prosa. Y ya, receloso el autor de no ser entendido, suponiendo muy cortos alcances en el vulgo, no dice en sus versos sino enfáticas vulgaridades. Suele, por último, ocurrir que, á fin de dar el autor novedad á sus coplas, sin salir del tono y de los sentimientos que imagina

él ingénitos en el pueblo, trae á sus cantares afectados y exóticos sentimientos, que jamás abrigó el alma de la nación para quien escribe, y que tal vez acaban por inficionarla y pervertirla. Así, por ejemplo, una empalagosa *sensiblería* tudesca, que nunca fué en lo antiguo española castiza, y que, ó bien inmediatamente, ó bien por medio de Francia, ha venido á adherirse á nuestra poesía pseudo-popular, como la *filoxera* ó el *oidium* á la vid, apareciendo en seguidillas y coplas de fandango, las cuales hemos de suponer cantadas por jáques, flamencos y majas de lo más crudo. ¿Cómo no ha de disonar en tales bocas este hiperbóreo sentimentalismo? Hasta en Alemania se le niega el ser popular, y disuena y empalaga. Goethe pedía que se promulgara una ley que le desterrase de los versos durante treinta años, á ver si el sentimiento natural aparecía en lugar suyo. Y en otro agudo crítico alemán llegó el empalago á tal extremo, que estaba empeñado en perseguir y exterminar golondrinas y ruiseñores en todo el reino de las Musas. En efecto: hasta lo más bonito y simpático enfada á veces por lo repetido y mal traído á cuento. Aquí, por ejemplo, en esta tierra de Portugal, poseen una lengua rica y á propósito para la poesía lírica; pero andan también muy

inficionados del sentimentalismo germánico. Usan palabras preciosas y significativas, que nos faltan en castellano, como *luar*, el relucir de la luna, y *saudades*, pasión melancólica nacida del deseo y de memorias amorosas de un bien perdido ó soñado. Sin embargo, se prodigan ahora tanto las *saudades* y el *luar*, que se me antoja que convendría que ambos vocablos se prohibiesen durante medio siglo por lo menos.

La manía por la poesía popular trasciende hasta á los metros, aprobándose unos por populares y rechazándose otros por eruditos. No se ha de negar que el metro más popular en castellano es el de ocho sílabas; pero ¿proviene esto de afinidad misteriosa entre dicho metro, nuestros oídos, órganos de emitir la voz articulada é índole del idioma que hablamos, ó de que los modelos, que en lo antiguo lograron popularizarse, están en versos de ocho sílabas? De todo hay, sin duda, si bien la explicación más natural es decir que el octosílabo y el empleo del asonante sirvieron para la poesía épico-popular, y de allí pasaron á las coplas en España. En Italia, al contrario, el pueblo aprendió y recitó, en un principio, tercetos del Dante y octavas reales del Ariosto y de otros épicos, y hasta los poetas franciscanos, en el albor del lenguaje y de la li-

teratura, escribieron endecasílabos, de donde pasó el endecasílabo á la poesía popular, ó, mejor dicho, vulgar. En la rica colección de cantares de Toscana, hecha por Tigri, apenas hay un verso que no sea endecasílabo. De lo cual, no obstante, no es lícito y sería cruel sacar la consecuencia de que debemos condenar á los italianos á perpetuo verso endecasílabo y condenarnos á nosotros al octosílabo perpetuo, so pena de no ser populares nunca.

Ni por el metro, ni por atildamiento y ornato de estilo, conviene desechar como impopular la poesía, confundiendo lo popular con lo vulgar. Si la desecháramos, sería ineludible consecuencia el afirmar, v. gr., que la Elegía de Gallego al Dos de Mayo y la Oda de Quintana al levantamiento de España contra los franceses, donde más alto y más claro suena la grande y heroica pasión patriótica que conmovió las entrañas de nuestra nación en 1808, y la hizo capaz de tantas hazañas gloriosas, no pueden ser populares, sino artificiosas y eruditas; y que la verdadera poesía popular de entonces es aquello de

Napoleón Primero,
¡Ay, infeliz de ti,
Si á nuestro Rey Fernando
No vuelves á Madrid!

ó aquello otro de

Con las bombas, que tiran
Los fanfarrones,
Se hacen las gaditanas
Tirabuzones:

donde, en efecto, ni hay alusiones mitológicas, ni lindezas de dicción, ni endecasílabos tampoco.

Muéstrase, por otro lado, abierta contradicción en el criterio más empleado en el día para juzgar y tasar el mérito de las composiciones poéticas.

Se pide sencillez, á fin de que la poesía sea inteligible para el vulgo, y se requiere á la vez que la poesía sea *docente*; esto es, que no tenga por fin primero y esencial la realización de la belleza, sino que se subordine á un propósito útil de difusión y propaganda. En el mismo amor á la sencillez de la forma hay contradicción á menudo. Nada más artificioso y alambicado que muchos versos de los que se ponen por modelo de lo popular. Calderón y Lope no se dirá que no fueron ó que no son populares, y, no obstante, no pecan de sencillos. Dígase, pues, que no se censura en general el artificio, aunque raye en rebuscado, sino sólo determinado artificio.

Como quiera que sea, bueno es convenir en que en toda poesía debe haberle, y en que la forma es parte muy esencial de la poesía. De lo contrario, y para proceder con dialéctica, deberíamos negar como pueril y anacrónica toda poesía en nuestro siglo, y no aceptar sino la prosa. Muy discretos y notables escritores han discurrido ya de esta suerte. Citaremos en Francia á Courier y á Mérimée. Para ellos la poesía, allá en las primeras edades del mundo, entre los pueblos semi-bárbaros, tenía razón de ser, hasta como medio mnemotécnico, á fin de facilitar la tradición oral y poder retener en la memoria hechos y sentencias, merced al sonsonete del metro. En el día, cuando todo se conserva en bibliotecas y archivos y se divulga por medio de la estampa, es inútil y pueril dicho sonsonete.

Los que así piensan no van descaminados del todo. En algo tienen razón. Ni lo histórico, ni lo didáctico cabe ya en verso. En vez de la epopeya, cumple mejor la historia : en vez de *versos áureos* y otras poesías gnómicas, manuales prosaicos de ciencias, artes y oficios. Hasta para algún linaje de ficciones poéticas, como la novela, importa más la prosa que el verso, porque en la prosa cabe otro detenimiento analíti-

co, otro examen reflexivo, propio de nuestra edad, y que en verso sería cansado. Pero como, al menos en la lírica, hay que aceptar los versos aún, me parece que, una vez los versos aceptados, que al fin son un artificio, no hay razón para no aceptar otro lenguaje más primoroso, otro tono y otra dicción más peregrina, que los que suelen emplearse en la prosa que usamos de diario. Ó matemos del todo la poesía, ó no la hagamos consistir, en lo tocante á la forma, tan sólo en la medida de igual número de sílabas y en terminaciones que se repiten.

Lejos de entender yo que la poesía ha muerto, creo, respecto á la lírica, que florece como nunca en nuestro siglo en las naciones más civilizadas de Europa. Y creo que florece, por el culto de la forma, en cuya virtud expresa el poeta, con mayor intensidad y brío, sus afectos é ideas, poniendo en sus versos lo mejor de su alma, la cual queda aprisionada por arte divino en la delicada red tejida por la palabra rítmica, desde donde se infunde en los espíritus aptos y perspicaces. Así se pone en verso lo que es inefable en prosa. Así lo inexplorado de la ciencia, la aspiración á lo desconocido, los ensueños que tal vez ha de realizar el porvenir,

logran, al menos vagamente, manifestarse y pasar de unas almas á otras.

La poesía es imitación de la naturaleza : pero la imitación es medio y no fin. El fin es la creación de lo bello. Todo propósito útil de enseñanza, de moralización, etc., está por bajo ó es extraño al arte. Nada más absurdo que la teoría estética, que trata de establecer Zola en su libro crítico, titulado *La novela experimental.* ¿Cuánto mejor no sería, para el progreso de las ciencias morales y políticas, la reunión de datos estadísticos y el estudio serio y analítico de vicios sociales, que no una novela ó un cuento, mejor ó peor escrito? Si las novelas de Zola no son detestables y aburridas, es porque los preceptos del autor van por un lado, y su pluma, cuando es novelista y no crítico, va por otro. Aunque yo, lo confieso, no he leído más que una novela de Zola, *Nana*, *Nana* me basta para ver que Zola nada enseña, pues no ha de llamarse enseñar el poner á la vista vicios é indecencias nauseabundas, de las cuales, por desgracia, están el mundo y las historias tan llenos, que apenas habrá persona que no sepa más de lo que conviene. *Nana*, no obstante, divierte, porque está escrita con arte; porque el autor, con todos aquellos horrores y torpezas, ha acer-

tado á formar, si no una acción, una serie de aventuras enlazadas, con interés, con lances tremendos, con escenas dramáticas y con verdad humana, aunque abominable. Si *Nana* es una novela que tiene valor, no es, pues, por su enseñanza pornográfica, sino porque imita bien la naturaleza, é, imitándola, crea la belleza de baja ley, que halaga las imaginaciones viciosas, y hasta algo de una belleza superior, por contraste, porque el arte lo purifica todo: y porque, en imagen ó representación y no en realidad, tal vez gustan la cabeza del tiñoso en el cuadro de la Santa Isabel de Murillo, y las figuras que, de espaldas y arrimadas á un muro, se ven en los cuadros de un pintor flamenco.

De aquí lo vano de la disputa entre el naturalismo ó realismo y el idealismo. Aceptada y entendida bien la doctrina aristotélica de que el arte es imitación de la naturaleza, la disputa es imposible. La naturaleza que el arte ha de imitar, no es sólo la fea y asquerosa, sino también la bella, limpia y sana; no comprende sólo lo que existe, sino lo que puede existir; no abarca sólo el mundo material, sino también la mente humana, con todas sus ideas, creencias, pasiones y ensueños. Es, pues, en este sentido, naturaleza y asunto de imitación, y primera ma-

teria para la obra del poeta, cuanto ser hay en el universo, y además todo lo que el poeta fantasea, siente ó concibe, porque, aun negando que en lo exterior tenga ser, basta que esté en el poeta como concepto, para que esté en el mundo, ya que el poeta en el mundo está.

Y esto, que es cierto para toda clase de poetas, lo es más que para el épico y el dramático para el lírico, en quien, valiéndonos de vocablo á la moda, hay mucho de sujetivo. No afirmamos, sin embargo, que el poeta lírico ha de encerrarse en sí: antes debe tender su mirada serena y penetrante por toda la amplitud del universo y por toda la prolongación de los siglos, donde verá claras y distintas las cosas. El poeta debe ser un *ver* por excelencia: ὀφθαλμός, como dice Víctor Hugo *que dice admirablemente la metáfora griega*. Y el autor de las *Orientales* añade, en otro escrito suyo, que *el arte no tiene límites;* que lo pasado, y lo presente, y lo porvenir son su propiedad; que carece de ley; que en su paraíso no hay fruto vedado; y que no debemos prohibir al poeta que sea cristiano ó gentil; que crea en Jehovah ó en Zeus, en Pluton ó en Satanás, en Canidia ó en Morgana; que atraviese en barca la Estigia, ó que vuele en un cabrío al aquelarre. Basta que vea la hermosura difusa en todo

y logre reunirla en su alma, como en foco radiante, y como en espejo mágico, que magnificada y depurada la refleje. Para ello el poeta, á más de la vista mental, distinta y clara, es menester que con amor lo vea todo, á fin de hacerlo tan suyo, que, al revestirlo de forma con la palabra, le estampe su sello y le preste su condición y su vida.

Tal es la principal calidad que ha de tener el poeta. Y Goethe, que lo era, sin dejar de ser por eso profundo crítico, lo expresa por estilo conciso en cuatro versos, elogiando á Hans Sachs [1].

Infiérese de aquí que todo asunto es poético, como pase por el prisma hechicero de la poesía: como le trate poéticamente un poeta. Contestados quedan los que censuran á Menéndez Pelayo porque sostienen que no se inspira en el mundo real, sino en sus libros de teología, de filosofía, de historia y de literatura. Si él logra representar con imágenes y dar pasión á las más metafísicas abstracciones, poesía serán. Y si resucita, con el vigor de la fantasía, muertas creencias, ninfas, genios y dioses de religiones que pasa-

[1] *Er hätt ein Ange treu und klug*
Und wär auch liebevoll genug,
Zu schauen manches klar und rein
Und wieder alles zu machen sein.

ron, todos esos seres volverán á vivir, á interesar, á amar y á ser amados y aun adorados, en el mundo ideal y puro del arte, donde serán inmortales.

El poeta erudito y estudioso ofrece mayor garantía de verdadera y original inspiración que el que no lo es. Muchos pensamientos los tiene por dichos y trillados y manoseados, y se abstiene de repetirlos como si fuesen una gran novedad; y, cuando no halla fuente de inspiración, no nos cansa con frialdades, sino se calla ó imita ó traduce buenos modelos.

Esto ha hecho con frecuencia Menéndez Pelayo. Sus poesías, traducidas ó imitadas, son más que las originales hasta ahora.

Hablemos, pues, primero de sus imitaciones, traducciones y paráfrasis.

Claro está que un mero traductor, por bien que traduzca, no merecerá el título de gran poeta; pero podrá dar tales muestras de hombre de buen gusto, de hábil versificador y de hablista correcto, facundo y elegante, que logre por ello mayor estimación y fama que no pocos poetas originales. Jáuregui, por ejemplo, con su traducción del *Aminta*, descuella entre nuestros vates del siglo XVII, que en verdad no fué estéril. Imitando, además, ó parafraseando, si esto

se hace con inteligencia y con amor, pueden ocurrir frases tan felices y hermosas, y pueden intercalarse tan peregrinos y levantados pensamientos, que lo imitado venga á igualar al modelo, y á veces le supere, pudiendo ocurrir, por último, que, con las nuevas formas y modos que el imitador trae á su lengua, cause benéfica revolución literaria, haciéndose jefe de escuela, lo cual suele alcanzarlo el poeta que no se jacta de original. Así Garcilaso, en España, en el siglo XVI, y así Andrés Chénier, en Francia, en el siglo pasado.

Desde la primera mocedad se nota en Menéndez Pelayo ambición semejante. Y digo semejante y no igual, porque no vive Menéndez Pelayo en edad de decadencia ni de depravación literaria, y no debía ni quería destruir y enmendar, como Luzán en la España del siglo XVIII, sino completar y añadir: dar un nuevo tono á la lira, donde ya tan diestra é inspiradamente han cantado y cantan en nuestros días Quintana y Gallego, Espronceda y Zorrilla, Becquer, Campoamor y Núñez de Arce, Campillo, Alarcón y tantos otros. Lo repito, aunque peque de cansado: la poesía lírica florece como nunca en nuestros días y en nuestro suelo; pero ese mismo exuberante florecimiento convida á más esmera-

do cultivo y despierta el deseo de hacer brotar en el árbol nuevas inmarcesibles flores.

Es evidente que, desde hace tiempo, andaba muy descuidado en España el estudio de las humanidades, y hasta que rara vez se leyeron entre nosotros, sino harto á la ligera, los clásicos latinos, y sobre todo los de Grecia. Las literaturas de los pueblos modernos de Europa tienen, ó deben tener, para ser grandes y fecundas, raíz nacional y castiza; pero vivimos, no aislados, sino enlazados unos pueblos á otros, ya por la continuidad en la historia, y ya por las relaciones de cada instante de nuestra vida actual. Imposible sería, y si no fuese imposible sería nocivo, lograr que la literatura ó la poesía de una nación, por savia propia que en sí tenga, se sustraiga á todo influjo extraño. Lo importante está en saber asimilar lo que se toma; en darle nuestro ser y nuestra vida: y nada vale tanto para esto como las literaturas latina y griega. La última, sobre todo, es como fuente, no ya del buen decir, sino de toda ciencia y arte de los pueblos de Europa. El precepto de Horacio de repasar de día y de noche los autores griegos, no debe desecharse por anticuado. Los ingleses y los alemanes le siguen aún, y nos dan el ejemplo. Grecia es la madre común, y no pordiosea,

y no parece que hurta quien se aprovecha del abundante tesoro que en herencia nos ha dejado. No se desnaturaliza, no deja de ser quien es el que acepta la hijuela de su madre y la utiliza como debe. Rico, además, con ella, ni se pasma de la riqueza de su vecino, ni la toma sin criterio ni conciencia, cuando la tiene él igual ó mayor en su casa y familia. Espronceda hubiera siempre coincidido con Byron; pero le hubiera imitado menos, si hubiera sido más humanista. Y aquí, en Portugal, si existiera aún la docta escuela de Francisco Manuel y se siguieran sus preceptos, ejemplos y huellas, como Garrett los siguió, no veríamos tanto claro ingenio pervertido y hecho arrendajo de Víctor Hugo. Traen, además, el estudio é imitación de los clásicos griegos la ventaja de que infunden invencible apego al orden y á la mesura, y nos precaven y sostienen para no caer en las extravagancias y delirios en que caen con frecuencia los que imitan á algún poeta extranjero á la moda, copiando y exagerando sus malas cualidades.

Impulsado, sin duda, por consideraciones como las que acabo de hacer, aspiró Menéndez Pelayo á ser para España lo que Parini ó Fóscolo para Italia, Chénier para Francia, y para Alemania Goethe: el poeta que desdeña el pseudo-

clasicismo francés del tiempo de Luis XIV, porque busca el clasicismo puro, en virtud de finezas y pertinaces obsequios, y de consorcio inmediato con la Musa griega, como nació Euforión de Fausto y de Elena, traída otra vez al mundo desde el seno de las Madres.

Nuestro poeta, vuelvo á decir, no fué impaciente, y se preparó con traducciones. Pero ¡cuán descaminados van los que le acusan de poeta difícil, y por obstinación erudita! Los versos de Menéndez Pelayo pecan de sobrado fáciles. El poeta halla en seguida la expresión: no trabaja, no lima, no pule. Todo parece escrito al vuelo. El estilo corre mucho. Yo echo de menos el esfuerzo. Yo quisiera que Menéndez Pelayo, cuando escribe poesías, fuera más premioso. Como Goethe, como Chénier y como Fóscolo, Leopardi y Carducci, tiene sed de ingertar la forma antigua en su lengua vernácula; pero repugna la fatiga que á aquellos costaba. Los españoles, acaso por exceso de soberbia confianza, somos más flojos, menos tenaces y pacientes que los hombres de otros países.

La tarea de Chénier, en lo tocante á metrificación y aun á lenguaje poético, fué bastante más limitada y fácil. La índole del idioma francés, pobrísimo en la prosodia y que no se presta tampo-

co al hipérbaton, alejó de Chénier todo conato de reproducir los metros greco-latinos, y hasta de hacer versos libres con medida de versos de ahora, pues hubieran sido prosa, y no versos.

En cambio, en Alemania tienen la pretensión de poseer una lengua en que caben las palabras compuestas, aunque sean, más que compuestas, aglutinadas; en que todo hipérbaton es posible, y en que la prosodia es tan rica, que se pueden escribir versos con todas las medidas de los griegos.

Yo, aquí, ni niego, ni afirmo. Como me dirijo á V., y no al público, puedo ahorrarme la molestia de ponerme á estudiar de priesa y corriendo, y mal, por consiguiente, lo que no he llegado á en ender bien hasta ahora. Confieso que hay metros griegos, v. gr., en los coros de las tragedias y en las odas de Píndaro, que ni sé en qué consisten, ni me suenan. Imagine V. si comprenderé que puedan imitarse bien en alemán. Sólo sé que en alemán no me suenan tampoco. Pero en las lenguas clásicas antiguas, y en alemán, y en inglés, me suenan el exámetro y el pentámetro, y gusto de ellos. Goethe ha escrito mucho en ambos metros, y no por eso dejan de ser populares su *Hermann y Dorotea*, su novela de *La Zorra* y su idilio de *Alexis*. Longfel-

low ha escrito igualmente en exámetros su lindo poema de *Evangelina*. El alemán, á no dudarlo, se presta bien á esto, cuando hasta traducciones de largas epopeyas, como la de la *Iliada*, hecha por Voss, están en exámetros, y en vez de cansar, deleitan. En español, por el contrario, hasta donde del mal éxito de algunas tentativas, como la de D. Sinibaldo de Mas, se puede inferir lo inútil del empeño, conviene desistir de esta clase de metrificación, á no ser en alguna composición muy corta, y como por gala y ligero capricho de artista. El reciente ejemplo de Carducci en Italia, si bien brillante y triunfador, no debe bastar á animarnos. Aplaudo, pues, en Menéndez Pelayo, como buen tino, el no haber querido ensayarse en esto. Su forma clásica es el verso endecasílabo, libre de consonantes; ora alternando sin orden con el eptasílabo, ora endecasílabo siempre.

De tal metrificación bien puede decirse, y perdóneme V. lo familiar de la expresión, que lo que no va en lágrimas va en suspiros; es á saber: que, desnudo el verso del prestigio de la rima, que disimula ó encubre á menudo lo prosaico del decir, es menester que sea en su estilo mucho más elevado y primoroso, lo cual le hace harto difícil. Maestros en este punto han

sido para nosotros, y siguen siéndolo con toda evidencia, por la analogía de su lengua con la española, los poetas italianos que desde fines del pasado siglo han escrito tan admirables é inspiradas obras en endecasílabos sin consonantes. Parini en *Il Giorno*, Fóscolo en sus *Sepolcri* y Manzoni en su *Urania*, son acabados modelos. Su estudio hubo de influir en las composiciones bellas de este género que ya posee nuestro idioma, como las sátiras de Jovellanos, las epístolas de Moratín, la traducción del libro I de la *Eneida* de Ventura de la Vega, y la *Visión de Fr. Martín* de Núñez de Arce. Aquí, en Portugal, Francisco Manuel y Garrett han hecho sus mejores composiciones en este metro libre, el cual se desdeña ó descuida hoy, empleándose con sobrada insistencia el alejandrino francés, con consonantes pareados, cuyo monótono martilleo debiera ser insufrible en ambas Hesperias, á todo oído de quien no quiera renegar de su casta. Vana y sin fundamento es, pues, la manía, el verdadero furor con que se desatan en España los más de los críticos contra el endecasílabo libre. ¿Qué mal les ha hecho? Ya se irán acostumbrando, y al fin le aplaudirán. Lo que sí es híbrido y malo, á mi ver, es el romance endecasílabo. Cuando es octosílabo, puede ser admira-

blemente bello. En él poseemos la más hermosa poesía épico-popular de todos los pueblos modernos. Pero el verso endecasílabo requiere amplia libertad, ó bien la rima perfecta y variada, ora por estrofas simétricas, ora sin orden. Un acto entero de una tragedia, un canto entero de un poema, todo en un romance endecasílabo, fatiga por la monotonía de la larga serie monorímica imperfecta, y exige un esfuerzo algo pueril por parte del poeta, para no repetir los asonantes é ir apurándolos todos. No es esto negar que el ingenio extraordinario de un poeta venza á veces tamaños inconvenientes, y haga amena la lectura de una obra escrita en romances endecasílabos, como sucede con el Duque de Rivas en *El moro expósito*.

Menéndez Pelayo escribe casi siempre endecasílabos solos, ó endecasílabos mezclados con eptasílabos, y sin rimas ni asonancias. Su lenguaje poético es atinado en las más de sus traducciones, sobre todo en la del *Canto de los Sepulcros* de Fóscolo.

También emplea con frecuencia nuestro poeta los sáficos-adónicos: estrofas, como todos saben, de cuatro versos, los tres primeros endecasílabos, aunque acentuados de cierta manera, y el cuarto de cinco sílabas, si bien con tal acentua-

ción, que imite, en lo posible, lo que en griego ó en latín era un dáctilo y un espondeo.

Para mí es evidente que, en castellano, ó no hay sílabas breves ni largas, como en latín y en griego, ó no sabemos en qué consistía en aquellas lenguas ya muertas la cantidad de las sílabas. Nosotros no comprendemos bien sino el acento. Donde el acento está se apoya la voz, se detiene algo la pronunciación y la sílaba se alarga, de suerte que las otras sílabas de que la palabra consta, parecen breves. Así en *céfiro*, por ejemplo, ó en cualquiera otro vocablo esdrújulo, se diría que hay un dáctilo, pues sonando larga la primera sílaba, se hacen breves las dos que siguen. Pero ¿cómo suponer que, en una palabra de dos sílabas, son largas las dos? Si digo *amo* al apoyar ó acentuar sobre la *a*, me parece breve la sílaba *mo*, y si digo *amó*, al acentuar *mó* alargo la segunda sílaba, y *a* me parece breve. Confieso mi ignorancia ó la torpeza antimusical de mi oído: no comprendo el tal misterio de la cantidad. Me doy además á recelar que este secreto se ha perdido. En la Grecia de ahora se habla, más ó menos empobrecida de formas, la lengua helénica. Poco á poco podrán renovarse las formas perdidas, y tal vez se escribirá y hablará en griego moderno, como hablaría Platon

si resucitara; pero de la cantidad nada se sabe. Hoy hacen los griegos como nosotros: alargan la sílaba donde está el acento, de modo que la sílaba, que tal vez es breve, según la prosodia, nos parece larga, y la larga, breve. Pongo por caso: los griegos dicen ahora Κύκλωπες, *ciclopes,* como nosotros, y apoyan en lá υ, resultando breve (á nuestros oídos) la ω ú *o* larga. En cambio, no dicen Agamenón como nosotros, sino Agamémnon, Αγαμέμνων, aunque la ο última es o larga, y dicen Demosténes y no Demóstenes, aunque de las cuatro sílabas de que la palabra Δημοσθένης está compuesta, precisamente en las dos, en que ni los griegos ni nosotros apoyamos, hay η ó *e larga,* y en las otras dos, ο y ε, ó *o* breve y *e* breve. Vaya V. ni nadie á entender esto. Quizás el acento era para hacer la voz tiple, si era agudo, ó barítona, si era grave, ó para atiplarla y ahuecarla sucesivamente, si el acento era circunflejo. Mientras que la cantidad era el tiempo, el acento era el tono. Extraña música hubo de ser el habla entonces.

Personas sabias lo explicarán. Yo declaro con humildad que no lo percibo. Abro, por cualquier lado, á Esquilo, á Eurípides ó á Sófocles. Leo un verso, según todas las pronunciaciones posibles, y casi nunca me suena á verso; pero

los exámetros, los pentámetros y los sáficos-adónicos, me suenan. Sin embargo, ni de estos sé á las claras en qué consiste que me suenen. Creo que nadie lo sabe tampoco. De aquí que la imitación, en nuestras lenguas modernas, tenga que ser aproximada, y no exacta.

Goethe se queja del alemán; dice que no se presta á los metros antiguos; apenas está Goethe seguro de que se sepa de fijo cuál sílaba es breve y cuál es larga en su lengua. ¿Era esto porque Goethe no sabía bien prosodia, como deja entrever Lichtenberger? ¿La sabían mejor Schlegel ó Voss? No nos metamos en tantas honduras. Yo me consuelo de no saber tampoco prosodia, con que Goethe no la supiese. Pero la verdad es que un *espondeo*, dos sílabas largas seguidas, ni en alemán, ni en italiano, ni en español, ni en inglés se hallan, ni se sabe lo que es, por donde resulta que no pueden hacerse verdaderos exámetros, ni verdaderos pentámetros, ni verdaderos sáficos-adónicos en castellano. Esto no impide, con todo, que se escriban estrofas de á cuatro versos, tres de once sílabas, y el cuarto de cinco, con tal artificio, que nos parezca que suenan como los versos griegos y latinos, llamados sáficos-adónicos.

De tales estrofas ha hecho muchas Menéndez

Pelayo, y yo las hallo armoniosas y bellas, por lo común. Hay, no obstante, de vez en cuando, fuerza es confesarlo, versos que, ni aun entendidas las cosas á nuestro modo, son sáficos. Citaremos algunos :

> Conducidme á los mármoles de Sunio....
> Todo se eclipsa menos vuestra gloria.
> Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres....

Citamos los descuidos, porque los descuidos revelan la facilidad del escritor, aunque no por eso los hemos de aplaudir, ni aun siquiera de perdonar.

En cambio los aciertos son muchos, espontáneos, inspirados, sin que se note la fatiga; sin que aparezca el rastro de la lima en nada.

Los asuntos, no sé por qué, piden diferente metro. Á cada cual le cuadra el suyo, por una afinidad inexplicable. Menéndez Pelayo, en sus traducciones é imitaciones, ha observado esta vaga ley del buen gusto. El *Canto secular* de Horacio está, como en el original, en sáficos-adónicos. Y están también en estrofas del mismo género otra traducción y una imitación, á cual más feliz, de dos obras lo más opuestas en sentimientos é ideas que pueden imaginarse. Se diría que el traductor é imitador quiso dar prue-

ba con ellas de su amor al arte puro, y á cuanto el arte expresa, si el entusiasmo lo dicta, y si, por algún concepto, es digno del entusiasmo.

La traducción es del Himno de Prudencio á «Los Mártires de Zaragoza.» ¿Cuán maravillosamente no se retratan en esta obra del lírico latino-español, á quien Villemain ensalza á par de Horacio y de Píndaro, el carácter férreo, tenaz y heroico de los aragoneses, lo terrible de aquellos tiempos en que se hundía una civilización, la creencia en la próxima fin del mundo, y el culto de la sangre: algo como una *hematolatría?* Los versos castellanos son tan briosos, tan enérgicos, tan concisos, tan conmovedores como los latinos. Se ve bajar del cielo al Señor, sobre candente nube, armado del rayo, para juzgar á los vivos y á los muertos. Las ciudades todas del mundo acuden con ricos presentes, á fin de aplacar su ira. Estos ricos presentes son la sangre, los huesos, los miembros despedazados en el martirio, de los que le sufrieron por Cristo. La enumeración, la pompa de las ciudades es horriblemente sublime; pero Zaragoza las eclipsa á todas por la abundancia de sus dones. No hay otra que haya derramado más sangre. Ninguna ofrece tantos mártires. En ninguna han desafiado con más valor, hombres y mujeres,

más feroces tormentos. El fervor de la fe les dió ánimo para resistir dolores tan espantosos y agudos, que no parecía posible que hubiese nervios que sin morir los sintiesen, ni voluntad que no flaquease y cediese ante ellos.

Menéndez Pelayo, al traducir fiel y habilísimamente esta composición, ha dado á conocer á sus compatriotas á uno de los más grandes líricos, no sólo de España, sino de cuantos ha habido en el mundo, á quien teníamos olvidado.

La imitación es del himno de lord Byron «Á Grecia,» y es inferior, como el original también lo es, al himno de Prudencio. Al poeta hispano-latino no le faltan jamás mesura é ilación dialéctica en medio de su mayor arrebato lírico. En el poeta inglés tal vez haya algún desorden y extravagancia, que no deben confundirse con el lirismo, y que aun despiertan el recelo de que puedan ser algo afectados. El dualismo, la lucha entre dos sentimientos ó pasiones, no diré que sea impropia de la lírica, pero quita sencillez y hace enmarañada y confusa esta especie de deliberación por raptos. Después de la orgía, y ya resuelto á combatir y morir por la libertad de Grecia, en vez de gozar de sus vinos y de sus mujeres, hubiera el poeta remontado más libre y más alto su vuelo, que no en el mo-

mento mismo de la vacilación indecisa. Hay más acción, más viveza en el mismo momento; pero menos claridad, precisión y brío. Á pesar de esto, el talento y el noble sentir del poeta sacan rápidas y brillantes contraposiciones de la situación en que él se coloca. El traductor lo expresa todo gallardamente. Véanse estos dos ejemplos:

Cantó Anacréon el amor y el vino,
Cual del tirano Policrates siervo;
Mas era heleno Policrates: cuna
Diérale Samos.

....

Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
Nido de amores.

Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
Férrea cadena?

Las otras traducciones y paráfrasis se prestan á todos los gustos, en prueba de que el autor le halla siempre en la belleza del arte, prescindiendo del asunto que representa, describe ó encomia. Linda por el esmero y primorosa concisión es la de la *Oaristys de Dáfnis y la muchacha*, de Teocrito, que Chénier tradujo con más gala quizás, al menos para el gusto del día, pero diluyéndolo y bordándolo demasiado. Lástima es que mil palabras gráficas y ricas de significado

que tenemos en nuestro idioma, no se adapten bien al estilo serio y noble, por truhanescas, picarescas ó sobrado familiares. Si no, el título de la *Oaristys* debiera ser *El palique de Dáfnis y la muchacha*, ó si se quiere *El camelar de Dáfnis á la muchacha*. Pero, aunque se quede con el título de *Oaristys*, tomado de una lengua muerta, el tal palique no puede ser más vivo ni más animado, si bien los dos personajes que intervienen en él son tan candorosos y se ven tan circundados de salubre y campesino ambiente, que se embriaga algo hasta el más asustadizo con el olor del almoradux y del romero, y todo lo perdona.

Imitación ó paráfrasis de muy distinto género es la de una oda de Sinesio. No entraremos á deslindar lo que es del autor y lo que el parafrasta ha puesto de su propia cosecha. ¿Quién sabe hasta qué punto el severo autor del libro de los *Heterodoxos* se vale de la composición del Obispo de Tolemaida, como de un pasaporte ó salvo-conducto, para lanzarse, en atrevida excursión poética, casi, casi fuera de los límites de la ortodoxia? La oda, escrita en estrofas regulares, rimadas, de las que se llaman *liras*, compite, por su limpia sencillez, sobriedad de estilo y pureza de lenguaje, con las mejores odas de Fray

Luís de León. Hay en toda ella profundo sentimiento religioso, si bien entreverado de filosofías de origen gentílico, lo cual no es condenarlas. Nadie ignora que los antiguos sabios cristianos tomaban lo que juzgaban saludable y útil en las ciencias y letras griegas; en las cuales, ora veían una evangélica preparación, ora el complemento humano de la obra de los profetas, ora la realización de lo prefigurado en los vasos y joyas de los ídolos egipcios que los israelitas se llevaron al huir de los dominios de Faraón para la Tierra prometida. Pero, cualquiera que sea la procedencia de las doctrinas, en la oda imitada por Menéndez Pelayo, hasta donde puede juzgarse é inferirse de la vaguedad de un arrobo poético, más que misticismo, en sentido riguroso, se advierte emanatismo, combinado con la tesis aristotélica de la misteriosa atracción, por cuya virtud el primer motor mueve y llama á sí á los seres. Así es que el poeta no se reconcentra y busca á Dios en el centro del alma, como nuestros místicos, sino que, teósofo naturalista, difunde su alma por toda la inmensidad del universo, que Dios llena, si bien como luz que tiene su foco donde anhela el alma abrasarse y anegarse, volviendo á su origen.

Por el examen hecho hasta aquí, aunque re-

sulta que nuestro autor percibe y ama la ya creada poesía, y sabe reproducirla y expresarla en su nativo idioma, no se ve aún al poeta con propio carácter y con originalidad individual. Y en España, en el día, á par que la lírica guarda, en general, su sello castizo, poseemos varios poetas líricos de mérito, con marcada fisonomía. Así, Zorrilla, brillante y rico de imágenes; Núñez de Arce, amonestador y nervioso; Campoamor, *quinta-esenciado,* paradojal y ameno; Alarcón, sutil é irónico; Querol, correcto, elegantísimo y lleno de sentimiento verdadero y puro; y Campillo, firme sostén por su alta entonación de la célebre escuela sevillana.

Yo veo con patriótica satisfacción el crédito, cada día mayor, que alcanzan en países extraños nuestros pintores; crédito que persuade al público español de que en la pintura nos hemos encumbrado, como en los mejores tiempos, á la altura de las naciones más gloriosas y fecundas en dicho arte; pero también estoy persuadido de que estas elevaciones no suelen ser en un arte solo, sino que son, por lo común, simultáneas en muchos: en casi todas las manifestaciones de la actividad del espíritu. Por donde tengo por seguro que nuestros poetas líricos contemporáneos muestran hoy florecimiento condigno

al que celebramos en la pintura, si bien entre los extranjeros no es tan estimado, porque la lengua española es poco conocida y cultivada fuera de España.

Ahora bien: ¿podremos colocar á Menéndez Pelayo en esa luminosa pléyade poética, de cuyos astros más claros acabamos de citar varios nombres? Harto sé que carezco de autoridad para dar ó negar este á modo de título ó diploma; pero siempre me será lícito examinar, procurando ser imparcialísimo, los méritos y servicios que Menéndez Pelayo alega y presenta en sus obras. Yo daré informe, según mi leal saber y entender, y el público resolverá.

V. me ha de perdonar prolijidades y digresiones. El asunto que trato es dificultoso para mí, no porque no se me ocurra nada que decir, sino porque se me ocurre más de lo que conviene, y no me resigno á dejármelo en el tintero.

Es evidente que, en el estado actual del mundo, un poeta de oficio ó profesión es difícil de hallar. Si lo de poeta se limita al lirismo, la dificultad se trueca en imposible. Quiero significar con esto que el poeta lírico es, además, autor dramático, novelista, médico, juez, zapatero, fabricante, propietario, clérigo; en suma: tiene

un empleo, ó se ocupa en algo, con preferencia y con mayor asiduidad, que en componer sus poesías. Cualquiera otra bella arte puede ser una profesión; pero la lírica no puede serlo. Hay pintores, escultores, arquitectos, músicos y bailarines. Líricos no hay. Allá, en lo antiguo, hubo *richis* entre los arios, *aoidos* entre los griegos, *bardos* entre los celtas, trovadores y *trouveres* en Francia, y *minnesinger* en Alemania. En el día, nada hay que á aquello se asemeje. ¿Será porque vivimos en edad más prosaica? No hay para qué tocar aquí tan grave cuestión. Baste aducir el hecho, sin escudriñar la causa. Lo que no puede menos de inferirse es que dicho arte de la lírica no se parece á los demás; que en él no hay maestros ni oficiales, sino que todos son aficionados; y que nadie le consagra su vida, sino sus ratos de ocio, como si se tratase de un mero pasatiempo. Lo cual, bien mirado, redunda, no en descrédito, sino en singular encomio y en privilegio soberano y augusto. Á un ingeniero se le puede pedir que haga un camino, una mina ó un puente: á un sastre se le encarga una levita, y hasta una novela á un novelista, un drama á un autor dramático, y un sermón á un clérigo. Pero, ¿qué editor encargará un tomo de odas, ni qué poeta las escribirá de encargo, ni qué

persona no afirmará, con indicio infalible, antes de leer las odas ó canciones, que no han de valer un pito, aunqne sea el propio Píndaro el encargado de componerlas?

La musa lírica es voluntariosa, huraña y rebelde. No cede al capricho : no acude á la evocación : no viene sino en solemnes ocasiones. Cierto que toda otra obra artística requiere la inspiración. La obra no será buena, si no está inspirada. Pero la inspiración para toda otra obra artística está más á nuestras órdenes; más á la mano; más bajo nuestro dominio. Casi podemos disponer de ella cuando queremos. En la lírica, no. Por lo cual, ni excitaré yo á ningún poeta á que componga versos, ni le echaré en cara que haya escrito pocos. Lo que importa es que sean buenos.

Los buenos versos en pocos días se escriben. Poeta hay que vive setenta ú ochenta años, como Quintana ó Gallego, y gana la inmortalidad en una semana. Por mucho que D. Juan Nicasio meditase, limase y corrigiese, no se puede suponer que empleara más de una semana en escribir la Elegía del *Dos de Mayo*. Manzoni vive más de ochenta años, y toda su poesía lírica, himnos y coros, puede haber sido tarea de un par de meses á lo más. La legítima y

grande poesía lírica es, pues, producto rarísimo. Es la creación extraordinaria de un hombre, en un instante, ó en varios breves instantes, dichosos y semi-divinos, que tiene en muchos años de vida común y terrena. Para el advenimiento de este instante es menester que haya capacidad en nuestro ser interno : pero todavía importa, á veces, que le suscite algún caso exterior, algún acontecimiento que entusiasme, no ya al poeta solo, sino á todo el pueblo ó á toda la generación para quien el poeta canta ; de modo que el poeta apenas haga más que dar forma inmortal y precisa al vago y confuso sentimiento de la muchedumbre.

La poesía lírica, entendida así, es más que un arte. Aun, en nuestro siglo, puede decirse de ella lo que de la poesía de las edades primeras: *Dictae per carmina sortes et vitae mostrata via est.* ¿Qué influjo no ha ejercido, en nuestro siglo, en el destino de las naciones? Sin los encomios á Napoleón I de Béranger, Lamartine, Víctor Hugo y otros, quizá Napoleón III no hubiera reinado nunca. Sin los cantos de líricos italianos, como Parini, Fóscolo, Giusti, Leopardi y Manzoni, no se hubiera fomentado la revolución en los espíritus, y seguirían siendo un sueño la independencia y la unidad de Italia. Y en Alema-

nia ha contribuído también á los triunfos de aquella nación y á su unidad bajo el imperio.

No obsta lo dicho para que el poeta pueda inspirarse, sin caso exterior ó por caso mínimo, si bien entonces la poesía será muy sujetiva, ó será en su menor grado, y se salvará por el chiste, por el gracejo, desenvoltura ó primor del estilo. Será un orden inferior de poesía.

No censuraré yo, como Moratín, á quien escriba

Un soneto al bostezo de Belisa
Ó al resbalón de Inés otro soneto.

¿Quién sabe las agudezas, discreciones y lindos conceptos que se le pueden ocurrir á un enamorado si su Belisa bosteza, ó si su Inés se resbala? Entre los mejores sonetos de Lope cuentan los que le inspiraron el pájaro que se le fué á Lucinda de la jaula, y la pulga que picó á Leonor en el pecho. Casti tomó prestados tres duros. El acreedor se los pedía de diario, y Casti no los devolvía. Á cada petición del acreedor respondía con un soneto, excusándose de pagar, y así compuso más de trescientos, todos graciosos y divertidos; menos para el acreedor, se entiende. Pero, aun en tales ocasiones, la lírica es también libre, y no de encargo. Y como re-

quiere chiste y no seriedad, á no estar muy en condición para el género, conviene no abusar de él, á fin de no degradar arte tan noble y caer en el arte del coplero, como Gerardo Lobo, Montoro ó el cura de Fruime.

Menéndez Pelayo ha tomado la poesía por lo serio y no para juguete, y por todos estilos ha hecho bien. No quiere, ó no puede, ser jocoso, sino grave. Sus composiciones, pues, ora inspiradas por sucesos externos, ora nacidas de los sentimientos más profundos del alma, podrán ser populares, en cuanto los sucesos que las ocasionen ó los sentimientos que en ellas se expresen interesen ó estén, de un modo más ó menos vago, en la mente y en el corazón del pueblo para quien el poeta canta.

El primer asunto de las poesías de Menéndez ha sido la poesía misma. En esto sigue á muchos grandes líricos contemporáneos, que han cantado y celebrado su arte: así Goethe, Manzoni en su *Urania*, Filinto en su arte poética, la Avellaneda en odas y en octavas, etc., etc., porque prolongar la enumeración sería cansado. En la oda á Cabanyes, muerto en la flor de su edad, en 1833, poeta catalán, clásico á la manera de Andrés Chénier, ya expone Menéndez, por estilo elegantísimo, el concepto que tiene de la

lírica. Al ensalzar al poeta y al lamentar su pérdida, deja ver que su aspiración es reemplazarle. ¡Con cuánta sencillez, efusión y sincera ternura saluda al modelo acabado del poeta, exclamando:

¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar,
Su voz hiriendo regios artesones,
Himno entonó que servidumbre inspira,
Preso en dorados lazos!
¡Feliz quien nunca de la inquieta plebe
El furor excitó, temió las iras,
Ni arrastró de su Musa, desgarrado,
El manto por las plazas!

Sólo éste es digno de ser verdadero lírico: sacerdote consagrado al puro culto de la Venus Urania. Todo propósito interesado le hace infiel á su numen. Todo empleo lascivo ó vicioso de los dones de las Musas es un sacrilegio. Amor de este poeta es la santa, inmaculada idea, fuente de la belleza sensible. Ella fué la esposa de Cabanyes.

Ella tu esposa fué, casta y desnuda,
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

Para quien alcanzase este triunfo, nada sería hasta la propia gloria. Tranquilo pasaría por el mundo,

Sin que el clamor de la mentida fama
Su nombre pregonase.

No se quejaría de una oscura existencia y de una tumba olvidada y humilde, pudiendo decirse de ella como de la de Cabanyes :

Sobre ella vela el numen de la lira,
Si el de la gloria duerme.

En las dos hermosas epístolas, á Horacio y á sus amigos de Santander, acaba Menéndez Pelayo de darnos á conocer sus aficiones é ideas estéticas, no exponiéndolas con método é intento didácticos, para lo cual está la prosa, sino poéticamente.

En ambas vierte todo su amor á la belleza del arte, y á la medida, y á la nitidez de la forma, sin las cuales no se manifiesta dicha belleza.

En la primera, pasman la facilidad y el brío de estilo con que hace resaltar el mérito del vate de Venusa, poniéndole como en compendio ante los ojos de nuestro espíritu, y como destilando su esencia.

La segunda es un cuadro poético, más breve aún y más entusiasta, de toda la literatura helénica.

Nada hay en este cuadro que no esté admirablemente dicho y hondamente sentido. Citemos

sólo algunos versos de aquellos en que el autor aclama á Homero como inexhausta fuente, no ya de la poesía sólo, sino de todo arte de su nación:

De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
Á Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.

Acaso, en esta segunda epístola, con ser tan bello lo que dice de los poetas de Grecia, sea más bello aún el final.

Los amigos del autor, comerciantes y propietarios de Santander, le habían regalado la *Bibliotheca graeca* de Fermín Didot para premiar sus trabajos y celebrar su victoria en las oposiciones en que obtuvo la cátedra que hoy desempeña; y él les da por ello las gracias, y hace votos por la prosperidad mercantil de su ciudad natal, exclamando:

Dilátense tus muelles opulentos,
Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
Ó del café los vigilantes granos
Ó la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

Después los exhorta á que sigan protegiendo las artes y las ciencias, las cuales no están reñidas con el comercio y la industria, y para claro ejemplo les pinta los esplendores y cultas magnificencias del patriciado comercial de Florencia y de Venecia, en preciosos versos, donde, como en todos los de esta epístola, son más las imágenes y las ideas que los vocablos, haciéndose indispensable copiar, ó remitir al lector á la obra, porque no es posible el extracto, y sólo cabe el comentario.

Sin querer enseñar, casi á pesar suyo, como debe acontecer siempre en la poesía, Menéndez Pelayo, en estas composiciones en elogio de su arte, se eleva á consideraciones generales, acerca de los sucesos humanos: deja ver su filosofía de la historia: su modo de entender el destino de los pueblos y la ley providencial que sigue en su marcha nuestro linaje.

Un escéptico, á fin de burlarse de la filosofía de la historia, la llama *la ciencia de vaticinar lo pasado;* pero entendido de cierto modo el tal vaticinio, sería alabanza y no burla. ¿Qué quisiéramos más que poseer una ciencia, por cuya virtud se explicasen las causas de lo ya sucedido? Dada tal ciencia, mucho de lo que está por venir se construiría *a priori*, ó podría preverse

con certidumbre. Es más: si entre las causas de lo que ocurre hay algunas sujetas á leyes ineludibles, fijas, de la Providencia ó del Hado, ó si se quiere de la misma naturaleza, pudiendo lo que de tales causas deriva ser previsto ó predicho, como un eclipse ó un cometa, también hay causas que están en los actos humanos que de nuestra voluntad dependen, y, en este punto, no sólo podríamos prever, sino dirigir el curso de los acontecimientos, siendo así la historia, como todos debemos creer, cuál más, cuál menos, maestra de la vida social y política, y sirviendo los hechos que ella relata, de saludable escarmiento, ó de incentivo poderoso para evitarlos ó reiterarlos.

Por desgracia (y crea V. que me aflige tener que mostrar de nuevo el escepticismo de que tanto me motejan), salvando la moral, que está por cima de todo cálculo y ventaja, y salvo también aquello que se sujeta á la prudencia más burda, y que, lo mismo para la vida de los imperios que para la del individuo más humilde, es norma práctica de conducta y regla trivialísima de sentido común, la filosofía de la historia es, hasta hoy, una de las ciencias más inexactas que se han inventado. Porque sería ridículo poner como filosofía de la historia que el que gas-

ta más de lo que tiene se llena de deudas y se arruína; que para hacerse rico importa emplear los dineros en cosas útiles, trabajar y ahorrar; que es peligroso confiar demasiado en las propias fuerzas, y buscar aventuras y ruídos, etc., etc.

Tales perogrulladas, aunque se revistan del más pomposo aparato científico, no son filosofía de la historia. Y los que se elevan á cuestiones dignas de la ciencia, suelen explicarlo todo á su gusto. Ya inventan un sistema que superficialmente se ajusta á los hechos, ó ya desfiguran, estiran ó destrozan los hechos para que vengan á la medida ó quepan en otro sistema. La vanidad nacional, el espíritu de secta y la pasión de partido entran en la elaboración de estos sistemas por mucho más que el raciocinio.

Lo cierto es que las filosofías de la historia que hoy privan más, como forjadas en Alemania, Inglaterra ó Francia, nos son harto poco favorables. De ellas se infiere, ó en ellas se enseña, que España ha hecho poco ó nada en lo pasado por el progreso y por la civilización del mundo, y que tanto España como Grecia, y aun como Italia para muchos, están ya decaídas y condenadas á ir á remolque, si es que van, mientras que nuevas gentes y razas superiores han venido á ponerse á la cabeza de esta proce-

sión progresiva, á llevar el estandarte de toda cultura, y á ejercer la hegemonía ó principado. De Lutero proviene la libertad religiosa y otros mil bienes con que no soñó jamás aquel fraile fanático. Sin revolución francesa de 1789, nadie aspiraría siquiera á libertad política y á igualdad democrática. Sin Bacon, nos hubiéramos quedado sin ciencia experimental. Sin Descartes, no habría filosofía moderna. En resolución, todo proviene de fuera. Nosotros somos beocios, ó peor que beocios, porque no hemos hecho más, en cuanto nos ha sido posible, que servir de estorbo y rémora á la ascensión majestuosa de la humanidad hacia las regiones de la luz y del bien, con nuestra Inquisición, nuestro fanatismo, nuestros taimados y tenebrosos Jesuítas, y nuestra crueldad y barbarie en ambas Américas.

Muchos españoles, de los que presumen de discretos é ilustrados, aceptan todas estas cosas como otros tantos artículos de fe, y se resignan á pertenecer á una asociación y casta de hombres decaídos y extraviados, con tal de que se les haga la justicia de creer que ellos son una excepción rara y brillante. De todo esto, la manía de echarla de alemanes ó de britanos, muy extendida en España, y aquí, en Portugal, casi endémica en los partidos más conservadores. Sabio

hay por aquí que, á fin de probar que la gente portuguesa es más civilizada ó civilizable que la española, apela á las conquistas de Lisboa y de Silves, á las que vinieron muchos hombres del Norte, cuya sangre corre aún por las venas de los portugueses del día y produce esta ventajosa diferencia. En una palabra: en las tales filosofías de la historia nos darán á veces algunas dedaditas de miel, nos elogiarán por algo para consolarnos; pero nos jubilan, nos condenan y nos declaran incapaces é inferiores. ¿Por qué extrañar, pues, que alguien se rebele, proteste y clame contra tan insolente jubilación y durísimo fallo? ¿Por qué llamar, al que así se rebela, neocatólico, retrógrado y otros apodos? Sin duda que, por espíritu de contradicción, se ponen muchos en esa pendiente; mas no todos se precipitan. Si en Italia, la consideración de la grandeza de Roma y de la inferioridad actual ha movido á muy ilustres ingenios á hacerse neopaganos, como Leopardi y Carducci, y desde muy antiguo Maquiavelo, entre nosotros, coincidiendo la época de nuestro mayor auge con la intolerancia religiosa, bastantes se han hecho casi unos Torquemadas por patriótico enojo. Menéndez Pelayo dista mucho de tal extremo. Su amor á las letras humanas le contiene dentro

de límites razonables, y él también forja su filosofía de la historia, cuyo valer científico no se discute aquí, como no se discute el valer de la de los otros; pero que, entrando como materia poética en sus versos, y como materia combustible por lo apasionada, les presta animación y fuego.

Para Menéndez Pelayo, lo grande y esencial de la civilización se debe, en lo humano, á Grecia, Italia y España, entendiéndose Portugal como parte de España; lo cual, dicho sea entre paréntesis, desagrada á muchos portugueses de ahora, muy diferentes de los del tiempo de don Manuel el Dichoso, y aun de los del tiempo del propio épico que mejor celebró las glorias de Portugal. Entonces se creían todos tan españoles como los aragoneses y los castellanos, si bien dejando salva la autonomía de Estado independiente. Hoy son pocos los que piensan así, aunque, en estos pocos, lícito es felicitarnos de que se cuenten notabilísimos pensadores y escritores ilustres de que Portugal puede jactarse aún: Latino Coelho, Oliveira Martins, Teófilo Braga y otros. Para estos, lo mismo que para Menéndez, por cima de la variedad política que nos separa, hay civilización idéntica, y unidad de misión y destino en ambas naciones, que constituyen una

sola *gente*. Si Dios da á cada pueblo un ángel, ó si la naturaleza le da un genio ó espíritu que le guíe, aliente é inspire, la Península ibérica no debe tener más que uno, y el pueblo peninsular que reniegue del otro pueblo, sobre las mil desventuras que nuestra decadencia nos ha traído, tendrá, también, á mi ver, la de quedarse sin ángel, sin espíritu ó sin *genio* propio.

Grecia da á la humanidad la poesía, el arte, la ciencia y la filosofía especulativa. Roma, unidad y leyes. Italia resucita la civilización en la época del Renacimiento. España abre nuevos caminos, completa el conocimiento de nuestro planeta, magnifica el concepto del universo visible, é inicia la sublime misión de las grandes naciones europeas de extender por todas partes su imperio y su cultura.

Verdaderos portentos han hecho después, siguiendo nuestras huellas, ingleses, franceses y alemanes; mas para Menéndez Pelayo, aún les queda mucho que hacer hasta que nos eclipsen y sobrepujen.

En todo esto, en mi sentir al menos, aun en prosa me parece que Menéndez Pelayo tiene razón. Si exagera algo, ponderando quizá más de lo justo á los olvidados ó poco estudiados filósofos españoles, y denigrando á veces á los ale-

manes, condenémosle en la prosa, pero absolvámosle en la poesía, donde entran por mucho el sentimiento y la pasión, y donde cuadran bien la hipérbole y la vehemencia.

En poesía, además, caben pocos *distingos* y disuenan los *sin embargos*, *no obstantes* y *á pesar de todo*. Así es que nuestro poeta, á quien jamás abandona al escribir su alto y sano juicio, el cual no le deja caer en vulgaridad ni en disparate, aun al lanzar la invectiva más briosa ó entusiasmarse con la apología más ardiente, suele hacer afirmaciones que en prosa merecerían refutación: pero refutación que casi nunca pasa de un *distingo*, que el propio poeta pone ó pondría cuando en prosa escribe ó escribiese.

Debo citar algunas de estas afirmaciones.

Achacar á los alemanes ó á los ingleses

Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime,

no es justo, y bien lo sabe Menéndez Pelayo.

Antes de Schoppenhauer estuvieron Sakiamuni, los autores del libro de Job y del Eclesiastés, Menandro, cuyo terrible verso cita, y mil otros. La *vaga, mortal melancolía* oprime á los hijos de Eva, en este valle de lágrimas, des-

de que hay memoria de sucesos. No hay que culpar de tanto mal ni al cristianismo, ni á los pueblos del Norte.

Razón tiene el poeta en exclamar;

.....Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales
El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tiber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis :

pero se extrema demasiado en la censura cuando niega al *germano tenaz* hasta la posibilidad de ser tan poeta y tan artista como los griegos y latinos, suponiendo que la mucha cerveza que bebe le incapacita y atonta.

Donde el fermento
De insípida cebada en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando.

Esto, no obstante, es sólo un arranque de mal humor poético, que tiene gracia, y que, entendido así, tiene también verdad. Los doctores Lauser y Schuchardt, hallándose un día, en mi casa de Madrid, con Menéndez, me excitaron á que yo moviese á éste á recitar los versos en que están esas diatribas contra los alemanes; Menéndez los recitó, y naturalmente ellos los celebraron, aplaudieron y rieron.

Es evidente que hay algo de celos y de noble envidia patriótica en los citados dicterios. Por eso reían y aplaudían Lauser y Schuchardt. Nuestro humanista siente en el fondo del alma que el llamado por él sacrílego consorcio de griegos y teutones se celebra mejor, por ahora, que el de españoles y griegos; que las paces están hechas; que Elena y Fausto se casan, como imaginaba el Júpiter de Weimar; y que Euforión ha nacido entre las nieblas hiperbóreas. Los cantos de Schiller y de Goethe bien pueden igualarse con el de las Piérides; y el *filosofar caliginoso* de Schelling y de Hegel, si no vale (por el estilo) lo que vale el filosofar de Platon, menester es confesar que por la profundidad, impulso extraño de la fantasía para crear ingente sistema que encierra cuanto es, y admirable fuerza de discurso para ponerle en orden, á todo, desde Platon y Aristóteles hasta ellos, eclipsa y supera.

La referida envidia patriótica, ó, mejor dicho, noble emulación, se revela más candorosamente cuando dice el poeta:

Siempre ansiosos
De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descienden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan;

donde implícitamente, y con dolor, confiesa que

los Bárbaros se han enriquecido más que nosotros, no sólo de dinero, sino de *clásicos;* que en Alemania é Inglaterra se estudian y se saben mejor que en España esos libros inmortales, que él quiere por modelo; que en Oxford y Cambridge se representan, en griego, las tragedias de Sófocles; y que hombres políticos, ingleses y alemanes, conocen esos *autores*, y hasta se atreven á citarlos en sus arengas, en la lengua original, sin temor de ser silbados, como unos don Hermógenes de nuevo cuño.

Imaginar que esto destruye la originalidad y vuelve anacrónicos y exóticos á los poetas del día, es imaginación vana y sin fundamento. Lo que producía la afectación exótica era el pseudoclasicismo á la francesa y el harto somero conocimiento que en España se tenía antes de las letras griegas y latinas. De seguro, por ejemplo, que á Menéndez Pelayo no se le hubiera ocurrido jamás decir como Quintana:

Tres veces
De Jano el templo abrimos
Y á la trompa de Marte aliento dimos:
Tres veces ¡ay! los dioses tutelares
Su escudo nos negaron, y nos vimos
Rotos en tierra y rotos en los mares.

Visto que no hay templo de Jano, no podía-

mos abrirle ni cerrarle; y en cuanto á los *dioses tutelares*, como nadie cree en ellos, ni los hay en España, su auxilio no nos importaba lo más mínimo. Menéndez Pelayo, como creyente católico, hubiera dicho que los Santos Patronos de nuestra devoción no habían intercedido con Dios para que nos diese la victoria; que Santiago no había bajado á combatir en favor nuestro; que la Santísima Virgen María no había querido darnos su amparo; y al decir todo esto, hubiera sido muchísimo más clásico y más fiel imitador de los griegos que el ilustre Quintana. Si Leopardi dice, por ejemplo;

¡O numi, o numi,
Pugnan per altra terra itali acciari!

el tono general de la oda *Á Italia*, el conjunto de las ideas filosóficas de Leopardi, todo justifica la exclamación de *¡oh númenes!*, y la hace natural y no afectada y falsa. Los *dioses tutelares* de que habla Quintana, ó son Santiago, la Virgen y otros Santos y Santas de la Corte celestial, y entonces es impropio llamarlos *dioses*, ó no son nadie, sino una huera figura retórica; mientras que los *númenes* de que habla Leopardi se ve claro que son las fuerzas de la naturaleza que cumplen los decretos del destino ciego é in-

flexible, único Dios en quien él creía. Sin duda que los *númenes* no existen para Leopardi como tales *númenes;* pero, consentida la personificación, los *númenes* existen; tienen una realidad objetiva que sirve á la personificación de fundamento, y es tal la energía é importancia de esa realidad, que el personificarla y el convertirla en númenes resulta más que justificado.

En general, si está bien ó mal el uso de la mitología griega en la poesía de ahora, es cuestión que, como muchas otras, deja de serlo, no bien se pone en claro, ó sea sin ambigüedad ni equívoco en los términos.

En una narración poética de antiguas edades, en que las fábulas griegas eran creídas, dichas fábulas pueden entrar y tienen verdad estética. Todo depende del tono del narrador y del tino y buen gusto con que las emplee. Pero así, no ya la mitología griega, sino la egipcia, la de Escandinavia y la de los Vedas, están en uso. De esta última se empieza á usar mucho en las literaturas contemporáneas. Leconte de Lisle en Francia, Goethe en Alemania, en Italia Gubernatis, en Portugal con gran primor y acierto Cristobal Ayres, creo que nacido y educado en Goa, y en España Becquer y un servidor de V., aunque esté mal el citarme á mí propio,

hemos echado mano de la mitología védica y brahmánica. Pero ¿qué mucho, si Gonsalves Días ha empleado con éxito la mitología de las tupinambas y de otras tribus indígenas del Brasil?

Desde esto, no obstante, hasta el propósito, que con toda seriedad tienen algunos autores, de reemplazar la mitología griega con otra mitología, hay enorme diferencia.

La total cultura de Europa es combinación de varios elementos: unos que persisten en nuestro ser y forman la vida esencial del espíritu: otros que vienen á enriquecer el conjunto, pero que no son esenciales. De aquí la distancia que media entre los dioses indios, ó los dioses de la Walhala, y los dioses griegos. Estos últimos viven en nosotros, tienen en nuestras almas aún Olimpo y Parnaso; son ideas inmortales de un pueblo que nos dió el arte, la filosofía y las letras humanas; contra todo lo cual ni la prosaica y positiva sabiduría novísima puede gran cosa, ni el cristianismo ha querido luchar, sino que gusta de que viva, y aun toma para adornar sus verdades y sus representaciones artísticas cuanto hay en ello de hermoso y puro. Por esto dice nuestro poeta:

Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa,
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.

Y entendiendo así este negocio, razón tiene nuestro poeta para añadir en otra parte:

Te contaré mil fábulas sagradas
De amores de los hombres y los dioses:
Cuanto soñó la griega fantasía
En la serena juventud del mundo.

No piense por esto el lector que Menéndez Pelayo sea un poeta muy mitólogo. Su mirada se dirige á lo presente y á lo futuro, más aún que á las cosas que fueron.

Y lo que verdaderamente busca en los libros antiguos es

El vino añejo que remoza el alma;

el entusiasmo artístico, y la sobria concisión; el *ne quid nimis* sobre todo.

Como Menéndez Pelayo dice, en un comentario ó análisis que ha hecho recientemente de la Poética de Aristóteles, para él el arte es *la facultad de crear lo verdadero con reflexión. Crear, pues, lo falso,* con reflexión ó sin ella, es lo más

contrario al arte que puede imaginarse. Sin reflexión se adivina á veces lo verdadero, pero más á menudo se crea algo que no es ni verdadero ni falso: lo insustancial y lo soso, ó lo ambiguo, anfibológico é incierto.

De esto, por desgracia, hay bastante en nuestra poesía lírica, si bien, cuando se da con la verdad irreflexivamente, aparece cierta belleza milagrosa en la obra poética, que á veces hechiza y deleita más que la de toda creación reflexiva.

De este hechizo carecen las composiciones de Menéndez Pelayo, quien siempre sabe lo que quiere decir, y lo dice; pero en cambio tampoco hay en sus versos las vaguedades é incertidumbres en que abundan hasta nuestros más egregios poetas.

Buscaré ejemplo de esto en la ya citada Oda de Quintana, por lo mismo que, en mi sentir, es de lo más hermoso que en nuestra lengua hay. ¿Qué significa el poeta al decir que España fué la reina de las naciones,

La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro y *su blasón divino*?

¿Aplaude que España se juzgase el *pueblo de Dios* de las edades modernas, y que cumpliese

su misión de extender la religión católica por todas las zonas? Esto no estaba en la manera constante de pensar de Quintana, y dado que, al menos en aquél momento, lo hubiese estado, merecía más terminante explicación, y no el mero epíteto de *divino*, lanzado al paso sobre el *blasón*. Es, pues, de presumir que el *blasón divino* no significa nada; que está de sobra; que es un casi-ripio, para redondear un verso y hallar consonante á *destino*, que está en otro verso anterior. Si Quintana no quería elogiar nuestra propaganda religioso-guerrera y política, debió decir sobriamente

La que á todas las zonas extendía
Su cetro de oro....

y borrar el blasón divino, que en sus versos no vale, sino blasón bonito, elegante, ilustre, encumbrado; en suma, todo lo que se quiera si carece de color y de sentido preciso.

Lo que llevamos examinado hasta aquí de las poesías de Menéndez Pelayo, basta á que le califiquemos de poeta original, si bien de poeta que, por más que se inspire en los sentimientos de su propia alma, lo logra, no por contemplación directa de lo real, en la vida, sino con ocasión de sus estudios y de su ciencia.

Aun así sólo, como en España (no me tilde V. de adulador del vulgo y de encomiador de lo presente; lo digo con sinceridad) vivimos ahora en un período de florecimiento, nuestro poeta no ha sido únicamente aplaudido como tal por los que, al hacerlo, pueden dejarse llevar del espíritu de partido, sino también por personas que en los partidos más opuestos militan.

Entre estos encomiadores descuella un crítico duro, cruel, injusto á veces y sobrado descontentadizo; pero (estoy seguro de que no me engaña la gratitud) de agudísimo ingenio, de erudición varia y sana y de singular chiste y discreción en cuanto escribe, cuando la pasión desecta no le ciega; el señor D. Leopoldo Alas. Con trasladar aquí algunas de las alabanzas que él da á Menéndez, terminaré y completaré esta parte de mi estudio.

«Menéndez, dice, quiere, como Chénier, que imitemos á los antiguos, porque sabe la diferencia que va de la imitación servil, fría y rebuscada, á ese espíritu de asimilación que escoge de todo lo bueno, la flor, lo exquisito. Nada más necesario para nuestras letras, tal como andan, que ese estudio prudente y bien sentido de la civilización clásica y de su literatura; nada más digno de admiración que ese espíritu, en-

carnado en un joven que, sin precedentes próximos, sin más atractivo poderoso y de cuenta que la propia inspiración, se arroja por tan desusado camino.... Hay algo en lo clásico, necesario para la educación completa.... Menéndez acaso es el solo que lo comprende aquí y lo siente como es menester para hacerlo fecundo. Amar lo antiguo por ignorancia de lo moderno, es achaque de algunos eruditos; pero amarlo, conociendo lo nuevo, y, por lo mismo, porque se echa de menos en esto lo que en lo antiguo existe, es otra cosa.»

Natural es que lo primero que directamente mueva á cantar á un joven poeta sea la mujer y su hermosura. Natural es que Amor sea el primer numen que le inspire. Pero en Menéndez Pelayo no sucede así. Engolfado en sus estudios, asistente en las aulas y en las bibliotecas, y velando de noche sobre los libros, y no en los salones, no toma hasta tarde, con relación á su precocidad, asunto que no sea de sus estudios mismos.

Sus primeros versos de amor son *A Epicaris*, y en ellos se ve patente la verdad de lo que decimos. El estudiante tiene una novia, sencilla sin duda, modesta y buena, con quien no podemos menos de creer que piensa en contraer ma-

trimonio. El caso es bastante serio y el espíritu del poeta lo es también para que produzca versos ligeros, alegres y galantes. Pudiera haberlos producido tiernos y apasionados; pero, menester es confesarlo, tampoco lo son los versos *A Epicaris*. Nuestro poeta, que trata de *crear lo verdadero con reflexión*, es incapaz de mentir; y, como anda tan distraído con su ciencia y su filosofía, si bien reconoce mil prendas excelentes en su futura, se queda frío ó se entusiasma poco. De aquí que, en vez de enamorarla y arrullarla, le da una lección de metafísica ó de ontología, procurando explicar de qué suerte Dios está en todo, resplandeciendo su luz y hermosura, en unas partes menos y en otras más, á través de lo creado. El mundo material es como nube ó velo que encubre la hermosura de Dios. Pero sólo, por entre esa nube ó velo ó en el centro del alma, podemos columbrar dicha hermosura. El mundo es también como símbolo, como hieroglífico, donde lee el sabio lo que de Dios puede saberse. La armonía del mundo denota la bondad y el saber soberano del Creador. Ahora bien: una muchacha bonita es cifra ó compendio de ese símbolo, lo más trasparente y claro del velo ó de la nube, y el *motivo* ó tema capital, al menos para los hombres, de la total armonía. De

aquí resulta que el poeta elija á Epicaris para su *símbolo*, y como medio grato de llegar, hasta donde al hombre es posible, al conocimiento de Dios. Los versos son elegantes, primorosos y tersos: las filosofías están bien expuestas y sentidas; pero el amor vivo no parece. En cierta linda copla de fandango, donde las mismas filosofías y teologías, según el vulgo alcanza á entenderlas, se encuentran también, hay mil veces más pasión que en las atildadas estrofas con consonantes de nuestro poeta. La copla dice:

Rubita, sol de los soles;
Tu cara es una custodia,
Y tu pecho la escalera
Para subir á la gloria.

Las cosas cambian de aspecto, y el poeta halla al fin verdadera inspiración amorosa, cuando viene á Madrid de asiento, precedido de alta fama, gana la cátedra por oposición, y es ensalzado con justicia por todas partes.

En el día no puede decirse lo que dijo Iriarte de las españolas sus contemporáneas:

Las mujeres ahora no despuntan,
Como en siglos pasados, por discretas.

En el día, particularmente en la *high life*, hay en esta Corte no pocas lindas damas, aficionadas á toda

cultura intelectual, y que se prendan é interesan, como las mariposas á la luz, por cuanto de cualquier modo resplandece. Algunas han aprendido mucho *de re litteraria:* otras, tal vez no tuvieron tiempo para aprender, envueltas desde muy niñas en el torbellino de las fiestas, paseos, toros, teatros, tertulias y demás diversiones; pero la agudeza, la facilidad de comprensión y la claridad del natural criterio suplen con frecuencia la falta. De aquí que nuestras damas sean, á mi ver, tribunal casi infalible para fallar sobre el mérito de los hombres, ya brillen en la tribuna, ya escriban para el teatro, ya compongan libros de bella literatura y hasta de filosofía. Sobre el fallo viene el influjo. Al político, al poeta, al literato y al sabio, cuando empiezan á brillar, tal vez les faltan aún algunos perfiles y pulimentos, que ellas añaden. Numa aprendió no poco de Egeria, y Pericles y Sócrates aprendieron de Aspasia. Ya que no el Amor, una diosa que no está en el Olimpo, porque es muy moderna, la coquetería, presta hoy su milagroso poder á las damas para que influyan de esta suerte.

En resolución, Menéndez Pelayo fué influído. El estudiante candoroso, modesto y retirado, fué presentado y agasajado en los más brillantes salones; y lo eléctrico de las miradas, las pala-

bras de miel y la belleza elegante, le arrebataron el alma y lograron que de ella brotasen cantos bellísimos: extraña explosión de amor, síntesis armoniosa de afectos algo paganos, como los de los poetas clásicos antiguos por sus Gliceras, Lesbias y Cintias, y de adoración extática, como la de Dante y Petrarca por Beatriz y por Laura.

Pero sobre todo prevalece el sentimiento de que la dama, á quien el poeta se consagra, es como su musa, su sibila, su adoctrinadora; una hada ó maga que le enseña la ciencia arcana que ignora aún; le abre el tesoro de los poéticos ensueños, y hiere para él, con su varita de virtudes, la peña agreste del ingenio nativo, haciendo surtir de allí el manantial de la inspiración propia, y un universo flamante, maravilloso, mil veces más rico y ameno que el conocido.

De oro y azul estancias fabulosas,
Nunca soñadas de alarife moro;
Alcázares de gnomos y de silfos;
Escondidos talleres
Donde el martillo de los genios suena;
Trémulos lagos donde hierve el oro;
Y un sol que centuplica sus ardores
Sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
É infunde en nueva tierra y nuevos cielos
Una oculta virtud germinativa.

:

¿Para qué citar versos de estas composiciones de amor, si todos son igualmente sencillos é inspirados? Cada uno de estos cantos surge de repente, sin enmienda y sin retoque, del alma del poeta: *ex abundantia cordis*, al principio, por la traviesa y graciosa Lidia; y después, cuando el corazón

Ya rota el ara del amor primero,
Halló trivial lo que juzgó divino,

por la rubia y simpática Aglaya, viniendo á ser la una y la otra sucesivamente profetisas de amor, gentiles iniciadoras en sus misterios, Diótimas nuevas,

Germen de soberanas fantasías,
Horno do se caldea
El metal en fusión del pensamiento,

y otras mil virtualidades ó potencias miríficas que el poeta enumera y realza por medio de hermosas y variadas imágenes, las cuales se precipitan cual torrente sonoro en el cauce de sus fáciles versos.

No negaré que estos obtendrían mayor popularidad, y se grabarían mejor en la memoria, si fuesen quintillas, octavas, décimas ú otras estrofas aconsonantadas, simétricas y más can-

tables. Pero acudir con tal exigencia á Menéndez Pelayo, sería suponer que en sus versos amorosos ha habido *premeditación,* permítaseme la palabra. Y nada más lejos de eso. El mayor hechizo de estos versos estriba en lo impremeditados. Salieron porque sí, y salieron con la forma que tienen, y ya no podía dárseles otra. Lo cual no es afirmar que salieran los versos sin reflexión y sin arte, sino que el arte y la reflexión están inmanentes en el poeta, y ni en el más improvisado arranque le abandonan.

Espronceda, en el canto á Teresa, y la Avellaneda y Tassara, que son quizás, en nuestro siglo, los que mejor han cantado el amor en España, *premeditan* sin duda más lo que cantan; pero carecen de aquel constante acierto, de aquella sobriedad atinada y de aquella limpia pureza de líneas.

Goethe, el lírico del amor, aguarda para cantarle á que el alma se sosiegue; y entonces, tomándola como objeto, con frialdad crítica y esmerada labor, esculpe, cincela y engalana, como hace el joyero con el material de su obra, las propias impresiones y pasiones. Se parece á aquel refinado artista, no recuerdo si de Atenas ó de Síbaris, que sacó en molde el firme y floreciente pecho de su joven enamorada, y, reprodu-

ciendo en oro sus airosas y suaves curvas, labró espléndida taza, digna de que en ella Higia escanciase á los hombres beatífico *nepenthes*, y Hebe el néctar á los Inmortales.

Pero cada cuál es como Dios le ha criado, y la serenidad olímpica de Goethe, de que alguien le zahiere, atribuyéndola á un alambicado egoismo, es lo más opuesto á la candidez fervorosa y súbita de Menéndez Pelayo. Dejémosle, pues, con sus versos libres, que brotan de improviso, y no por merced de estudiada cavilación retrospectiva.

Más hermosos aún que el amor se los ha inspirado la amistad; amistad dulcísima, entusiasta y respetuosa, á otra mujer de la sociedad aristocrática madrileña. La superior inteligencia de esta mujer, su bondad sin coquetería, la noble distinción de su porte y modales, su sencilla naturalidad y su afable indulgencia, ganan las voluntades todas. El literato, el filósofo, el político y el poeta, hallan en ella mente que los adivine y estimule cuando aún son oscuros, que los celebre y juzgue con más elevación que la generalidad cuando ya son ilustres y famosos, y que siempre los comprenda y estime. Como su apacible trato cautiva, pronto se granjeó el afecto de nuestro joven poeta. Ella le pagó con usu-

ra, en el más delicado aprecio de su ingenio y saber y en la simpatía más generosa.

Un grande infortunio dió ocasión á Menéndez para mostrarle su cariñosa gratitud, escribiendo los versos mejores que tal vez ha escrito.

El hijo primogénito de esta dama, por ella entrañablemente amado, murió en la flor de su edad, víctima de mal irremediable del pecho, yendo, por mar, en busca de salud, desde Málaga á Cádiz.

Analizar aquí la Elegía á su muerte, escrita por Menéndez, sería una profanación. Léala quien tenga alma, y su voz se pondrá trémula y las lágrimas se agolparán á sus ojos. Pero no serán lágrimas amargas, sino rocío fecundo en esperanzas celestiales, en santa resignación, en melancólica dulzura y en optimismo cristiano. ¡Qué sentimiento tan verdadero y tan hondo! ¡Qué consolación tan sencillamente dada á la afligida madre! Así Virgilio, si hubiera recibido en la pila bautismal la fe de Cristo, hubiera lamentado á Marcelo. Todo en esta Elegía, oro acendrado de Tíbar, es natural, nítido y melodioso desde la primera á la última palabra. Sólo hay cuatro versos que disuenan: que borraré yo de mi ejemplar, y que si pudiese borraría de todos. Borrados dichos cuatro versos, en mi sentir, queda perfecta la obra.

Deber de crítico y deseo de dar con esta penosa declaración completa autoridad al encomio, me obligan á declarar que hay cuatro malísimos versos en la Elegía. El gusto de lo falso y lo hinchado es pestilencia tan sutil, que penetra por cualquier resquicio, y al descuido más leve, hasta en las estancias más resguardadas y salubres. Donde todo está dicho con tan sublime sencillez, duele encontrar lo siguiente:

La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo, contundía,
El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa.

Este corcel, que vuela por la sangre (y aquí se me ha de perdonar el desenfado, pues escribo una carta familiar, aunque para carta va siendo larguísima); este corcel, digo, me da cien patadas, porque tanto él como el *indómito monstruo* que va en él caballero, tratan de destrozar y *contundir*, aunque en balde, una de las más brillantes y finas joyas de nuestra poesía.

He dejado expresamente para lo último el hablar de la más importante composición que contiene este tomo. Ahora me pesa, porque el lector ha de estar ya cansado, y yo también lo estoy. Algo, con todo, es indispensable decir.

En esta composición, que se titula *La galerna*

del Sábado de Gloria, alienta toda el alma del poeta: su fervor religioso, su amor á la ciudad natal, su entusiasmo por la brillante historia de los cántabros, su viva comprensión de la belleza del paisaje, su concisa potencia gráfica para describirle, y, por último (para que se pasmen los que le acusan de *neo*), su aplauso cordial á cuanto hay de grande y noble en nuestra época, y su fe en el progreso humano y en la santidad y éxito seguro de la misión que tiene nuestro linaje de continuar, hermosear y completar con su trabajo la creación divina.

¡Perenne lid con la materia inerte:
Dura labor, pero victoria cierta!

Al llegar á este punto, el poeta hubo de creerse, con razón, un Píndaro de ahora, iluminado su espíritu por luz más alta y pura, que viene del Tabor y del Gólgota, y por los resplandores naturales de la ciencia y de la razón de nuestros días. Y entonces, queriendo eclipsar las Olímpicas, exclamó con arrogancia sublime y justa:

Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo

Ciña la palma de Elis triunfadora
Como al atleta coronar solía.

Ahora bien : si cuanto va expuesto hasta aquí no basta para convencer hasta á los más empedernidos (entre la gente de pícaro gusto, se entiende, porque la que le tiene bueno no necesita que yo la convenza) de que Menéndez Pelayo, á más de ser erudito, discreto, prosista fecundo, filósofo y buen hablista, es un poeta lírico, no así como quiera, sino de los mejores, considero inútil seguir predicando en desierto, y pongo término á esta interminable carta, la más larga que he escrito en todos los días de mi vida.

Sentiré que V. se fatigue leyéndola, y más sentiré aún que el público se fatigue, si V. se la da como Prólogo ó Introducción.

Menester era cumplir lo prometido á Menéndez Pelayo, y queda cumplido, tal vez de sobra.

No es malo advertir, sin embargo, que sólo por conjeturas se puede evaluar, en huerto bien labrado y fértil, la abundancia del fruto, mientras todo no llega á sazón y se hace el esquilmo.

Del ingenio de nuestro poeta no tenemos sino las primicias. Salva la distancia entre el *mito* y la realidad humana, es lícito aplicar á Menén-

dez lo que el himno homérico dice de Hermes, que, niño aún, en su más temprana mocedad, inventó y pulsó la cítara y se apoderó del rebaño del flechador Apolo. Mucho promete como pensador, como erudito y como poeta, si el estro, la salud y la actividad no le fallecen. Sin dejar de ser lo que es, hallará nuevos tonos; volverá, en la poesía, á la rima; cultivará el romance; no será menos helénico, y, si cabe, será más hispano. La patria, la religión y la humanidad en su progreso; las atrevidas empresas de esta gente, primogénita en Europa de los arios *euplocamos*, á quien él ve, como avanzada de la civilización, sobre las tres grandes penínsulas de la mar mediterránea; y por cima de todo los altos y trascendentales conceptos y aspiraciones de lo infinito y divino, han de ser, no lo dudo, más amplia y magistralmente cantados por él. Amor, además, se le aparecerá bajo forma, si se quiere menos etérea y fantástica, pero moralmente más hermosa. No le hará idolatrar en la mujer á una deidad ó célica maestra, que acude, como Venus al hijo, á acabar de educarle, en entrevistas fugitivas, sino que le enseñará á respetar y á amar en la mujer á la dulce y fiel compañera de la existencia toda, la cual no huirá, y á la cual no tendrá, como á

Lidia, á Aglaya y á otras, que increpar cuando huya, exclamando :

¿Quid natum toties, crudelis tu quoque, falsis
Ludis imaginibus ?

Por lo pronto, y dejando á un lado profecías y mal encubiertas, semi-nupciales amonestaciones, Menéndez Pelayo ha prestado ya no pocos servicios á nuestra poesía grave y elevada. Su saber no le ha impulsado, como insinúa la ignorante malicia, á escribir cosas oscuras, sino á escribir claro. Es singular : nuestros poetas ligeros y algo picarescos tienen concisión y claridad : rara vez emplean palabras ociosas ó sin sentido : pero, entre los que se encumbran, hasta el más abonado suele irse á menudo por los cerros de Úbeda, sin que haya quien le ataje, y armar tan ininteligible jerigonza, que nos provoca á llamarle, con Lope,

....Poeta al uso;
Que él tampoco entendió lo que compuso.

Contra éste y sus semejantes nos da ejemplo Menéndez, que siempre dice lo que sabe y sabe lo que dice.

Veo con sorpresa , á última hora y ya terminado este escrito, que el tomo no es sólo de

poesías líricas, sino que contiene además dos tragedias de Esquilo traducidas: *Los siete sobre Tebas* y el *Prometeo*. Agradezca V. á esta circunstancia el que no conste esta carta-prólogo de cinco ó seis páginas más; perdóneme que en cierto modo quede incompleta, á pesar de ser tan larga; y créame su afectísimo amigo.

JUAN VALERA.

LISBOA. 24 de Diciembre de 1882.



ODAS Y EPÍSTOLAS



SONETO-DEDICATORIA

A ti, de ingenio y luz raudal hirviente,
De las helenas Gracias compañera,
De mis cantos daré la flor primera:
Cobre hermosura al adornar tu frente.

No de otro modo en bosque floreciente,
Rudo y sin desbastar el leño espera,
Ó el mármol encerrado en la cantera,
El sabio impulso de escultor valiente:

Llega el artista, y la materia rinde;
Levántase la forma vencedora
Del mármol que el cincel taja y escinde:

Corra, en la piedra, de la vida el río:
Tú serás el cincel, noble Señora,
Que labre el mármol del ingenio mío.





Á LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA CATALÁN

D. MANUEL CABANYES

MUERTO EN LA FLOR DE SU EDAD EL AÑO 1833.

ODA

Ὃν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος.

El varon amado por los Dioses muere joven.

(MENANDRO.)

FELIZ quien nunca en la inviolada lira
Al poder tributó venal incienso,
Ni elevó al solio de opresores viles
Su profanado canto!

¿Por qué de Horacio el numeroso acento
Adula el sueño al opresor del mundo?
¿Por qué, soñada alcurnia en su alabanza
Teje de Mantua el vate?

¡Feliz quien nunca en el marmóreo alcázar,
Su voz hiriendo regios artesones,
Himno entonó que servidumbre inspira,
Preso en dorados lazos!

¡Feliz quien nunca de la inquieta plebe
El furor excitó, temió las iras,
Ni arrastró de su Musa desgarrado
El manto por las plazas!

Odio patricio y ambición insomne
El brazo armaron del terrible Alceo:
Envenenó la Némesis plebeya
De Béranger el alma.

¡Maldición para aquel que en muelle ritmo
Vierte sonoro, enervador halago,
Y las flores de Chipre regaladas
Torpemente deshoja,

Cual Ovidio y Petronio las mancharon
Con labio impuro, al profanar los dones
Que sobre ellos vertieran las sagradas
De Mnemósine hijas!

¡Hélade antigua! generosas sombras,
Píndaro, Homero, Sófocles, Esquilo,
Que nunca infieles de la Urania Venus
Fuisteis al puro culto,

Abrid del templo las doradas puertas:
¡Paso al virgen mancebo laletano,

Que en sus hombros la túnica del genio
Ostenta no manchada!

¡Dulce Cabanyes! En humilde tumba
Cubre tus restos el materno suelo:
Sobre ella vela el numen de la lira....
El de la gloria duerme.

De la región etérea donde moras,
Propicio acoge mi modesta ofrenda:
Para cantarte, de tu lumbre un rayo
Vierte sobre mi frente!

Tú la belleza con afán buscaste,
Como á los griegos se mostró y latinos,
Reina de sí la soberana idea,
Reina del Pario mármol.

Ella tu esposa fué, casta y desnuda,
Y brotó de su seno fecundado
Por tu abrazo viril, la forma indócil
Luchando por la vida.

Libre como tu espíritu tu Musa
Rima desdeña y números sonoros [1]:
Campo le diste que á extender bastara
Su altivo pensamiento.

Dieron el tono á tus audaces himnos
De Ofanto el cisne, el águila del Tormes,

[1] Oda titulada *Independencia de la Poesía.*

El férreo Alfieri, Fóscolo indomado,
Y el prófugo Filinto.

Y cual la abeja del ameno Tíbur,
Flores libando en el vergel heleno,
Docta y potente renovó sus alas
Por ti la antigua estrofa.

Émulo de Lucrecio, describiste
El monstruo crudo que del Ganges vino,
Á emponzoñar con su hálito funesto
Las fuentes de la vida [1];

Y como Horacio al navegante execra,
Tú *al oro* cantas, domador del mundo,
Maldiciendo en tremendas armonías
Su corruptor imperio.

Trajo la historia á tu inspirada mente
Los claros nombres de la edad pasada:
Un rey jurando en manos del ardido
Esposo de Jimena [2]:

Por los desiertos mares conduciendo
Iberas quillas, de Liguria un hombre,
Y gigante visión del Ponto erguida
Para anunciar sus hados [3].

[1] Oda *Al cólera morbo.*
[2] Oda á Marcio.
[3] Canto *Á Colombo.*

Y las que yacen en silencio antiguo,
Ciudades de alto nombre entre ruïnas,
Ansiaste levantar, al soplo ardiente
Del vivífico estío [1].

Seguiste el rumbo de la clara estrella,
Guiadora gentil de tu destino,
Que embelleció con luz plácida y suave
Tus solitarias horas [2].

Su aliento te infundió la sacra Musa
Que en el Tabor y en el Calvario mora;
Viste á Jehovah de cólera ceñido,
Fulminador, tronante:

Y al tímido, reciente sacerdote,
Que al ara de Adonái mueve su planta,
Y á quien en incruento sacrificio
El Hombre Dios desciende [3].

Áureos tus versos son: su eco robusto
Vigor inspira, varonil grandeza:
Dignos de edad más fuerte y generosa
Que la nuestra menguada.

Llegó á tu mente un rayo de aquel fuego
Que iluminó los pórticos de Atenas,

[1] Oda *Al Estío*.
[2] *Á mi Estrella. A....*
[3] Oda *La Misa Nueva*.

Como llegó al cantor de la Cautiva,
Á Andres Chenier divino.

Joven moriste.... Apenas á la vida
Se abrieron ¡ay! tus penetrantes ojos:
Joven sucumbe el que los Dioses aman.
¡Triste ley de los hados!

De Némesis y Delia los clamores
No á su amador libraron de la tumba,
Ni al sollozar sus élegos dolientes,
Las Parcas se ablandaron.

De Catón y Pompeyo las cenizas
En sus urnas de horror se estremecieron,
Y un *¡ay!* lanzaron sus inultos Manes,
Al espirar Lucano.

Rota cayó en el Sorga aquella lira
Que moduló en el Tajo los amores,
Y llevó á extrañas gentes el sonoro
Nombre de Garcilaso.

Rindió su cuello á la segur impía
El que al Enfermo celebró y al Ciego:
El Numen de la gloria remontóle
Sobre el cadalso impuro.

Horrible mal devora á Leopardi,
Titán vencido pero no domado:
Á Byron ve caer heroicamente
Missolonghi en su arena.

Jóvenes todos.... como tú, Cabanyes,
Vieron pasar en desplacer sus días,
Con el estigma del dolor impreso
En sus alzadas frentes.

No fué en la tierra el fin de tu camino;
Aura del cielo enderezó tu nave,
Á las de paz espléndidas moradas,
Donde inmortal reposas.

Breves y oscuros, de la tierra al seno
Fueron tus días en quietud llevados,
Sin que el clamor de la mentida fama
Tu nombre pregonase.

Hoy, mientras ciñen profanados lauros
Frentes vulgares, tu memoria muere:
¡Oh si en tu honor mi canto más durara
Que mármoles y bronces!

Santander 4 de Febrero de 1875.





Á EPICARIS

Yace en la mente del Señor oculta
De la hermosura la fecunda *idea*,
Que nuevas formas incesante crea,
Y, á par que las acendra, las sepulta.

Todo nació de allí, y en raudo vuelo,
Girando en torno de la luz fulgente,
Cual pabellón inmenso y esplendente
Tendió sus alas el etéreo cielo.

Y luego, obedeciendo á la *armonía*,
Que se encarnaba en la materia oscura,
Surgieron á bordar su vestidura
Orbes de luz, de la extensión vacía.

Y el modelo inmortal de la belleza,
Al traducirse en la celeste forma,
Al astro prefijó número y norma
Y un rayo le prestó de su grandeza.

Ese invisible espíritu potente,
Oculto engendrador, alma del mundo,
Que derrama do quier soplo fecundo
Y es de la vida inextinguible fuente,

Penetró de la tierra por las venas,
Y la llama encendió de sus entrañas,
El centro fecundó de las montañas
Y animó de los mares las arenas;

En partes cien el polvo congregado,
Toda existencia el orbe producía,
Y sobre ella incubaba la *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.

Ritmo que guía al huracán tronante
Y la tormenta y la quietud dirige,
Y el vuelo errante de las aves rige
Y los murmullos de la mar sonante;

Que del iris extiende los colores
Y la luz del relámpago rojiza,
Y los sedientos campos fertiliza,
Y exhálase, en aroma, de las flores;

Que en la piedra, en el bruto y en la planta
Las huellas imprimió de su destino,
Y en el hombre encendió fuego divino
Que á la fuente del ritmo le levanta.

Por eso quiere el pensamiento humano
Sin velo percibir lo inteligible,
Y á la cumbre llegar inaccesible,
Foco de la belleza soberano.

Cuanto sus ojos miran, es espejo
Roto y quebrado de la pura *idea*;
Con sus fragmentos otro mundo crea,
Del mundo superior débil reflejo.

Y otro mundo después.... Mas nunca llega
Á realizar el sueño de su mente;
De su razón los límites presiente,
Y el mundo material su vista ciega.

Y entonces condensando la hermosura
Que en los seres contempla dividida,
En un símbolo externo le da vida,
Y encarna al fin su concepción oscura.

Y le tributa adoración é incienso;
Rinde á sus piés las obras de su mano,
Y enlaza en pensamiento soberano
La belleza mortal al tipo inmenso.

Una mujer.... De allí la mente alzada
Nuevas bellezas rápida eslabona,
Y entreteje magnífica corona
Para adornar las sienes de su amada.

Roba á la Aurora perlas y fulgores,
Detiene al sol en su abrasado vuelo,
Concentra el ritmo de la tierra y cielo,
Olas, estrellas, vientos bramadores....

Y al ver en cifra la beldad primera,
Levanta el hombre su inspirado acento,
Respondiendo al armónico concento
Que rige y mueve la celeste esfera.

Del vivir en el sueño arrebatado
Buscaba yo también, señora mía,
Cual luz de la existencia la *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.

Y no calmaron mi incesante anhelo
Del arte griego las ficciones suaves,
Ni docta ciencia con discursos graves
Logró arrancar el tenebroso velo.

Yo vi discordia que do quier estalla,
En el mar, en los cielos, en la tierra;
Vi el apetito y la razón en guerra,
Todos los elementos en batalla.

Mas vi principios de belleza en todo
Y quise penetrar su oculta esencia;
Reconocí su influjo y su presencia
Hasta en el seno del informe lodo.

Y un *símbolo* busqué, para en sus alas
Alzarme al trono de la suma *idea*,
Y contemplar, aunque en reflejo sea,
De la hermosura las perennes galas.

Tú fuiste, amada, el *símbolo* elegido
Para encarnar mi pensamiento vago,
Pues de tus ojos el celeste halago
Rompió la niebla en que yací dormido.

Yo en ellos vi, como en espejo puro
Nunca empañado por terreno aliento,
La imagen de mi propio pensamiento,
Ya más alto y tenaz, menos oscuro.

Vi la belleza en tu gallarda forma
Traducirse por fin, libre de velos,
Y el saber de la tierra y de los cielos
Dar á tu rostro perfección y norma.

Y como el griego artífice valiente,
Al contemplar el mármol que labrara,
Ardió en amor de la hermosura rara,
Cifra de la grandeza de su mente,

Yo, mi dulce Epicaris, extasiado
Ante la gracia que en tu faz reía,
En ti adoré la plácida *armonía*,
El *ritmo* universal de lo creado.

Santander, 1874.





EPÍSTOLA Á HORACIO

Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino:
En sus hojas do quier, por vario modo,
De diez generaciones escolares
Á la censoria férula sujetas,
Vése la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados;
Y *addenda*, y *expurganda*, y *corrigenda*,
Todo pintado con figuras toscas,
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.

Y ese libro es el tuyo, ¡oh gran maestro!
Mas no en tersa edición, rica y suntuosa :
No salió de las prensas de Plantino,
Ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
Ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
Le dieron sus hermosos caracteres.
Nació en pobres pañales; allá en Huesca
Famélico impresor meció su cuna;
Ad usum scholarum destinóle
El rector de la estúpida oficina,
Y corrió por los bancos de la escuela,
Ajado y roto, polvoroso y sucio,
El tesoro de gracias y donaires
Por quien al Lacio el Ateniense envidia.

¡Cuántos se amamantaron en sus hojas,
Á cuántos quitó el sueño ese volumen,
Lidiando siempre por alzar el velo
Que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
Á quien perseveró en la ruda empresa,
Y cuánto de sudor y de fatiga
Á ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto
Miles de ideas en algún cerebro;
Llenástele de luz y de armonía,
Y al influjo potente de tu ritmo,
El *ritmo* universal le revelaste.
Por ti la antigüedad brilló á sus ojos;
Por ti Venus Urania, de los cielos
Bajó á las mentes de adorarla dignas,
Y allí habitando, cual perfecta idea,

Dió vida á su pensar, norma á su canto.
¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,
Al armónico son de tus canciones,
Brotando de la tierra y del Olimpo,
Del escolar en torno revolaban,
Que ante la dura faz de su maestro
De largas vestimentas adornado,
Absorto contemplaba sucederse
Del mundo antiguo los prestigios todos:
Clámides ricas y patricias togas,
Quirites y plebeyos, senadores,
Filósofos, augures, cortesanas,
Matronas de severo continente,
Esclavas griegas de ligera estola,
Sagaces y bellísimas libertas,
Aroma y flor en lechos y triclinios,
Múrrinos vasos, ánforas etruscas:
En Olimpia, cien carros voladores;
En las ondas del Adria, la tormenta;
En el cielo, de Júpiter la mano;
La Náyade en las aguas de la fuente,
Y allá en el bosque tiburtino oculta
La dulce granja del cantor de Ofanto,
Por quien los aureos venusinos metros
En copioso raudal se precipitan
Al ancho mar de Píndaro y de Safo!

Yo también á ese libro peregrino,
Arca santa del gusto y la belleza,
Con respeto llegué, sublime Horacio;
Yo también en sus páginas bebía
El vino añejo que remoza el alma.

Todo en ti lo encontré, rey de los himnos,
Mente pelasga, corazón romano;
El vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
La ática sal, las mieles del Himeto,
El ditirambo que á los cielos sube,
El canto de Eros que inspiró Afrodita,
El *Otium Divos* que la mente aquieta,
Y el júbilo feroz con que en las cumbres
Del Citerón, en la ruidosa noche,
Su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste
Como nadie en el mundo la ha encarnado.
Á tu triunfal corona las prescas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
Rindióte Jonia las melosas voces
Con que Anacréon arrulló á Batilo,
Tebas el ritmo en que de Dirce el genio
Loara al púgil en la lid triunfante,
Y al vencedor en la cuadriga rauda;
Del enemigo de Licambo hubiste
El crudo hierro convertido en yambo,
La alada estrofa en que de Cleis la madre
Supo inflamar con férvidos amores
Á bien trenzadas vírgenes Lesbianas,
Y el son de Alceo, entre borrascas hórridas
Al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, lo abarcaste;
Pusiste en todo la medida tuya,
El *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
La concision, secreto de tu numen.

En torrentes de números sonoros
Despéñase tal vez tu fantasía;
Mas nunca pasa el término prescrito
Por la armónica ley, que á los Helenos
Las hijas de Mnemósine enseñaron.
¡Tiempo felíz de Griegos y Latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
De cuantas fuerzas en el hombre moran;
Eterna juventud, vigor perenne,
Culto sublime de la forma pura,
Perenne evocación de la armonía.
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, ¿lo creerás? graves doctores
Afirman que los hórridos cantares
Que alegran al Sicambro y al Scita,
Ó al Germano tenaz y nebuloso,
Oscurecen tus obras inmortales
Labradas por las manos de las Gracias,
Cual por diestro cincel mármol de Paros.

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que en la edad futura
De Teutones y Slavos el imperio,
En la ley, en el arte y en la ciencia,
Nuestra raza latina sentiría,
Y que nombres por ti no pronunciables,
Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
El habla de los Dioses enturbiando,
Tu nombre borrarían?

Orgullosos
Allá arrastren sus ondas imperiales

El Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
Del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
Del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio;
Yo soy latino, y adorarte quiero;
Anímense tus hojas inmortales!

Que Régulo otra vez alce la frente,
Y el beso esquive de la casta esposa,
Y el pueblo aparte que su paso impide,
Y á los tormentos inmutable torne:
Que entre las ruínas del vencido mundo
Caiga el atroz Catón, nunca domado:
Que Druso á los Vindélicos aterre,
Como el ave de Jove fulminante
Desciende sobre tímida bandada:
Que las torres de Ilión maldiga Juno,
Dos veces humilladas en el polvo,
De Laomedón por la perfidia insana,
Por el inicuo juez y la extranjera:
Que la egída de Pálas, resonante
Á los Titanes otra vez resista:
Que las Danaides el acero empuñen
Y en sangre tiñan los nupciales lechos:
Que el níveo toro, á la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada Ninfa:
Que los corceles del rugiente trueno
Lance el Saturnio por el aire vago,
Y se estremezca desquiciado el orbe,
Mas nunca el pecho del varón constante.

¡Ven, libro viejo, ven, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu añejo vino,
Á Baco ver entre escarpados montes,
Á Fauno amante de ligeras ninfas,
Á Hermes facundo, y al intonso Cintio.
Quiero vagar por los amenos bosques
Donde la abeja susurró de Tíbur,
Y en los brazos de Lidias y Gliceras
Posar la frente, al declinar la tarde,
Orillas de la fuente de Blandusia;
Ó ante la puerta de la dura Lyce,
Que el Aquilón con ímpetu sacude,
Amansar su rigor con mis querellas;
Ó volar con la nave de Virgilio,
Que hacia las playas áticas camina
Y guarda la mitad del alma tuya.

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
El *Eheu fugaces* que cual sueño vuela,
El *Carpe diem* que al placer anima,
El *Rectius vives* que enaltece el alma;
Canta de amor, de vinos y de juegos,
Canta de gloria, de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
Quiero las calles de la antigua Roma,
Con Damasípo conversar y Davo,
Reirme de epicúreos y de estoicos,
Viajar á Brindis, escuchar á Ofelo,
Sentarme en el triclinio de Mecenas,
Y aprender los preceptos soberanos
Que dictaste festivo á los Pisones.

Vengan dáctilos, yambos y pirriquios,
Caldeados en tu fragua creadora.
¡Que se entrelacen en vistoso juego,
Y dancen cual las ninfas desceñidas
Que con rítmico pié baten la tierra!
La antigüedad con poderoso aliento
Reanime los espíritus cansados,
Y este hervir incesante de la idea,
Esta vaga, mortal melancolía
Que al mundo enfermo y decadente oprime,
Sus fuerzas agotando en el vacío,
Por influjo de nieblas maldecidas
Que abortó el Septentrión, ante su lumbre
Disípense otra vez. Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos;
Cual vencedor de bárbaras tinieblas,
Otro siglo lució sobre Occidente,
Los pueblos despertando á nueva vida,
Vida de luz, de amor y de esperanza!
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo,
Por los lazos del arte y de la lengua
Unidos, formarán. Pero otra lumbre
Antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima, pagana,
Labre con mano y corazón cristianos.

¡Esa la ley será de la *armonía!*
Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes

Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en basílica trocóse
Más de un templo gentil purificado.

¡Adiós, adiós, monarca de la lira!
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará: sobre las ruínas
Triunfante se ha de alzar el libro viejo,
De mal papel é innúmeras erratas,
Que con amor en mis estantes guardo.

Santander, 28 de Diciembre 1876.





EN ROMA

—

Y nada respetó la edad avara....
Ni regio pueblo, ni sagradas leyes!....
En paz yacieron extranjeras greyes
Do la voz del tribuno resonara.

No ya del triunfador por gloria rara
Siguen el carro domeñados reyes,
Ni de Clitumno los hermosos bueyes
En la pompa triunfal marchan al ara.

Como nubes, cual sombras, como naves,
Pasaron ley, ejércitos, grandeza....
Sólo una cruz se alzó sobre tal ruína.

Dime tú, ¡oh cruz! que sus destinos sabes:
¿Será de Roma la futura alteza
Humana gloria ó majestad divina?

Roma, Enero de 1877.





CARTA

Á

MIS AMIGOS DE SANTANDER

con motivo de haberme regalado

LA BIBLIOTHECA GRÆCA DE FERMÍN DIDOT[1].

Al fin llegaron.... desde el turbio Sena
Que la varia y gentil ciudad divide,
Metrópoli lodosa de Juliano,
Hasta los montes de Cantabria invicta,
Último escollo del poder latino!

---

[1] El primer tomo lleva la dedicatoria siguiente: *M. M. P. ob patrias litteras egregie exauctas, certaminibus in Academia Matritensi acriter consertis, Cantabrorumque nomen in lucem gloriosissime restitutum, concives devotique ejus.*

Firman esta dedicatoria los Sres. D. Amós y D. Agabio Escalante, D. José M. de Pereda, D. Casimiro del Collado, don E. Pedraja, D. Andrés Crespo, D. S. Quintanilla, D. Tomás Agüero, D. A. Revilla, D. José Ferrer, D. Manuel Marañón,

¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen
Volúmenes sin cuento: ¡qué delicia
Es recorrer sus animadas hojas!
¡Cómo á la mente atónita resurgen
Los inmortales de la edad helena!
¡Cómo habla la belleza en esos libros,
Llenando de deleites y memorias
El alma henchida de estupor sagrado!

Si el pagano escultor sintió animarse
La piedra que él en Diosa trasformara,
Y la sangre serpear entre las vetas
Del pario mármol, y espirar los ojos
Lumbre de vida, y rítmica palabra
De sus labios salir, y el pecho alzado
En onda de suspiros agitarse,
Y los brazos tenderle—¡insigne premio
Al vencedor artífice de Atenas!—
Tal siento palpitar eterna vida
Entre las muertas hojas de esos libros,
Del tiempo y la barbarie vencedores,
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.

D. G. Cedrún, D. F. Mazón, D. Manuel Cabrero (padre é hijo), D. Adolfo de la Fuente y D. Raimundo Heras.

Si en los versos que siguen no hago memoria de todos, es por evitar prolijidad, ó por no haber encontrado una forma bastante poética para el recuerdo. Todos viven igualmente en mi gratitud, y con Ercilla puedo decir:

«Si de todos aquí mención no hago,
No culpen la intención, sino la mano.»

Ved.... Homero está aquí.... bélico estruendo
Del Escamandro en las riberas suena;
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas
En torno de la leche, la llanura
Invaden con sus carros: allí Aquiles,
El de los piés ligeros, raudo vuela,
Agitando fatídicos corceles.
Las troyanas esposas desde el muro
Con horror le contemplan: sólo Héctor
Combatirá por el Ilión sagrado:
Miradle traspasar la puerta Scea;
Andrómaca, bañada en risa y lloro,
En brazos lleva al pequeñuelo infante,
Á quien asusta el yelmo empenachado
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja
Fuego voraz á las aquivas naves!
¡Ved cómo estrecha el suplicante Príamo
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,
Y cómo lleva á sus ancianos labios
La mano matadora de sus hijos!

¡Pues qué, si de la plácida *Odisea*
Vago feliz por los amenos bosques!....
Allí portentos de la docta Maga,
El Cíclope sin luz, y los verjeles
De Alcino, y de la gruta de Calipso
El umbroso frescor: allí la lucha
Del mañoso Ithacense con los vanos
De la casta Penélope amadores,
Que en balde el arco manejar querían,
Por la diestra fortísima doblado
Del hijo de Laertes! ¡Y qué escenas

De hospitalaria paz bajo los techos
Del viejo Néstor y del rey de Esparta!
¡Qué Helena tan gentil ya redimida!
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente
De cuanto bello el arte ha concebido!
De tu sol un reflejo centellea
Del jonio mar en las risueñas ondas,
El mármol del Pentélico ilumina,
Resplandece en el ágora de Atenas,
Y el Cronios rey de tu cantar augusto
Á Fidias sirve de ejemplar sereno
Para labrar la olímpica cabeza.

¿Y quién agotará su cauce al río?
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron
Líricos vates, del sagrado suelo
Bañado por las ondas de armonía,
Que de la voz de Homero se desatan,
Para fecundizar los campos griegos?
Apagadas cenizas sólo quedan
De la llama de Safo, ora á Afrodita
Quiera ablandar con métricos halagos,
Porque á sus brazos al infiel conduzca,
Ó ya en ardiente, voladora estrofa,
El fuego exhale que en sus venas corre,
Cuando contempla á aquel mortal dichoso,
Á los eternos Dioses semejante,
Que mira frente á sí reir su amada,
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela
La oda triunfal de Píndaro, y corona
De lauro inmarcesible al noble púgil
Que huella invicto la palestra Eléa,

Entre el polvo de férvidas cuadrigas
Y los aplausos de la doria plebe,
Infundiendo las Gracias de Orcomeno
Á sus miembros vigor y gallardía!
Y no de ungido luchador tan sólo
La gloria canta, mas de su linaje
Y su pueblo también: que la oda inmensa
En hilo de oro engarza tierra y cielo,
Vuela del agua al sol, del sol á Jove,
Y oráculo de pueblos y Sibila,
De la justicia y sobriedad las leyes
Grata pronuncia en vividores versos.

¡Venid á mí, despedazados torsos
De estatuas inmortales: rotos himnos
De Alcéo, de Stesícoro y Simónides,
Donde aún alienta el genio en cada sílaba!
Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz Mesénica contienda!
Y templen tal horror con dulce halago,
El himno de Baquílides suavísimo,
Ó la voz grave del anciano Ascréo,
Ó el canto pastoril siracusano,
Ó un enjambre de abejas, desprendidas
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante
Me parece asistir: encadenado
Miro al Titán filántropo en la roca,
Su cólera exhalando contra Zeus
En impotentes voces, mientras Io

Mísera vaga por la ardiente arena,
Y el coro de las Ninfas Oceánidas
Á tan recio dolor no halla consuelo.
Ved : bañado está en sangre el de Micenas
Alcázar opulento : de Casandra
La fatídica voz alzarse escucho ;
Sigo temblando al parricida Orestes,
Cuando aún la sangre cálida gotea
De su madre infeliz : y las Euménides
No abandonan su umbral, siempre entonando
El coro vengador : él, perseguido
Por los terrores de conciencia inicua,
De gente en gente vaga : sólo encuentra
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.
Que no el choque brutal de las pasiones
Se limita á pintar el arte heleno :
Queda en el fondo del oscuro vaso
Una gota de miel : todo lo templa
La voz solemne del antiguo coro :
Religiosa emoción la mente embarga,
Al ver á Edipo ciego, desterrado,
Su carrera expiatoria ya cumplida,
Penetrar en el bosque de Colona,
Y hacer sagrada con la tumba suya
La ática tierra. ¡ Imágenes risueñas
De la tragedia griega, castas vírgenes,
Antígona, Ifigenia, Polixena,
Que al dar el cuello al sacrificio infando,
Sólo el morir tan jóvenes sentiais!
¡ Cuál resplandece la verdad humana
En esas puras frentes! ¡ Cómo sabe
Eurípides mover los corazones,

De la cautiva Andrómaca al lamento,
Ó á los furores de la Colquia maga!
¡Cuál se despide moribunda Alceste!
¡Qué hondo terror infunde en Las Bacantes
El ulular de la nocturna orgía!

¡Coros de nubes, y graznar de ranas,
Chistes inmundos, mágico lirismo,
Comedia aristofánica, que adunas
Fango y grandeza, y buscas en las heces
De lo real lo ideal! La suelta danza
De tus alados hijos me circunde,
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan
Aun en sus locos, descompuestos saltos.
¡Espíritus alegres, cuán distintos
De las negras terríficas visiones
Del yerto Septentrión, donde el fermento
De insípida cebada, en las cabezas
Sombras y pesadez va derramando!

¿Quién fantaseó de Griegos y Teutones
Sacrílego consorcio? Entre la niebla
De las ásperas cumbres hiperbóreas,
Y este radiante sol que á nuestros campos
El don prodiga de la rubia Ceres
Y de Falerno el otoñal racimo,
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena
Con el Fausto casar, que imaginaba
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos
De tierra más feraz, al Mediodía
Los Bárbaros descienden: en buen hora
Que de nuestros despojos se enriquezcan,

Mas no el rudo cantar de sus montañas
Al canto de las Piérides igualen,
Ni su filosofar caliginoso
Á aquella antigua, plácida Sofía,
Que del divo Platón, en el Convite,
Alzó la mente á contemplar el rastro
De la eterna belleza, y á expresarla
Cual nunca la expresó lengua nacida.

Esa Venus Urania, siempre joven,
Que si al sepulcro descender pudiera,
Otra vez del sepulcro se alzaría,
De juventud radiante y de hermosura,
Por la voz de Demóstenes hablaba
En el tumulto del hirviente foro:
Del cándido Herodoto se envolvía
Entre la ingenua, desatada prosa,
Y en el seco, nervioso y penetrante
Estilo de Tucídides: posaba
De la abeja del Ática en los labios
La pura esencia de las jonias flores.
Ella enmeló las flechas de Luciano,
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,
Déspota rey de la conciencia humana,
Culto y aras le dió.

¡Las Gracias llenen,
Amigos, vuestra mente con sus dones:
Las Gracias, compañeras de la vida,
Por fácil lleven y apacible senda,
De flores adornada, vuestros pasos!
Ni me olviden á mí. Yo el don precioso

Que de vuestra amistad hora recibo,
Conservaré con diligente estudio,
Y el revolver los inspirados folios
Traerá á mi mente la memoria grata
De los caros amigos donadores.

¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa,
Del aureo siglo el esplendor renuevas [1];
Ni á ti, cantor del Anahuac ingente,
Cual sus bosques espléndido y lozano [2];
Ni á ti por quien *El Tuerto* y *Tremontorio*
No envidian de Cervantes los pinceles [3];
Ni á ti que riges la edilicia vara,
No sin dolor de las sagradas Musas,
Un tiempo enriquecidas de tus dones,
Desiertas hoy [4]; ni á ti que á Víctor Hugo
Cubriste fiel con peregrino manto,
Tejido de colores y armonías,
Volviendo á España el oriental tesoro,
Que él al Sena llevó [5]; ni á ti que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergaminos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias [6];
Ni á vosotros, mis dulces compañeros

[1] D. Amós Escalante (*Juan García*).
[2] D. C. Collado.
[3] Pereda.
[4] D. T. Agüero.
[5] D. A. de la Fuente.
[6] D. Eduardo Pedraja.

En estudioso afán; ni á los sagaces
Del comercio fructífero ministros,
Por quien nuestra ciudad es rico emporio
De los tesoros de la mar de Atlante?

¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,
Puerto de la Victoria apellidada
Por el romano triunfador Augusto,
Cuando del fuerte Cántabro imponía
El yugo á la cerviz! ¡Puerto sagrado
Por las cabezas que en tu templo guardas!
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,
Dilátense tus muelles opulentos,
Y traigan tus alígeros bajeles,
En cambio al trigo que te da Castilla,
De la tórrida caña el dulce jugo,
Ó del café los vigilantes granos,
Ó la hoja leve que en vapores sube
Y como la esperanza se disipa.

Y no olvides jamás, patria adorada,
Que fueron, como tú, de mercaderes
Cuna y albergue Rodas y Florencia;
Recuerda que el Magnífico Lorenzo
No fué educado en el feudal castillo
Que alzó el señor germano entre las ruínas
De la inmortal, helénica cultura,
Sino en la abierta, florentina lonja:
Y de aquel mercader so el regio manto
Medró la ciencia, sublimóse el arte:
La lámpara platónica encendida
Tornó á brillar en manos de Ficino,

Y del latín en las marchitas frases
El alma juvenil de Policiano
Supo infundir calor y nueva vida :
Recuerda que togados mercaderes,
Los que sus leyes al Oriente dieron,
Cuando temblaba la imperial Bizancio
Del león de San Marcos al rugido,
Ardieron en la misma noble llama :
Para ellos los Paladios y Bramantes
Alcázares suntuosos levantaron
Orillas de la Adriática laguna,
Y del ducal palacio en las techumbres
Torrentes de color vertió el Ticiano :
Que no el amor del oro allí extinguía
Del genio vividor la pura llama,
Ni ha de apagarla en ti : con larga mano
Premia el ingenio y al saber ayuda :
Ni ingenio ni saber en mí premiaste :
Sólo el intenso amor irresistible
Que hacia las letras dirigió mis años,
Y aquel amor más íntimo y potente
Á mi dulce Cantabria, tierra santa,
La tierra de los montes y las olas,
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,
Sonando, cual arrullo, en mis oídos
Lento el rumor de su arenosa playa.





LA GALERNA

DEL

SÁBADO DE GLORIA

(1876)

Puso Dios en mis cántabras montañas
Auras de libertad, tocas de nieve,
Y la vena del hierro en sus entrañas:
Tejió del roble de la adusta sierra
Y no del frágil mirto su corona,
Que ni falerna vid ni ático olivo,
Ni siciliana miés ornan sus campos,
Ni allí rebosan las colmadas trojes,
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:
Pero hay bosques repuestos y sombríos,
Misterioso rumor de ondas y vientos,
Tajadas hoces, y tendidos valles
Más que el heleno Tempe deleitosos,
Y cual baño de Náyades la arena
Que besa nuestro mar: y sus mugidos,

Como de fiera en coso perseguida,
Arrullo son á la gentil serrana,
Amor de Roma, y espantable al Vasco,
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.

No es el risueño Egeo que circundan
Cual ceñidor las Cícladas marmóreas;
Ni el golfo que con dórica armonía
De Nápoles arrulla á la Sirena
Cabe la sacra tumba de Virgilio;
Ni el vago azul de la marina Jonia;
Sino el Ponto que azota á Caledonia,
Y roto entre las Hébridas resuena,
Titán cerúleo que á la yerta gente
Hace temblar en la postrera Thyle,
Y cabalga entre nieblas y borrascas
Sobre el inmenso Leviathán, que nutre
Con pestífero aceite la candela
Del céltico arponero. Ni cien carros
De guerra hicieran tan horrible estruendo
En torno de Ilïón, como esas olas
Cuando las peñas de Cantabria hieren.

Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,
En son de guerra y vencedor amago,
Á renovar el memorable estrago
Que en la Pasión de su Hacedor movieron:
Por eso es hoy más íntima y solemne
La voz de las tormentas boreales,
Mayor su indignación, cuando arrostrarlas
Osa el nauchero de piedad desnudo:
¡Ay! no verá la luz del patrio faro

Sobre el amigo cerro de la costa,
Cual mirada de Dios sobre sus hijos,
Ni su velera y triunfadora nave,
Al arribar, coronará de flores.

¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo
Rota y hundida la soberbia quilla,
Que oro y baldón conduce á estas arenas,
Ó el ferrado vapor, en cuyas venas
Corre savia de fuego. Allí la sangre
De nuestra raza va: sobre estos montes
Tendió la emigración sus negras alas:
Llora la esposa en el helado lecho,
Cabe el extinto hogar llora la madre,
El campo desfallece sin cultura,
Y en tórrida región nuestros mancebos
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan
Ante las rocas del amado puerto,
Acariciados por maternas olas,
Do lleve el viento el son de las campanas
De la torre natal, á sus oídos!

Pero salva, Señor, el frágil leño
Del pescador que fatigado encuentra
Al fin de su pescar, la red vacía.
Es hijo de aquel pueblo que en tardía
Cadena domeñó la ingente Roma:
Del que á Cannas Aníbal conducía,
De las madres itálicas espanto,
Terror de los Vaccéos y Autrigones:
Del que en la cruz de su triunfal suplicio
El bárbaro cantar de la victoria,

De Agripa ante las haces, entonaba.
¡Oh ! ¡ sálvalos, Señor! En ellos corre
Sangre de Bonifáz el de Sevilla,
Del fiero vencedor de la Rochela,
Del que trazó primero en breve carta
La soledad de los indianos mares,
Y en sus bosques logró gigante tumba,
Al impulso de arpón enherbolado.
¡Contémplalos luchar!.... ¡Vana esperanza!
Que ni el llanto de madres y de esposas
Las iras quebrará del Oceano,
Ni del hado la ley adamantina.
Mas salvados serán, porque las nieblas
Del mundo material y las del alma
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,
Y es su rojiza luz benigno rayo
De un sol que animará perennes flores.

¡Salvados, sí! Desde el salobre risco
De San Pedro del Mar, un sacerdote
Les dió la bendición. Nada más grande
Ojos humanos contemplar pudieron,
Cual lo que vió la moribunda gente,
Al descender el celestial rocío
Del divino perdón sobre su frente:
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,
Entre Dios y la mar la Cruz alzada,
Y descender con palmas y coronas
Las sombras de sus mártires patronos,
Las de los dos celtíberos guerreros [1].

[1] San Emeterio y San Celedonio.

¡Muerte feliz, entre la paz del cielo
Y el beso de los mares! Cuando vengan
Á acariciar la conocida playa,
De barca y pescador traerán los restos
En el cendal de su tejida espuma.

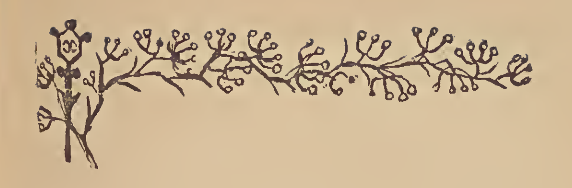
Otro celebre en canto que no muera
La guerra y la ambición, peste del mundo,
Y á la fuerza brutal erija altares.
Yo diré que mis cántabros se hundieron
Con los despojos de su fiel *trainera*,
Como cae el guerrero en la batalla
Asido al asta de su enseña rota:
Y aún es más noble y santa que en el campo,
En el taller la sangre derramada
Á impulsos del martillo y de la rueda,
Ó en el cóncavo seno de los montes,
Al trueno de la pólvora deshechos,
Por donde agita sus humeantes crines
El moderno Tifón, ó en los escollos
Do cela el mar sus perlas y corales.
¡Perenne lid con la materia inerte,
Dura labor, pero victoria cierta!
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga
Piden en nueva edad cantares nuevos.
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,
Y la frente del mártir del trabajo
Ciña la palma de Elis triunfadora,
Como al atleta coronar solía!

Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo

Un trozo de tu regia vestidura :
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides
Que esos del nauta sórdidos harapos,
De su viejo tugurio suspendidos,
Y por el vendaval y por los soles,
Y por el golpe de las olas rotos,
Te hicieron grande, poderosa y rica.

Santander, 1877.





Á LIDIA

—

Almas afines hay: bésalas Jove,
Y las manda á la tierra con el sello
De divina hermandad. Si no se encuentran,
Largo gemido y sempiterno lloro
Es su vida mortal. De vanos sueños
Se enamoran tal vez; el aire abrazan,
Y entre el error y la esperanza viven.
Una forma, una línea ó un sonido
Les trae el eco de su dulce hermana,
Sombra falaz que sujetar ansían,
Y que cual humo leve desparece
En la nocturna lobreguez. La idea
Del vago bien, la forma no encarnada,
Místico amor, reminiscencia acaso,
Vive inmortal en la memoria suya,
Y es tormento no más. Al rudo soplo

Muere extinta la llama creadora,
Ó á sí propia se abrasa. Desfallece
La inspiración : cual Tántalo sediento,
El alma anhela las eternas aguas,
Que huyen del seco labio burladoras,
Ó quiere, como Sísifo, en la cumbre
Parar la piedra que hasta el fondo rueda.
¡Vano anhelar! la trama de su vida
Nadie logra romper : nadie separa
Los negros hilos de las blancas hebras.

¡Y qué blancas tal vez, si encuentra el alma
Su inmortal, peregrina compañera,
Eco perdido de su voz, reflejo
De su hondo pensamiento enamorado,
Que en ella se depura y enaltece,
Y medra en esplendor y en hermosura,
Y comprende en altísima manera
La cifra de lo hermoso y lo perfecto!
Entonces, á la lucha de la vida
Firme desciende el vigoroso atleta,
Y, ni el rumor de populares armas,
Ni la faz del tirano, ni las olas
Del velívolo mar, ni el duro ceño
De la rígida ciencia le intimidan :
Lo que antes era mármol, blanda cera
Bajo sus manos es, y le obedece
Cual dócil sierva la palabra : rinde
La materia á sus pies ; domeña el mundo,
Y es rayo en la tribuna y en las lides,
Ó circunda su frente vencedora
El lauro de las hijas del Permeso.

Bañarse en la corriente de la vida,
La tela trabajar del pensamiento,
Cuando hay un alma que á la nuestra sigue
Y con nosotros el bordado trama,
Hilos de amor mezclando á la madeja;
Arrancar de sus labios tembladores
La frase á medio hacer, envuelta en risa;
Aprender en la lumbre de sus ojos
Lo que nunca en las áridas escuelas,
Altísima de amor filosofía;
Y en su gallardo cuerpo ver cifrados
La luz, el movimiento, la elegancia,
La quinta esencia del arcano ritmo,
Es gozar y es vivir.

¡Oh, cuántas veces
La triste maga de los montes míos,
La de cerúleos, penetrantes ojos,
Me trajo en el arrullo de la brisa,
Ó en el clamor de mi natal ribera,
Su peregrina voz! ¡Cuántas su forma
Vi dibujarse en el tendido cielo,
Ó surgir de las ondas inclementes
De nuestro mar, en moribunda tarde!
¿Era la antigua helénica sirena,
Del golfo siciliano desterrada,
Para amansar con dóricos cantares
Al britano argonauta? Yo sentía
Gigante anhelo por asir la diosa,
Cual á Juno Ixión; mas, como Juno,
Siempre la diosa en nube se tornaba.
Y un sueño la juzgué, mas no era sueño;

Que en otras playas, en región distante,
Su huella descubrí, y en la alta noche
La vi pasar ceñida de hermosura,
Bajo el sereno azul partenopeo,
Ó en las bátavas nieblas reclinada.
Ella encantó mis solitarias horas
De escolar vagabundo. Ora la encuentro,
Y no velada en misterioso enigma,
Mas plástica y radiante. Eres aquella
Que yo soñé, dulcísima señora:
Risa perpetua, omnipotente gracia:
Es de diosa tu andar: mora en tus labios
La grata persuasión: rige tu mente
La Urania Venus con lazada suave
De inmortal secretísima armonía,
Que rica por tus miembros se difunde.
No fué tan grácil la veloz Camila,
Sobre intactas espigas revolando;
Y el lauro del ingenio te otorgara
La misma de Sinesio profesora,
Decoro, y flor, y luz de Alejandría.

No rondaré sin tregua tus umbrales,
Haciendo resonar en tus oídos
El ya enojoso, por cantado á tantas,
Himno de amor. En el misterio vive
Y del profano vulgo se recata
Este mi oculto deleitoso fuego:
Ayúdale á crecer: nunca los ojos
Que tan alto tesoro ávidos celan,
Sorprenderán mi amor en mi semblante,
Ni juntaré mi voz á la alabanza

Que de ti en torno sin cesar resuena,
Y me verás indiferente, mudo,
Reprimiendo la férvida palabra
Que de mis labios escaparse quiere.
Mas ¡cuántas cosas te diré al oído,
Si quieres escucharme sin enojos!
Escúchame, señora, que es mi alma,
Si tormentosa como el mar bravío
Que de mi cuna los peñascos bate,
Dura y tenaz y firme y resistente
Cual la honda raiz de mis montañas;
Y ni el recio huracán de tus desdenes
Podrá abatir el generoso tronco
De esta pasión que crece y se agiganta,
Firme como el Titán en su caída.
Puede el cierzo doblar el leve mirto,
Y de su pompa y su verdor privarle;
Mas al roble, monarca de las selvas,
Sólo el rayo del cielo le derriba,
Sólo en lid secular le doma el tiempo.

Madrid, Marzo de 1880.





REMEMBER

Si dura ley, Señora,
Impide que mi voz presente y viva,
Ó encadenada en letra mensajera,
Amante vuele á acariciar tu oído,
¿ Consentirás al menos
Que el ritmo vago, como cl aire libre,
Indomeñablc, ctérco,
Que ni montes ni alcázares deticnen,
Y halaga y duerme al velador tirano,
Y nada dicc, y lo revela todo,
Las alas ticnda desde el fresco seno
De mis cántabros valles, y penetre
En la áurea estancia do tu pecho yace
En la nocturna calma?

Sí lo consentirás; que lidio sólo
Con la cspada dcl canto,

Y ni tesoros ni grandezas tengo
Que arrojar á tus plantas;
Y si tú me recuerdas
Alguna vez en solitarias horas,
No será por los triunfos y laureles
Que siembre la Fortuna en mi camino,
Sino por la recóndita armonía
Que vibró de tus ojos en mi mente,
Y arrancó, reflejada en mis cantares,
Tal vez una sonrisa de tus labios.

¿Me olvidarás, gentil iniciadora,
Profetisa de amor, Diótima nueva,
Que á mi sediento espíritu ofreciste
Tan alta y celestial sabiduría,
Cual la que oyera Sócrates severo
De la extraña mujer de Mantinea?
Amor, divino intérprete y ministro,
Que al cielo lleva los humanos votos,
Ó al hombre trae la inspiración sagrada,
Lazo que traba y une
En síntesis armónica y fecunda
El mundo real y el mundo de la idea:
Amor es el *demonio*
Que describe Platón; mañoso, artero,
Ágil y vigoroso,
Porque heredó de Poros la firmeza,
Hábil encantador, sofista y mago.
Dura pobreza le educó á sus pechos,
Y anda descalzo, sin hogar ni lumbre,
Ansiando siempre por lo hermoso y bueno.

Ese es mi amor : el inmortal deseo
Que antes erraba sin hallar reposo,
Y ora descansa, y yacerá por siempre,
En el centro sagrado de tu alma,
Como en su propia esfera. Allí respira
Y vive para ti: tú le custodias;
Ni un punto romperá su alegre cárcel;
Pasan por él los ruídos de la tierra
Sin conmoverle; y por extraño modo,
Cuanto él quiere, medita y fantasea,
Tu solo pensamiento lo contiene:
Y bellas son por ti las cosas bellas,
Alegre el sol porque tu faz alumbra,
Áureas las flores si tu frente ciñen,
Y apetecible el lauro y la victoria
Si huellas tú la conquistada palma.

¿Cómo olvidarte yo, si eres la fuente
De todo buen pensar; si tú lanzaste
Al surco de mi alma
Los gérmenes primeros
De propia inspiración y altivo canto;
Si sangre y jugo y plástica hermosura
Tal vez al mármol diste,
Que antes labraba yo con torpe mano;
Si alguna de las Gracias que en ti moran,
Y fáciles, ligeras,
Cual enjambre de abejas del Himeto,
Bullen del labio tuyo desprendidas,
Endulzó con su miel el acre fruto
De mi indómito, agreste y rudo ingenio?
¡Oh! ¡cuánta y cuánta plática sabrosa,

Como el rocío sobre yerba nueva,
Á refrescar mi espíritu bajaron!
¡Cómo se abrió risueña ante mis ojos
La de esperanzas opulenta vida!

¡Que no las hiele el viento de la ausencia,
Dulce señora mía,
Mi sola voluntad, mi pensamiento!
¡Florezcan inmortales
En las dos almas por un Dios unidas!

Agosto de 1880.





SONETO

Salve, titán de la cerúlea frente,
Sobre el materno piélago dormido:
De tu férrea garganta amo el rugido,
Amo la espuma de tu faz hirviente!

Á tus arrullos despertó mi mente:
Mi primer llanto resonó en tu oído:
Eduqué con tu indómito alarido
Mi brava condición y ánimo ardiente.

Mas ni el fragor de tus tormentas calma
Esta pasión que vencedora rige
Mi fe, mi corazón y mi albedrío,

Ni darán tus sonrisas paz al alma,
Hasta que en ti sus claros ojos fije
La eterna luz del pensamiento mío.

Santander, 24 Agosto, 1881.





SUS OJOS

—

CANCIÓN

Cien veces los miré, mas nunca supe
Cuál era su color: fijos los míos
En su lumbre, contentos se anegaban,
Y al parecer veïan:
Pero el alma sedienta penetraba,
Á través de las formas veladoras,
En busca del recóndito sentido,
Como busca el teosofo,
Signada en piedras, plantas y metales,
La huella del Señor: letras quebradas
Que anuncian su poder: cifra del nombre
Á lengua terrenal siempre vedado.

No sé si azules son, garzos ó negros:
Quede á vulgares ojos
El reflejar la luz del Mediodía,
De bullidores átomos enjambre,
Ó la niebla del Norte,
De graves pensamientos compañera,

Y del recio sentir inspiradora;
Porque en los ojos de la amada mía
No se reflejan las terrenas cosas,
Sino sus arquetipos,
De perfección radiantes y hermosura,
Y aquella luz más alta é increada
De las puras ideas.

Ideal de virtud, de ciencia y gloria,
Sueños alegres de mi mente joven,
Visiones del Cantábrico Oceano,
Roto jirón de niebla,
Que en las tardes de otoño me traías
Mil vagas sombras y flotantes coros,
Por divina manera congregando
Lo que en los libros vi bullir y alzarse,
Lo que difuso en la materia vive,
Y aquella esencia más sutil y pura
Que sobre la materia y sobre el libro
Mi espíritu insaciable adivinaba.

Ella en tus ojos arde,
Ignota al vulgo, pero á mí patente;
Por eso, al contemplarlos,
No vi el color ni percibí la línea,
Y me embriagué de célica hermosura,
Y sentí rumor de alas
Que, en torno á mi cabeza,
El demonio socrático movía.

En otros ojos leo
La historia del amor en cifra breve:

La blanda luz de la pasión que nace,
Y las serenas horas
En que dos almas, sin hablar, se entienden;
La interna llama que potente cruje,
Y arde en las venas y á la lengua asoma:
El hervidor afán, la inquieta mente,
La voz primera que el amor declara,
Alma con alma confundidas luego,
Y al fin la negra sombra
Que envuelve al alma viuda y desolada,
Al espirar de la ruidosa tarde.

Pero en los tuyos el amor perenne,
Algo que en mí despierta
Mezcla de amor y religioso culto,
Cielo sin nubes, devoción tranquila,
Que á recordar me lleva,
No ya la vida exuberante y varia
Que brota de los pechos inexaustos
De la madre común Naturaleza,
Perpetua en el mudar de sus amores,
Sino la sacra y mística *Teoría* [1]
Que forman las ideas
Eternas, inmutables,
Girando en torno á la Verdad Suprema.

Y no sólo la flor de la hermosura
En ti difunde su sagrado aroma;
No sólo me apareces
Una en la esencia, en formas inhexausta;

[1] Cierta procesión religiosa entre los griegos.

No sólo se revisten
En ti de gallardísima figura,
De nueva claridad por ti bañadas,
Las hijas de mi indócil fantasía:
Ora la noble dama montañesa,
Su palafrén rigiendo,
Para imponer al valle su tributo;
Ora la ninfa griega
Que anima el soto y en la fuente ríe,
Ó hace correr la savia
Por el tronco gentil á que se enreda,
Del prolífico amor presa y vencida:
Sino que el rayo de tus dulces ojos
Es impulso inicial de mi albedrío,
Germen de soberanas fantasías,
Alto señuelo á mi ambición de fama,
Horno do se caldea
El metal en fusión del pensamiento,
Piedra quilatadora
Donde el sentir y el entender se prueban;
Raudal de frescas aguas
Que dan entendimiento de hermosura.
Quien aplicó su labio á tal corriente,
¿Qué sabor no hallará triste y amargo?
¡Cieguen los ojos que tu rostro vieron,
Si han de mirar de otra mujer los ojos!

Abril de 1880.





ELEGÍA

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

¿Por qué dicen, señora,
Que es el dolor la tierra conquistada
Por el moderno reflexivo numen?
¿No hay lágrimas de ardiente pöesía
Hasta en el polvo más menudo y leve
De los sagrados mármoles de Atenas?
Hoy mismo, ¿quién podría
Llenar las soledades de tu alma,
Con voz más empapada de consuelos,
Que la solemne voz medio cristiana,
Présaga del dolor de otras edades,
Con que Menandro repitió en la escena:
«Joven sucumbe el que los dioses aman?»

Le amaron.... sucumbió.... ¡Triste destino,
Nunca cual hoy profundo y lastimero!

No sé qué vaga nube,
De futura tormenta anunciadora,
Cubrió mi frente, al encontrar perdida,
De un escoliasta en las insulsas hojas,
Esa eterna razón de lo que muere
Antes de tiempo y sin sazón cortado.
¿Te acuerdas? Otro día
La vimos centellar con luz siniestra
En el canto purísimo y sombrío
Del amador toscano de la nada,
Que en versos no entendidos
Del vulgo vil, y á espíritus gentiles,
Como el tuyo, señora, reservados,
La secreta hermandad te descubría
Del *amor* y la *muerte*.

Acaso tú su altísimo sentido
Con entrañas de madre penetrabas:
Yo acaso me creía,
Con infantil y amarga vanagloria,
Digno de las recónditas caricias
Que halagan al amado de los dioses
En el tálamo excelso de la muerte:
Abrazos regalados,
Cual no los dió jamás mortal alguna:
Besos que infunden en los labios fríos,
No eterno anhelo, mas el goce eterno
De otra inmortal, fecunda primavera,
Rica de nueva flor y granos de oro.

¡Dichoso aquel que cuando joven muere!
Signo de alta fortuna

Lleva en su noble, inmaculada frente :
El sol de la existencia sin ocaso
Le nutre con su luz irrestañable :
El fango de la tierra
No salpica el laurel de su corona,
Ni el sueño inquietarán de su ceniza
Gárrulas voces de enemigo bando :
Cuando él no viva, su menor despojo,
Su pensamiento apenas germinado,
La impalpable semilla de su idea,
Lo que anheló y vivió, lo que soñaba,
De lengua en lengua correrán gloriosos,
Materia á ser de admiración y llanto.
Nadie envidia la flor, muchos el fruto.
¡Dichoso aquel que cuando joven muere!

¿Cómo apartar de mi tenaz memoria
La tarde en que le vi por vez postrera?
El velo de la muerte,
Que iba envolviendo su gentil semblante :
La fiebre, que sus huesos,
Cual indómito monstruo, contundía :
El rápido corcel del exterminio
Volando por su sangre generosa :
El flaco respirar del pecho herido,
Que ya por otras auras anhelaba,
Y el tibio fulgurar de aquellos ojos
Profundos y serenos,
Que hablarme de otro mundo parecían,
Cual lámpara de mago
Que á lo más hondo del santuario lleva
Y hace patente su riqueza arcana.

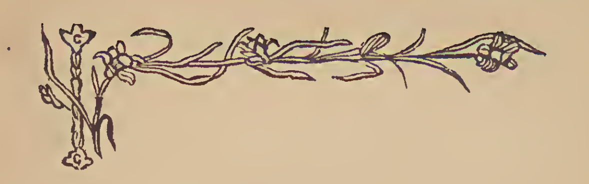
¡Tan joven, y tan dulce, y tan discreto!
Quizá tú soñarías
Con verle domeñar en la carrera
Del potro ibero la indomada espalda,
Ó en ruda caza fatigar los montes,
Ó en el ardua palestra
Mover con arte el ya robusto brazo,
Al sudor noble de las armas hecho;
Ó ya en más alta empresa,
Rendir con tierno y laborioso halago,
De la Memoria á las esquivas hijas,
Siguiendo fiel el rastro luminoso,
Que en torno de él trazaban
Las cariñosas familiares sombras
Del moro vengador de su linaje
Y el penitente Edipo castellano.

Y quizá soñarías
Aplausos, y victorias, y loores,
Y el tronco de su estirpe,
Por él con nuevas y pujantes ramas
De perenne verdor engalanado....
¡Alégrate, señora,
Que aún fué mejor su venturosa suerte!
Intacto lleva á Dios su pensamiento;
No deja tras de sí recuerdo impuro,
Y ni la envidia misma
Puede clavar en él la torpe lengua.
Blanco de ciega saña
Nunca se vió, ni de traición aleve,
Ni, rota el ara del amor primero,
Halló trivial lo que juzgó divino....

Acá le llorarán ; allá en el cielo
Árbol será firmísimo y lozano
Lo que era germen en la ingrata tierra.
Yo le envidio más bien ¡Qué hermosa muerte!
¡Qué serena agonía ,
Cual sintiendo posarse
Los labios del arcángel en sus labios!
¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,
Sino á la luz del sol del Mediodía,
Y sobre el mar, que ronco festejaba
El vuelo triunfador del alma regia
Subiendo libre al inmortal seguro!
¡Morir entre los besos de su madre,
En paz con Dios y en paz con los humanos ,
Mientras tronaba desde rota nube
La bendición de Dios sobre los mares!

Julio de 1881.





DIFFUGERE NIVES....

VED !.... ya la vida universal fermenta
En el regazo de la inmensa madre,
Que, rota la amplia túnica de hielo,
Su seno entrega sin cesar fecundo,
Á los besos de lluvia engendradora,
Ó á las caricias de amoroso viento:
La eterna desposada
Cede al blando alentar que hincha y entreabre
Los poros mil de su robusta entraña,
Y hombres, plantas y brutos,
Y hasta el metal, y hasta la piedra, sienten
Su vida duplicarse
Con el olear de la existencia nueva:
Y del halago de su madre ansiosos,
Van á beber del néctar de sus pechos
La irrestañable vena.

Hermosa la mañana,
Rica de luz y de oriental aroma,
Imprime sobre mármoles y muros
Las huellas de su beso luminoso,
Y aun parece que alegra y regocija
De mi estrecho tugurio los rincones,
Donde alzan la cabeza,
Como anhelando resurgir á vida,
En mudos libros los ingenios muertos.

¡Alegre día! ¡Primavera hermosa,
Clima dulce y sereno,
Como el clima de Atenas
En el tiempo feliz de los Misterios!
¿Por qué entre tanta pródiga alegría
Que en la inerte vejez renueva el jugo
De la primera edad; que hasta en la tumba
Hace saltar los conmovidos huesos,
Sólo estoy mudo yo, y áspero, y triste?
¿Por qué no vuelven las vitales auras
Á refrescar mi aridecida frente?

Cuando los años mi cabeza opriman,
Jamás podré apartar de la memoria
Aquellas horas de misterio llenas,
En que el alma se abría
Del primer sol al fecundante rayo,
Y por nuevas regiones
En rápida visión peregrinaba,
Mirando en otros ojos
Adivinada su fugaz ventura,
Más alto el pensamiento,

La voluntad más firme y poderosa,
Y aquel instinto, vencedor, que guía
Á las grandes y estériles empresas.

Si sangrientas dejé mis vestiduras
En las ásperas zarzas del camino;
Si labré por mis manos la cadena
Cuyos férreos abrazos
Aún en las marcas de mi cuello duran;
Si me arrojé á luchar contra las olas
De la inconstancia femenil, más bravas
Que las del mar entumecido y bronco;
Si quise detener en su carrera
Los átomos del aire bullidores,
El carro irreparable de las Horas,
Ó el pensamiento suyo movedizo
Aún más que el viento y que la errátil nube,
Fué loca y temeraria mi osadía;
Mas generosa fué; y hoy que en la arena,
Cual gladiador rendido,
Lanzo el escudo por mil partes rojo,
Aún la recuerdo, y la bendigo, y creo
Que vivirá como perenne aroma
Su espíritu en el mío,
Aunque me enseñe la mundana ciencia
Dónde la hierba de olvidar se cría.

Abril de 1881.





Á AGLAYA

¿Quién pudiera atajar, dulce señora,
El raudal inexausto de la vida?
¿Quién, en las horas de ventura arcana,
Decir al corazón: «Aquí reposa,
La tienda levantemos;
Bastan sus lienzos á albergar dos almas»?
No es la vida el fragor de la pelea,
Ni el ciego impulso de ambición insomne
Que lucra maldición en los aplausos,
Sino la antigua idealidad serena,
Amplia fruición de sí, propio dominio,
Que no se asienta en la movible base
De favor popular ó regio amparo,
Ni, al hilo de la gente,
Sierva camina de opinión tirana:
Corren sus días cual intacta linfa
Que murmurando por la selva fluye;

La pompa de los cielos,
El vario ornato de perpetua boda
Con que Naturaleza se engalana,
En él encuentran cristalino espejo,
Que ni las sombras de la duda empañan,
Ni el desaliento hiela:
Señor de sí se eleva el pensamiento,
Y congregando aromas y esplendores,
Rico de propio jugo,
Y rico de la savia poderosa
Con que le nutre la opulenta vida,
Desata sus corceles
Á conquistar el mundo de la idea.
¡Feliz si logra la templanza activa,
El reposo fecundo,
Del arte y la razón ansiada meta!

¡Mísero quien le pierde! Y no te asombre
Verme llegar, señora, á tus umbrales,
Cual náufrago lanzado
Por brava tempestad á nueva orilla,
¿Quién sabe si benigna ó procelosa?
Mas no será aquel mar de escollos rico,
De fabulosos monstruos y tormentas,
Que desligó las tablas de mi nave,
Que mi brazo cansó, gastó mi fibra,
Y hoy me arroja á tus pies, roto y maltrecho.

Encadenóme un día
Lazo falaz de pérfida hermosura:
Ya ni un rescoldo queda
Que las cenizas de su pecho avive:

Mas no la ingratitud manche mi labio,
Y aunque cien veces martilló risueña
Mi espíritu en el yunque de la vida,
¿Cómo olvidar que fueron
Sus palabras de amor las que sonaron
Por la primera vez en mis oídos?
Cifré en su pensamiento
Cuanto de luz, de gala y esplendores
El pensamiento crea:
Yo la endiosé, para adorarla luego,
El yerto mármol transformando en numen:
Era la estatua de Memnón, que sólo
Lanzaba sus recónditos sonidos
Cuando la luz de mi pasión la hería:
Por ella ambicioné triunfos y palmas;
Atar á mi cuadriga la fortuna;
Hacer sonar mi nombre entre la ciega
Versátil muchedumbre;
Saciar mi sed en las eternas fuentes
Del bien y la belleza,
Y, con viril acento,
Descubrir la verdad á los mortales,
Para que el eco del apluso diera
Recóndita fruición y arrullo grato
Á mis tiernos amores,
Y en la santa labor ella gozase
De abrir un alma nueva
Á los rayos del arte y de la vida.

Todo pasó: no volverán mis quejas
Á interrumpir la calma
En que su muerto corazón reposa:

Ella al estruendo volverá del mundo,
Que sembrará de flores su camino,
Hasta que al peso de los años ceda,
Y se halle sola, desamada y triste,
Y se acuerde de mí: yo, que entre tanto,
Rotas las alas, perderéme oscuro
Entre la inútil, perezosa turba
Que despreciaba ayer; y eso que siento
Hervir el alma en entusiasmo santo,
Y algo que no es mortal rueda en mi mente.

¿Será verdad, señora, que en el alma
Una vez y no más brotan las flores?
¿Nada dirán á mi pasión dormida
La rubia miés, diadema de tu frente,
La casta luz de tus profundos ojos?
¿Podré escucharte impávido y sereno,
Si para ti enlazados
Bondad nativa y peregrino ingenio,
Cual hadas mecedoras de tu cuna,
Benévolas pusieron
En tus labios de púrpura el tesoro,
Que en torrentes de gracia se derrama?
¡Si á veces imagino
Que aún vuelve á mí la antigua primavera,
Que auras del cielo infunden
Nuevo y pujante retoñar de vida
Al talado vergel de mi esperanza,
Y que del alma en el arcano centro,
Por bosques frondosísimos de ideas,
Torna á mover sus perezosas aguas
La fuente del amor y la armonía!

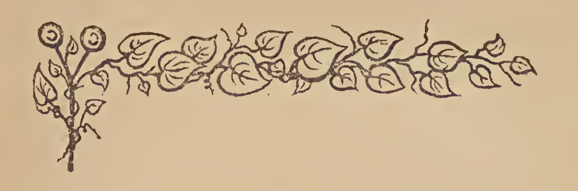
¿Y no te han dicho alguna vez mis ojos
Que á compasión te muevas?
Por ti capaz me siento
Aún de domar mi condición bravía:
No será mi pasión ciega y fogosa,
Como avenida torrencial deshecha,
Cual fué el hervor de los pasados días,
Mas limpia fuente ó cristalino arroyo,
Que copie tu querer como un espejo,
Y se dilate mansa por la vida.
Una palabra tuya
Freno será á mis ojos y á mi lengua;
Huiré de ti cual despreciado siervo,
Por contemplarte á solas sin enojos;
La lengua maldiciente
Jamás al tuyo enlazará mi nombre,
Ó dirá que las ruedas de tu carro
Pasaron sobre mí, sin que fijaras
En mí la vista, ni escuchases ruego.

¡Vano soñar!.... que pasen en buen hora:
Yo quisiera tener, para ofrecerte,
Íntegra el alma, virgen el tesoro
Que arrojé al turbio mar de mi destino:
¡Tanto perdido afán, que en ti lograra
Más alto fin y generoso empleo!
Y entonces.... á tus plantas te pidiera
Que marcases mi frente con el clavo
De servidumbre eterna.... Mas no es digna
De ti, señora, la mezquina ofrenda
De un corazón que otro recuerdo mancha,
Y aunque de nuevo ruja

Y eleve en mí su indómita cabeza
La ronca tempestad que va conmigo,
Yo te amaré, pero en silencio siempre,
Y tu imagen vendrá consoladora
Á posarse en mi umbral, ora desierto.

Enero de 1882.





NUEVA PRIMAVERA

Brote del labio lo que el pecho siente:
Rompa su cárcel el interno fuego
Que nutrí con amor por tantos días,
Y devorando hasta el postrer rastrojo
Del seco campo de mi amor perdido,
Inflame el pensamiento
Con nueva luz, de dichas precursora,
Y el mundo del espíritu convierta
En realidad radiante de hermosura.

¡Cuánto tiempo pasó, sin que lograsen
En el centro del alma resonancia
Los himnos del placer y de la vida!
Y en la región de sombras encantadas
Y de flotantes sueños y quimeras,
¡Cuánta niebla veló la alzada cumbre!
¡Qué brava tempestad tronchó las flores!
¡Cómo enturbiaba su caudal el río!

Hoy siento que la vida
Llama á mis puertas en alegre coro;
Hoy reverdece mi esperanza muerta;
Hoy se agolpa en tropel mi hirviente sangre
Por un filtro genial vigorizada;
Hoy tienen para mí caricias nuevas
Las fuentes, y las auras, y las flores;
Hoy despierta mi espíritu abatido,
Más fuerte tras el duelo y la derrota,
Como retoña secular encina,
Cobrando esfuerzo doble
Del hierro mismo que mutila el tronco.

¡Dejadme bendecir la mano amiga
Que limó mi asperísima cadena:
Si aire de libertad de nuevo inunda
Mis sedientos pulmones;
Si aún puedo levantar la hundida frente;
Si aún soy señor de mí, dádiva es suya:
Suyo el recio valor que ella me infunde
Con la miel de sus labios persuasivos,
Y con el blando, irresistible freno
De su elocuente y clara inteligencia:
Ella me rescató, por ella aliento:
Dejadme que la rinda
Como triunfal despojo mi albedrío!

Nunca amé de esta suerte: ¿y quién negára
Admiración y amor á su belleza?
Belleza, no de estatua,
En su divinidad alta y serena:
Mármol que extingue en desnudeces castas

El más osado impulso del deseo,
Sino belleza irresistible, humana,
Que no impera tan sólo
En las líneas del torso peregrino,
Ni se detiene en la gentil cabeza,
Ni en los anillos de la forma muere:
Halago que traspira
De su voz, de sus ojos, de sus venas,
De las místicas rayas de su mano,
Y aun del ambiente mismo en que se mueve.

¡Oh, cuántos años de mi vida diera
Por respirar tan encantado aroma,
Por vivir de esa luz y de ese fuego!
¡Quién confundiera nuestras vidas juntas,
Como dos gotas de la misma fuente,
Como dos cuerdas de la misma lira!
¡En su cauce orgulloso
Cuál resonara el pensamiento mío,
Si á acrecentarle con amor bajaran
De su espíritu egregio los raudales!
¡Qué mundos se abrirían
Ante mis ojos en los ojos suyos!
De oro y azul estancias fabulosas,
Nunca soñadas de alarife moro;
Alcázares de gnomos y de silfos:
Escondidos talleres
Donde el martillo de los genios suena;
Trémulos lagos donde hierve el oro;
Y un sol que centuplica sus ardores
Sobre el mezquino sol de nuestra esfera,
É infunde en nueva tierra y nuevos cielos

Una oculta virtud germinativa,
De nueva creación producidora.

Y á la luz de ese sol yo acertaría
Á perpetuar tu nombre en mis cantares,
Cual hembra castellana
Nunca ensalzada fué : como aún respiran
Las doctas hijas de la antigua musa,
Como en Tibúlo, Némesis y Delia,
Como en Horacio, la gentil Glicera....
¡Ven á alumbrar mis vigilantes horas,
Á ser la sal de mi desierta mesa!
Te contaré mil fábulas sagradas
De amores de los hombres y los dioses,
Cuanto tejió la griega fantasía
En la serena juventud del mundo,
Hasta que al suave y poderoso halago
De tanta juventud y tanta vida,
Sientas hervir tu sangre generosa,
Caldeada por la llama del deseo.

Junio de 1882.





A.....

—

OJALÁ cada sol que te amanezca
Aún más hermosa y más feliz te mire!
¡Nunca tu frente oprima
El demonio tenaz del pensamiento,
Ni blando rostro, halagadora risa,
Hielen en ti la flor del sentimiento!
No llorarás por ti: serás dichosa,
Mas no á la compasión tu ánimo cierres,
Porque en llorar con el dolor ajeno
Hay alto y melancólico placer.





HIMNO A DIONYSOS

Salve, alegre, genial Primavera,
Que esperanzas derramas do quiera,
Y coronas los prados en flor!

Ved cuál bulle y fermenta la vida,
Y al deleite natura convida
Con su oculta, tiránica voz.

Ya resuena la mística orgía,
Que otro tiempo las cumbres hería
Del heleno, feraz Citerón.

La Bacante su peplo desciñe
Que dos veces en púrpura tiñe
La fenicia opulenta Sidón.

Tibia noche sus sombras extiende,
Á la cumbre la virgen asciende,
Y ya el báquico tirso empuñó.

Cubre piel de pantera su espalda,
Y el ardor de sus venas rescalda
La resina que el pino sudó.

Aquel Dios que domaba á Pentéo,
Y á Licurgo, sacrílego reo,
En su pecho domina feroz.

¡Ay de aquel que perturbe la fiesta,
Ó penetre con planta inhonesta
El recinto sagrado del Dios!

Él entrega los miembros humanos
De la Ménade loca á las manos,
Cuando hierve el sagrado furor.

Escuchad esos trinos suaves:
Es el ave que cuenta á las aves
Los sagrados misterios de amor.

Y la fuente los dice á la fuente,
Y la linfa fugaz del torrente
Precipita su manso rumor.

Con su trémula luz las estrellas
En el cielo persiguen las huellas
Del triunfante y fugaz Hyperión.

En su hoguera otros soles se inflaman,
Y á otros mundos su lumbre derraman
En abrazo insaciable de amor.

¡ *Eros*, salve! En los cielos imperas,
Obligando á rodar las esferas
En eterno y armónico son.

Coronemos de rosas la frente,
Que mañana la aurora riente
Deshojadas verá y sin olor.

En las copas el vino de Samos,
Y el escolio inmortal repitamos
Que las fiestas de Jonia alegró.

Marzo 1879.





Á MI DOCTÍSIMO AMIGO Y PAISANO

DON GUMERSINDO LAVERDE RUIZ

RESTAURADOR DE LOS ESTUDIOS DE FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

Noble campeón de la española ciencia,
Por quien renace la inmortal memoria
De Soto y Suárez, la olvidada gloria
De Lulio y Foxo, Vives y Valencia :
  Ellos del *ser* la inescrutable *esencia*,
Del *pensamiento* la agitada historia,
Del *espíritu* humano la victoria
Y el potente *afirmar* de la *conciencia*,
  Con lengua revelaron soberana;
Mas sus nombres cubrió silencio triste,
Hasta que tú avivaste el sacro fuego :
  Por ti, que tal tesoro descubriste,
No envidiará ya más la gente hispana
Al germano tenaz, al sabio griego.

Santander 15 de Noviembre de 1875.





EN EL ÁLBUM

DE LA

CONDESA DE GUAQUI

Con larga mano te otorgó, señora,
Virtud, gracia y nobleza el alto cielo:
Es tu casta hermosura rico velo,
Digno del alma regia que atesora.

Tú del místico fuego guardadora,
Del desvalido perenal consuelo,
Pasas haciendo bien por este suelo:
La santa caridad tu techo mora.

Prez y decoro de tu estirpe clara,
Luz de tu esposo, gloria de tus lares,
Más que por timbres cien, por ti soberbios:

El sabio Salomón te comparara
Á la amante mujer de los *Cantares*,
Á la fuerte mujer de los *Proverbios*.

Mayo de 1876.





ODA DE ERINA DE LESBOS

Á LA DIOSA DE LA FUERZA.

Χαῖρε μοι Ρωμα θυγατερ Ἄρηος.

Hija de Ares, belicosa *Fuerza* :
Mitra de oro tus cabellos ciñe :
Diosa potente, en la estrellada cumbre
Moras de Olimpo.
Salud, ¡oh reina! : concedió á ti sola
Poder inmenso la vetusta Parca,
Para que el cetro universal temido
Rija tu mano.
Y tú encadenas con robustos lazos
Mares y tierras al imperio tuyo,
Y así dominas, de temor segura,
Pueblos y reyes.

El tiempo mismo, que ligero vuela
Y corta el hilo de la humana vida,
No te conmueve, y, al tocarte, exhala
Plácido aliento.
Porque tú sola los varones crías
Armipotentes en la lid sañosa:
Como de espigas Démeter fecunda
Cubre los campos.

Santander, 20 de Marzo de 1875.





Á ASÓPICO ORCOMENIO

VENCEDOR EN EL ESTADIO

OLIMPÍACA XIV DE PÍNDARO

Καφησίων υδατων λαχοῖ-
σαι..................

Oh reinas del Cefíso, guardadoras
Del Orcomenio suelo ;
Que habitáis las riberas productoras
De los corceles de fogoso vuelo!

Propicias escuchad, Gracias divinas,
Los ecos de mi canto,
Las que amparáis á los antiguos Mynas,
Vírgenes puras de inmortal encanto.

De vosotras proceden soberanos
El bien y la belleza ;
Por vosotras se engendra en los humanos
La gloria, y el saber, y la grandeza.

No sin las Gracias los festivos coros
Rigen los inmortales,
Ni suelta danza y cánticos sonoros
Alegran las mansiones celestiales.

Las mesas del Olimpo refulgente
Regís vosotras sólo,
Y honor prestáis al Padre Omnipotente,
Cabe el asiento del crinado Apolo.

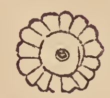
¡Oh tú, Eufrosina, del cantar amante,
Y tú, Aglaya piadosa,
Hijas del Dios del trueno resonante,
Oh, Talía de voz armoniosa:

Mi canto oid desde el etéreo cielo!
Allá su curso acabe,
Que en pos del triunfador alza su vuelo,
En Lidio tono y número süave.

De Asópico celebra la victoria
En Olimpia lograda:
Vosotras concedisteis tanta gloria
Al pueblo Mynio, á la ciudad sagrada.

Tú de Dite traspasa el negro muro,
¡Oh fama voladora!
Y esta nueva conduce al reino oscuro,
Á Cleodámo, que en sus antros mora;

Y le dirás: «Las ramas han ceñido
Del olivo, el dorado
Cabello de tu hijo esclarecido,
De Pisa en el estadio coronado.»





CANTO SECULAR DE HORACIO

Phebe, sylvarumque potens Diana....

Oh siempre honrados y honorandos, Febo,
Y tú, Dïana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días
Gratos oidnos!

¡Hoy que, al mandato sibilino fieles,
Vírgenes cantan y selectos niños
Á las Deidades que los siete montes
Miran propicias;

Sol que conduces en fulgente carro,
Vario y el mismo, sin cesar, el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos!

¡ Á las matronas en el parto agudo,
Ilitia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras,
Ya el de Lucina!

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres juegos y festivos cantos,
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,
Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
Á Ceres orne de preñada espiga:
Nutran las crías transparentes aguas,
Auras de Jove.

Piadoso atiende á los orantes niños;
Esconde, Apolo, en el carcaj la flecha:
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne:

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano,
Para fundar en la ribera Etrusca
Nuevas ciudades:

Si entre las ruínas del Ilión ardido,
Sobreviviendo á la asolada patria,
De nueva gloria señalara Eneas
Libre camino:

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romúlea gente,
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,
Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

En mar y tierras su poder extiende;
El Medo tiembla á la segur Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Scita.

Que fe y honor y castidad retornan,
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur, el de sonante aljaba,
Gloria y amor de las Camenas nueve,
El que con arte saludable cura
Larga dolencia,

Mira propicio el Palatino alcázar,
Dilate el linde del poder romano,
Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
Gloria latina.

Oiga los ruegos de varones quince
La casta Diosa que en Algido mora,
Y de los niños á los cantos preste
Fácil oído.

Esto esperamos que el Saturnio otorgue,
Ésto confirmen los celestes Dioses:
Tornad á casa los que ya entonasteis
Himno sagrado.

Santander, Mayo de 1876.





IMITACIÓN DE UNA ODA TEOLÓGICA

DE SINESIO DE CIRENE,

OBISPO DE TOLEMAIDA.

Αγε μοι, λιγεια φορμιγξ.

Ven, septicorde lira,
Que un tiempo resonabas
Cual la Lesbiana que de amor suspira,
Y leve acompañabas
Himnos de Téos que el placer inspira.

En dório canto ahora
Ensalce tu voz grave,
No á bellas de sonrisa halagadora,
Ni la lazada suave
Que une al mancebo y la mujer que adora,

Sino aquella luz pura,
Aquella eterna fuente
De do mana el saber que siempre dura,
Que es la gloria esplendente
Y la verdad, la ciencia y la hermosura.

Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia,
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la gracia.

¿Es comparable el oro,
Ó la beldad terrena,
Ó de los altos Reyes el tesoro,
Ó la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?

La cuadriga ligera,
Cual flecha voladora,
Dirija el uno en rápida carrera;
Otro su cabellera
Sobre los hombros muestre brilladora;

Celebren su belleza
Las jóvenes, los mozos;
Otro, avaro, persiga la riqueza;
Que yo tengo mis gozos
En penetrar la soberana alteza.

En vida silenciosa
Quiero vivir y oscura,
Sin el eco de fama vagarosa,
Y ver con mente pura
Las obras de la mano poderosa.

Ven, ¡oh sabiduría!
Más que el oro preciada,
Que la luz brotas que al mancebo guía,
Y en la áspera jornada
Vigor das al anciano y energía.

Ya la cigarra bebe
El matinal rocío,
Y alegre canta sobre rama leve;
Sonar la lira debe,
¿Quién ha de producir el canto mío?

Las cuerdas se estremecen
Y dulce voz resuena....
Los sacros himnos á mi Dios empiecen....
Él los espacios llena,
En Él comienzan y por Él fenecen.

Y toda criatura
Que habita el ancho suelo
Salió por Él de la tiniebla oscura:
Velado en lumbre pura,
Mora el Señor en la amplitud del cielo.

La Unidad increada,
La simbólica esfera,
La causa de las causas no engendrada,
La Mónada primera
Se halla en triple poder multiplicada.

En haces dividida
La luz, ya se condensa,
Ya en triple rayo tiéndese esparcida,
Y sin cesar, inmensa,
Brota del puro centro de la vida.

Alma mía, detente;
Los celestes arcanos
No es justo revelar á la ímpia gente;
Deja el cielo eminente,
Oculta sus misterios soberanos.

Mas sólo en ideales
Mundos reposa el alma,
Sin vagos pensamientos terrenales,
Y su anhelar se calma
Tan sólo en las esferas celestiales.

Allí brotó la llama
Del alto pensamiento,
Puro destello que el Señor derrama
Desde el sublime asiento,
Soplo vital que la materia inflama.

El alma decaída
Divina semejanza
Conserva siempre á la materia unida,
Y guarda la esperanza
De tornar á la fuente de su vida.

De la divina esencia
Partícula es la mente,
Reflejo de la pura inteligencia
Que do quiera presente
Reanima y vivifica la existencia.

Emanación del cielo,
Cuando el mundo dirige,
Del ángel toma el trasparente velo,
Y fecundiza el suelo,
Ó el curso errante de los astros rige.

Pero la pura *idea*,
Á veces encarnada
En la materia yace que la afea,
Y vive encadenada
En la triste mansión y onda Letea.

Mas siempre á nuestros ojos
Remota luz fulgura:
El alma siente aquí vagos enojos;
Sedienta de ventura,
Quiere dejar los míseros despojos.

Á lo infinito tiende
Por una oculta fuerza,
Cuando la nada de la tierra entiende,
Y sin que el rumbo tuerza,
Místico vuelo los espacios hiende.

¡Feliz, rayo divino,
Si rota la atadura
Que al bajo mundo te enlazó mezquino,
Cumplido tu destino,
Puedes volver á la celeste altura!

¡Dichoso si, aun viviendo
Del cielo desterrado,
Vas los terrestres lazos sacudiendo,
Y en amor inflamado,
De Dios las maravillas conociendo!

El ansia vehemente
De verdad escondida
Dé alas al espíritu potente,
Y radiará fulgente
Lumbre del trono de Jehovah vertida.

Tu curso peregrino
Dirigirá su mano
Con rayo precursor en tu camino,
Y mostrará divino
El foco de belleza soberano.

Valor, pues, alma mía:
En las eternas fuentes
Tu sed de ciencia saciarás un día;
Por alcanzar porfía
Del cielo las moradas esplendentes.

De terrena existencia
Rotos los férreos lazos,
Has de volver, humana inteligencia.
Con místicos abrazos,
A confundirte en la divina esencia.

Santander 8 de Setiembre de 1875.





HIMNO DE PRUDENCIO

EN LOOR DE LOS MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Bis novem noster populus sub uno.

De diez y ocho las cenizas guarda
Mártires sacros, en la misma urna,
Fiel nuestro pueblo: á Zaragoza asiste
Gloria tan alta.

De ángeles llena la ciudad augusta,
No, frágil mundo, tu ruïna teme,
Pues tantos dones que ofrecer á Cristo
Lleva en su seno.

Cuando el Señor, sobre candente nube,
Descienda, y vibre la fulmínea diestra,
Y justo pese con igual balanza
Todas las gentes,

Delante al Cristo, la cabeza erguida,
Prestas del orbe las ciudades todas
Irán llevando en azafates de oro
Ricos presentes.

La África tierra mostrará tus huesos,
Doctor Cipriano, de facundo labio,
Y á Acisclo, á Zóel y á sus tres coronas
Córdoba magna.

Madre de santos, Tarragona pía,
Triple diadema ofrecerás á Cristo,
Triple diadema que en sutiles lazos
Liga Fructuoso.

Cual áureo cerco rutilantes piedras,
Ciñe su nombre al de los dos hermanos:
De entrambos arde, en esplendor iguales,
Fúlgida llama.

Los santos miembros del invicto Félix
Pequeña y rica ostentará Gerona:
Los dos guerreros Calahorra nuestra,
Que veneramos.

Con Cucufate se alzará Barcino,
Y con su Paulo la feraz Narbona,
Con tus cenizas la potente Arelas,
Divo Genesio.

Virgen Eulalia, tus reliquias lleve
En don á Cristo y hasta el ara misma,
De Lusitania la ciudad cabeza,
Mérida insigne.

Doble tributo, duplicada ofrenda
Muestre en sus manos la feliz Compluto:
De Justo y Pástor la inocente sangre,
Cándidos miembros.

Tánger, sepulcro de Masilios reyes,
No la ceniza de Casiano olvide
Que el suave impuso á los domados pueblos
Yugo de Cristo.

Pocas ciudades mostrarán un mártir;
Con dos ó tres agradarán algunas,
Tal vez con cinco ofrecerán á Cristo
Prenda de alianza.

Diez y ocho tú presentarás, Augusta,
Ciudad dichosa, del Señor amada,
Cinta la sien de ensangrentada oliva,
Signo de paces.

Tú sola al paso del Señor pusiste
Mártires sacros en legión inmensa,
Sola tú rica, de piedad espejo,
Rica en virtudes.

No te igualaron en tesoro tanto
Cartago, madre del guerrero peno,
Ni Roma misma que el excelso ocupa
Solio del mundo.

La limpia sangre que bañó tus puertas
Por siempre excluye la infernal cohorte:
Purificada la ciudad, disipa
Densas tinieblas.

Nunca las sombras tu recinto cubren,
Huye de ti la asoladora peste,
Y Cristo mora en tus abiertas plazas,
Cristo do quiera.

De aquí ceñido con la nívea estola,
Emblema noble de togada gente,
Tendió su vuelo á la región empírea
Coro triunfante.

Aquí, Vicente, tu laurel florece;
Aquí, rigiendo al animoso clero,
De los Valerios la mitrada estirpe
Sube á la gloria.

¡Oh, cuántas veces la borrasca antigua,
En torbellino estremeciendo el orbe,
De este almo templo quebrantó en los muros
Su hórrida saña!

Mas de teñirse la gentil espada
Ni un punto en sangre de los nuestros cesa :
Á cada golpe del granizo brotan
Mártires nuevos.

¿Tú no teñiste con purpúreas gotas,
Claro Vicente, el augustano suelo,
Como preludio de la no distante
Muerte gloriosa?

Así del Ebro la ciudad te honora
Cual si su césped te cubriera amigo,
Cual si guardara tus benditos huesos
Tumba paterna.

Nuestro es Vicente, aunque en ciudad ignota
Logró vencer y conquistar la palma :
Tal vez el muro de la gran Sagunto
Vió su martirio.

De Zaragoza en el estadio ungido
De fe y virtudes con el óleo santo,
Para domar al enemigo horrendo
Fuerzas obtuvo.

Vió en esta iglesia las diez y ocho palmas;
Los patrios timbres su heroismo encienden,
Y ardiendo en sed de acrecentarlos, vuela
Presto al combate.

Aquí los huesos de la casta Engracia
Son venerados : la violenta virgen
Que holló resuelta las del vano mundo
Pompas falaces.

Mártir ninguno en nuestro suelo mora,
Cuando ha alcanzado su glorioso triunfo :
Sola tú, virgen, nuestra tierra habitas,
Vences la muerte.

Vives y aún puedes referir tus penas,
Palpando el hueco de arrancada carne :
Los negros surcos de la atroz herida
Puedes mostrarnos.

¡Qué ímpio sayón te desgarró el costado,
Vertió tu sangre, laceró tus miembros!
Partido un pecho, el corazón desnudo
Viose patente.

¡Mayor tormento que la muerte misma!
Cura la muerte los dolores graves,
Y al fin otorga á los cansados miembros
Sumo reposo.

Mas tú conservas cicatriz horrible,
Hinchó tus venas dolorosa llama,
Y tus medulas pertinaz gangrena
Sorda roía.

Aunque el acero del verdugo impío
El don te niega de anhelada muerte,
Ceñir lograste, cual si no vivieras,
Mártir, la palma.

De tus entrañas una parte vimos
Arrebatada por agudos garfios :
Murió una parte de tu propio cuerpo,
Siendo tú viva.

Título nuevo de perenne gloria
Nunca otorgado, concediole Cristo
Á Zaragoza : de una mártir viva
La hizo morada.

Alza tu frente, esclarecido pueblo,
Rico en Optato y en Lupercio rico ;
De los diez y ocho á tu senado ilustre
Salmos entona.

Canta á Succeso y á Marcial celebra,
Canta la muerte del feliz Urbano,
De Quintio y Julio el venerado nombre
Suene en tus himnos.

Repita el coro de Frontón la gloria,
Del animoso Ceciliano el triunfo
Y la preciosa de Egüencio y Félix
Sangre vertida.

Ni á Publio olvide ni á Apodemo claro,
Ni á Primitivo en el silencio deje,
Ni á aquellos cuatro que nombrar esquiva
Sáfico metro.

La edad antigua Saturninos llama
Á estos varones, y mi amor los nombra;
No es el cantar á los de Dios electos
Vano ejercicio.

Grande es el arte que en sus cantos logra
Los áureos nombres engarzar de aquellos:
Cristo los sabe, y los conserva escritos
Libro celeste.

Serán leídos en tremendo día,
Cuando tu ángel los diez y ocho ofrezca
Que por derecho de martirio y tumba
Rigen tu pueblo.

Y ha de añadir al número primero
La casta virgen tras tormentos viva,
Muerto á Vicente, pues su gloria es nuestra,
Nuestra su sangre.

Y ha de mostrar á Cayo y á Cremencio
Saliendo ilesos del cruel certamen,
Llevando, en signo de menor victoria,
Palma incruenta.

La fe de Cristo confesaron ambos,
Ambos lucharon con viril denuedo,
Ambos gustaron, aunque levemente,
Gloria y martirio.

Por nuestras culpas el perdón implora
Esta legión bajo el altar guardada
En Zaragoza, de tamaños héroes
Ínclita madre.

Póstrate humilde, generoso pueblo,
Y, acompañando la festiva pompa,
Sigue después las resurgentes almas,
Sigue los miembros.

Santander 15 de Agosto de 1875.





IMITACIÓN DEL HIMNO Á GRECIA

DE LORD BYRON.

(CANTO III DEL DON JUAN.)

The isles of Greece, the isles of Greece....

CÍCLADAS islas, islas de la Grecia
Que el mar Egeo con sus ondas baña,
Donde surgiera la materna Delos,
Cuna de Apolo.

La ardiente Safo, del amor maestra,
Aquí pulsó la septicorde lira;
Aquí de Alceo resonó el divino
Plácido canto.

De vuestros campos en la verde alfombra
Manto de flores primavera tiende;
Aún lanza Febo sobre vuestras cumbres
Vívido rayo.

Todo se eclipsa menos vuestra gloria;
El bronce muere, y se deshace el mármol;
Mas queda el nombre del varón guerrero,
Prole de Marte.

Queda de Lesbos la armoniosa lira,
La voz sublime del Esmírneo ciego,
Y la del Teyo donairoso anciano
Cítara blanda.

Allende el Ponto, cuyas iras doman,
Del vago viento en las veloces alas,
De donde nace á donde muere el día
Vuelan sus cantos.

Desde la cima del erguido monte,
De Maratón descubriréis el llano,
Y allá.... más lejos.... el hinchado golfo
De Salamina.

En otro tiempo, sobre aquella roca
Un rey de reyes contempló altanero
El hondo mar que ante sus piés hervía
Lleno de naves.

Las ondas cubre innumerable armada;
Llena los campos multitud guerrera:
Hombres sin cuento, de su voz pendientes,
Callan atónitos.

Contólos Jerjes al nacer la Aurora,
Contólos luego al espirar la tarde:
Millones eran al rayar el día,
Ni uno á la noche.

¿Dónde los fuertes, los guerreros dónde,
Que amenazaban dominar la tierra?
El eco sólo responderle pudo
Ronco gimiendo.

¿Dónde hoy, ¡oh patria! tus preclaros hijos
Armipotentes en la lid sañuda?
¿Por qué no suena en las tendidas playas
Grito de guerra?

Yace en el polvo la olvidada lira,
Y ya no late el corazón robusto;
¿Cuándo de gloria y libertad el himno
Libre resuena?

¡Ay! ¿Qué me resta en mi dolor inmenso?
Llanto y vergüenza por la patria esclava,
Bañad en lloro las que á Grecia oprimen
Duras cadenas.

—¡Ah, ni vergüenza en vuestra faz, ni lloro!
Descubre, ¡oh tierra! tu profundo seno,
Y tres siquier de los trescientos brota...
Tres Espartanos....

Como el fragor de los torrentes zumba
El de las sombras vigoroso grito:
«Alzad vosotros la dormida frente....
Uno tan sólo....»

Todos calláis.—Nuevos cantares suenen;
Llenad las copas de espumante vino;
Bélicos himnos el feroz entone
Tártaro errante.

—¿En vuestra afrenta dormiréis tenaces?
¿Por qué no suena el belicoso canto?
¿Por qué no emprende la falange altiva
Pírrica danza?

Para fijar el pensamiento alado,
Cadmo inventó los perennales signos;
De los Argivos conserváis las letras,
No sus hazañas.

—Llenad las copas de espumante néctar,
Bebed de Samos el ardiente vino,
Que Anacreonte celebrara un día
Plácidamente.

—Cantó Anacréon el amor y el vino,
Cual del tirano Policrátes siervo;
Mas era heleno Policrátes: cuna
Diérale Samos.

¡Del Quersoneso vengador tirano,
Rompe los hierros que nos ligan hora!
Cargue tu brazo la pesada lanza,
Fuerte Milciades.

Llenad las copas de espumante vino;
Allá en las rocas de la antigua Suli
Quedan los restos de potente raza
Siempre guerrera.

Quizá hallaremos entre aquellos bravos
Quien nos conduzca á la tremenda liza,
Y tinto en sangre el fulminante hierro
Lleve al combate.

No de los Francos esperéis la ayuda,
Que reyes tienen de venales almas;
Libres os hagan, para siempre libres,
Vuestros aceros.

—Llenad las copas de espumante vino;
Vírgenes dancen en la selva umbría;
Yo admiro el brillo de sus negros ojos,
Nidos de amores.

Mas ¡ay! ¿será que tan hermosos pechos
Deban un día amamantar cautivos?
¿Será que ciña tan hermosos brazos
Férrea cadena?

Conducidme á los mármoles de Sunio,
Donde acompañen mi gemir las ondas :
Yo entonaré, cual moribundo cisne,
Canto süave.

Nunca esta tierra habitarán esclavos;
Arme las diestras el fulmíneo acero ;
Caiga en pedazos, de espumante vino
Rota la copa.

Santander, 1877.





UNA FIESTA EN CHIPRE

(IMITACIÓN DE LA POESÍA GRIEGA Y LATINA.)

EL SACERDOTE.

Cantad, mancebos, á Afrodite Cipria;
Cantad, doncellas, al Amor su hijo:
Humo de incienso á la región etérea
Ya se levanta.

¡Lejos, profanos!-Nuestro canto empiece,
Se alce sublime á celebrar la gloria
De aquella Diosa que en Egnido impera,
Reina de Pafos.

Al blando ritmo de la griega musa
Herid las siete resonantes cuerdas
De la áurea lira, que pulsara en Lesbos
Mísera Safo.

CORO DE MANCEBOS.

¡Madre Afrodita! ¡Tu sagrado numen
En dulce fuego al universo inflama!
Tú las semillas de potente vida
Lanzas al orbe.

Caen de la tierra en el fecundo seno,
Y se produce en la extensión inmensa
Generación de voladoras aves
Hijas del viento.

Todo se anima, y tu presencia siente
El rudo tronco y el peñasco altivo,
Y hasta la cima del Pelión, cubierta
Siempre de nieve.

Inspira leve susurrando el aura
Sueño de amor en la estación florida,
Y vierte Cintio en la campiña amena
Plácida lumbre.

Y *Eros* veloz, que revolante sigue
El áureo carro de su madre hermosa,
Con sus arpones sin cesar enciende
Fuego de amores.

Siéntele el rey de las umbrosas selvas
Y á la leona con rugido llama,
Y tras la vaca el anhelante toro
Corre mugiendo.

Llenan los bosques con alegres trinos
Aves prendidas en el blando lazo,
Y las caricias de su amor oculta
Trémula rama.

Y hasta los monstruos que la mar encierra
Ríndense, Cipria, al seductor hechizo,
Y el Ceto inmenso y el de fina escama
Rombo preciado.

Todo obedece á las eternas leyes,
Y Amor propaga las especies todas.
Salud, ¡oh Reina! nuestros votos oye
Plácidamente.

Arda el incienso en tu marmóreo templo,
Suene la voz del sacerdote augusto,
Y á Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

EL SACERDOTE.

Vírgenes Ciprias, comenzad el canto;
Soltad los lazos de las negras trenzas,
Y al engendrado del Saturnio Jove,
Eros divino,

Al de las flechas y dorada aljaba,
Al de los Dioses y los hombres dueño,
Á quien dió á luz en los Idalios bosques
Bella Citeres,

Celebraréis en melodiosos himnos
Que lleve el viento en sus ligeras alas
Al blando lecho donde unido á Psiquis
Eros reposa.

CORO DE DONCELLAS.

Eros, enciende en los humanos pechos
Fuego de vida, poderosa llama:
Tú á las eternas del amor presides
Dulces ternezas.

Por ti en el carro de la blanca Aurora,
Por ti en los rayos de Hiperión ardiente,
Por ti en las sombras de la noche oscura
Vuela un gemido.

Lánzale el pecho de la ninfa griega
Por quien suspira el amador errante:
Une sus almas en eterno beso
Céfiro leve.

Suena en las selvas amoroso canto,
Sienten las Driadas tu divino aliento,
Y las Nayades en su opaca gruta
Bajo las ondas.

El aura gime por las tiernas flores,
Besan las olas la escarpada orilla,
Todo se inflama, y al placer convidan
Tierras y mares.

Deja en el Latmos su argentino carro,
Para besar al cazador arcáde,
La de los labios de purpúrea rosa
Febe divina.

Rinde Poséidon su tridente agudo,
Sigue veloz á la marina Tetis,
Y da á los reinos del cerúleo Ponto
Nueva progenie.

Rinde sus flechas el Latonio Febo,
Rinde Atenea su potente egida,
Rinde el Tonante su temible á reyes
Rayo trisulco.

Hiende las nubes el ligero carro
De aquella Diosa que en Egnido impera,
Y revolante la carroza sigues,
Hijo de Cipria.

Hiera tu arpón desamorados pechos,
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

CORO DE MANCEBOS.

Tierna doncella es semejante á rosa,
Que nace y crece en el jardín cercado,
Y se marchita sin que el tallo corte
Mano süave;

Mas si se une en deleitoso nudo
Á aquel mancebo que su amor desea,
Es como vid que se entrelaza al olmo
Fuerte y robusto.

Rendid, doncellas, vuestro pecho tierno;
Amad, vosotras, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

CORO DE DONCELLAS.

Rendid, mancebos, vuestro pecho altivo;
Amad, vosotros, si el amor queréis;
Destierre Cipria los temores vanos,
Y *Eros* inflame sin igual placer.

EL SACERDOTE.

Concede, madre, á su ferviente anhelo
Digna progenie, sucesión gentil;
Grecia los mire en la robusta liza
Fuertes y altivos entre griegos mil:
Lloren sus padres con inmenso gozo
Al ver sus hijos en la olimpia lid;
Sean las hijas cual su Madre hermosas;
Sientan de amor el corazón latir;
Y Amor enlace á las doncellas ciprias
Con los mancebos, por edad sin fin,
Como alzando sus pámpanos hermosos
Únese al olmo la corintia vid.

CORO BE MANCEBOS.

Arda el incienso en tu marmóreo templo;
Suene la voz del sacerdote augusto,
Y á Chipre mira con amantes ojos,
Madre Erycina.

CORO DE DONCELLAS.

Hiera tu arpón desamorados pechos;
Arda de amor el corazón amante,
Y suave luz de tu divina antorcha
Brille en el mundo.

Santander Abril de 1875.



DOS TRAGEDIAS DE ESQUILO



AL INSIGNE ESCRITOR MONTAÑÉS

D. AMÓS DE ESCALANTE

Recuerdo cariñoso de su amigo

M. MENÉNDEZ PELAYO





LOS SIETE SOBRE TEBAS

ETEOCLES.

Ciudadanos Cadmeos: el que rige,
Sentado en la alta popa, el gobernalle
De este pueblo, y no sufre que sus ojos
El sueño oprima, la verdad os debe
Siempre decir. La próspera fortuna
Se atribuye á los dioses; mas la adversa
Á nosotros se achaca. Si contraria
(¡Ojalá no!) la suerte se mostrare,
Execrarán mi nombre los Tebanos
En rítmicas, ruidosas cantilenas,
Por toda la ciudad. Ora conviene
Que todos á la lid nos aprestemos,
Aun el joven imberbe, aun el anciano,
Por defender la patria y los altares
De los Dioses indígenas, que nunca
Profane el vencedor: y por los hijos,
Y por la dulce tierra, engendradora
Y nodriza común: la que en su seno

Blando os recibió, cuando arrastrabais
Los perezosos infantiles miembros ,
Y entre acerbas molestias educados,
Fuertes os hizo, armígeros, robustos ,
Para que á vuestra madre defendieseis.
Ni es enemigo hasta el presente día
Á nosotros el hado : la victoria
Más de una vez logramos, aunque asedie
Enemiga falange nuestros muros.
Ora el augur, que por la sacra llama
No vaticina (pues sus ojos cubre
Opaca niebla), mas pastor de aves,
La fatídica voz atento escucha
Y sabe interpretar : de los agüeros
Déspota y rey: me anuncia que esta noche
Dar el asalto piensan los Argivos
En cerrado escuadrón. Á las murallas
Todos volad : las puertas y las torres
Armados ocupad, con las lorigas
El cuerpo defendido. No os aterre
Su inmensa y poderosa muchedumbre.
¡Buen ánimo, que suerte en el combate
Un Dios os la dará! Ya mis espías
Han de volver de la enemiga hueste.
Ni en vano tornarán. Algo sabremos.
Quizá se logre prevenir el dolo.

NUNCIO.

¡Buen Eteocles! ¡Rey de los Tebanos!
Nuevas te traigo de la hostil falange.
Todo lo presencié. Siete caudillos,

En ancho y negro escudo recogían
La sangre de los bueyes inmolados,
Y en la sangre sus manos empapando,
Por Ares, por Belona y por el Miedo,
Ávido de matanza, ellos juraron
La Acrópolis hundir de los Cadmeos,
Y el pueblo desolar, ó en propia sangre
Esta tierra bañar, muriendo todos.
De Adrasto el carro con los tristes dones,
Que á los ausentes padres un recuerdo
Á Argos llevasen, tácitos coronan.
Sus lágrimas corrían; mas la queja
No salió de sus labios. Su alma férrea,
Cual león por la presa, se agitaba.
Ni un punto detendrán su audaz intento:
Echando suertes los dejé: los dados
Dirán qué puerta cada cual embista.
De la ciudad elige los mejores,
¡Oh rey!; en cada puerta uno combata:
Que ya del todo armada se avecina
La hueste de Argos: se levanta el polvo,
Y los campos albean con la espuma
Que exhala la nariz de sus corceles;
Tú, cual diestro piloto, afirma y salva
Esta ciudad que es combatida nave,
Antes que llegue el torbellino horrendo
De Marte. Onda terrestre se levanta,
Inmensa multitud que vocifera.
No pierdas los momentos: explorando
Yo seguiré; mis ojos siempre abiertos,
Y fiel como hasta aquí: cuanto suceda
Presto sabrás, porque salvarte logres.

ETEOCLES.

¡Oh Zeus, oh Tierra, oh Dioses tutelares
De nuestro pueblo! ¡Oh Furia prepotente
De mi padre! ¡no hagáis que se hunda y caiga
En poder de enemigos desolada
Esta ciudad do el habla doria suena,
Ni que el fuego doméstico se apague,
Ni que yugo servil sufra de Cadmo
La libre tierra! Vuestra ayuda imploro:
Útil será á vosotros la victoria;
Pues siempre las ciudades bienhadadas
Veneran más á los celestes dioses.

CORO.

Qué de dolores el temor me anuncia!...
Sus reales deja la enemiga hueste:
Ved cual cabalgan y se acercan ya ...
Muda señal, pero veraz, segura,
Es la nube de polvo que levantan
Sus rápidos corceles, con los cascos
La tierra sacudiendo estremecida....
El estrépito crece,
Y ya se acerca más....
Es cual torrente que del monte baja,
Invencible corriendo á la llanura.
¡Piedad, celestes Dioses,
Grandes Diosas, piedad!
Con un clamor que hasta los muros se alza,
Ataca la ciudad la muchedumbre,

De escudos refulgentes adornada.
¿Quién nos defenderá? ¿Quién de los Dioses
Lidiará en mi favor? ¿De qué demonio
Abrazaré la veneranda estatua?
¡Vuestras sedes espléndidas,
Oh Dioses, proteged!
Mas ¡oh lamentos vanos!
¿El ruído no escucháis de astas y escudos?
Acudamos con peplos y coronas,
Las aras de los Dioses á ceñir.
¡Oh Dios del aureo yelmo,
Ares, señor antiguo de esta tierra,
Defiende la ciudad que tanto amaste.
Venid todos ¡oh Dioses tutelares!
Las vírgenes Tebanas os imploran,
De fiera servidumbre amenazadas.
En torno á la ciudad muge una ola,
Por el soplo de Ares encrespada,
Una turba guerrera,
De empenachada y hórrida cimera.
¡Oh Zeus, Padre del éxito felice!
Ahuyenta al enemigo:
Mira cercada la ciudad de Cadmo
Por el terror de las hostiles armas
Del iracundo Argivo:
Los frenos aligados
De sus bridones á la horrenda boca,
Gimen en son de muerte;
Y los siete caudillos
Soberbios con espléndida armadura,
Van á las siete puertas,
Do su lugar les señaló la suerte.

¡Defiende la ciudad, hija de Zeus,
Palas, en los combates vigorosa!
Y tú, Poséidon, que corceles domas,
En los mares potente,
Defiéndanos tu diestra y tu tridente.
De Cadmo el nombre y la progenie clara,
¡Ares, Ares!, protege.
Y á ti, Cipria, también, pues de tu sangre
La nuestra ha procedido,
Nuestros fervientes ruegos dirijamos;
Y á ti, rey del Liceo,
Porque cual lobo rujas
Contra la hueste aquea,
Y á ti, Latonia virgen,
Del arco y las saetas decorada.
¡Ay! ¡Ay qué ruído siento, ¡oh alma Juno!
De carros y caballos
En torno á la ciudad!....
¡Cómo los ejes so la carga gimen!
¡Cómo rechinan las veloces ruedas!
Cúbrese el aire de volantes dardos.
¿Qué suerte nos amaga? ¿Qué destino
Nos guarda Dios? En las almenas llueve
Piedras, y de los cóncavos escudos
Resuena el bronce. Á ti concedió el Padre
El santo oficio de la justa guerra,
¡Oh reina Onca! La ciudad ampara
De siete puertas. ¡Prepotentes Dioses,
Supremos de esta tierra tutelares!
No entreguéis la ciudad á gente dura
Y de extranjera lengua. Oid el ruego
De las castas doncellas, y propicios

Este pueblo mirad, que en las orgías
Honró con muchas víctimas las aras.

ETEOCLES.

Yo os pregunto, intolerables bestias:
¿Es este el modo de alentar al pueblo?
¿De unas aras correr en otras aras,
Fatigar á los Dioses inmortales,
Gemir, vociferar?.... ¡Infame sexo
Que los prudentes odian! Ni en los males
Ni en la prosperidad, con las mujeres
Quiero habitar. Si la fortuna ríe,
¿Quién tolera su audacia? ¿Quién su miedo
Si el peligro se acerca? Vuestra fuga
Y loco clamoreo al ciudadano
Terror infunden y ánimo cobarde,
Y acrecientan su fuerza al enemigo.
Contra nosotros mismos peleamos,
Y somos destruídos. Las mujeres,
¿Qué ayuda nos darán ni qué consuelo?
Mas, si alguno á mi imperio se resiste,
Sea varón ó mujer, anciano ó niño,
Negros sufragios rodará la urna,
Y será por las calles lapidado.
En casa, las mujeres: los varones,
En la muralla velen; que las hembras
No harán daño en sus lares encerradas.
¿Me habéis oído, ó no?

CORO.

¡Sangre de Edipo!
Temblamos al oir ruído de carros,
Y de volubles, estridentes ruedas;
Y en las bocas sonar de los corceles
Inquietos frenos, que engendrara el fuego.

ETEOCLES.

¿Y qué? ¿Si se refugia en la alta popa,
Se salvará en el mar tímido nauta,
Cuando su leño el aquilón sacude?

CORO.

Corrimos á los viejos simulacros,
La celestial ayuda suplicando,
Cuando sonó en las puertas un estruendo,
Cual de nevosa, rápida tormenta:
De terror agitadas, á los Dioses
Pedimos que amparasen estos muros....

ETEOCLES.

Rogadles sólo que baluarte sean
Á la furia enemiga. Después nada....
Es fama que los Dioses abandonan
La vencida ciudad.

CORO.

¡Nunca la dejen
Mientras respire yo! ¡Nunca se vea
Correr la llama hostil por nuestros muros,
Ni abrasados huir los ciudadanos!

ETEOCLES.

No aumentéis nuestro mal con las plegarias:
Nace de la Obediencia la Fortuna
Cual hija salvadora. ¡Obedecedme!

CORO.

Más grande es de los Númenes la fuerza:
Ella levanta entre apiñadas nubes,
Que á los mortales ojos oscurecen,
Á quien del mal en las tinieblas gime.

ETEOCLES.

Toca al varón, en la ciudad sitiada,
Víctimas ofrecer y sacrificios:
Silencio y casa á la mujer.

CORO.

Invicta
Es Tebas, por merced de las deidades;

Todo enemigo se estrelló en sus muros;
¿Por qué te ofenden nuestras justas preces?

ETEOCLES.

Invocar á los Númenes es justo,
Pero no, detener en los guerreros
El bélico furor. Adora, y calla.

CORO.

Á esta sagrada Acrópolis huímos,
Al resonar el pavoroso estruendo.

ETEOCLES.

No recibáis con lágrimas y voces
Á los muertos y heridos : en su sangre
Áres se goza y se apacienta ledo.

CORO.

Oigo de los caballos el relincho.

ETEOCLES.

Haz que no le oyes.

CORO.

Las murallas gimen,
Del peso de enemigos combatidas.

ETEOCLES.

Á mí me toca defenderlas.

CORO.

Tiemblo:
El ruído crece en torno de las puertas.

ETEOCLES.

No digáis nada en la ciudad. ¡Silencio!

CORO.

¡No entreguéis nuestras torres, Inmortales!

ETEOCLES.

¿Aún no calláis, malvadas?

CORO.

¡De nosotras,
¡Oh Dioses! apartad la servidumbre!

ETEOCLES.

Á mí y á Tebas por vosotras viene.

CORO.

¡Contra los enemigos lanza el dardo,
Oh Zeus omnipotente!

ETEOCLES.

¿Á las mujeres,
Por qué creaste, omnipotente Zeus?

CORO.

¿Por qué creaste á los varones fuertes,
Para que su ciudad vencida sea?

ETEOCLES.

¿De nuevo nos aterras con presagios,
Abrazando las aras?

CORO.

Nuestra lengua
Hiela el temor.

ETEOCLES.

Tebanas, otorgadme
Esta sola merced....

CORO.

Dilo en seguida,
Porque se fije luego en nuestras mentes.

ETEOCLES.

Callad, y no aterréis á los amigos.

CORO.

Padeceré con ellos en silencio.

ETEOCLES.

Grata por fin sonó vuestra palabra.
Dejad los simulacros, y mejores
Votos alzad, porque los Dioses sean
Propicios al Tebano en la batalla.
Y si son nuestros votos escuchados,
El festivo *Peán* al modo griego
Entonaréis, cuando el altar humee,
Y las solemnes voces se levanten,
Para infundir terror al adversario,
Confianza al vencedor. Después (lo juro
Á los Dioses custodios de esta tierra,
Y del foro y del campo tutelares,
De la fuente de Dirce y del Ismeno)
Que si se salva triunfadora Tebas,
De ovejas y de toros en sus aras
La sangre correrá. Ricos despojos,

Trofeos y armaduras enemigas,
En la cruenta lid arrebatados,
Exornarán los postes de sus templos.
¡Sin lágrimas alzad esta plegaria,
Sin mujeriles, flébiles sollozos!
¿Quién vencerá del hado los decretos?
Yo seis escogeré, fuertes varones;
Seré el sétimo yo.... Ninguno teme
Lanza enemiga.... Y en las siete puertas
La resistencia ordenaré, primero
Que lleguen los fatídicos rumores,
Que en su camino sin cesar se acrecen.

CORO.

¡Oh rey! Te obedecemos;
Mas nuestro pecho de temor se agita,
Y un punto no sosiega,
Ni cesan los cuidados veladores
De presentarnos la tremenda imagen
De la hueste enemiga
Que nuestros muros cerca.
Temblamos como tiembla la paloma
En el caliente nido, por su prole,
Cuando el dragón insidias le prepara.
¿Qué suerte nos espera?
Unos atacan las erguidas torres
En escuadrón cerrado:
Otros, de piedras áspero granizo
Á la ciudad arrojan:
¡Dioses nacidos de Saturnia estirpe,
El pueblo proteged de los Cadmeos!

¿Qué suelo encontraréis como el de Tebas,
Si abandonáis á los hostiles Dioses
Esta región frugífera,
Y de Dircea las salubres ondas,
Cuales nunca Poséidon,
El que la tierra abraza,
Ni las hijas sin número de Tetis,
Arrojan de sus urnas,
Para calmar la sed de los mortales?
¡Oh tutelares Númenes!
¡Al enemigo bando
Lanzad la destrucción: *Ate* funesta,
La lanza matadora de varones,
La que sus armas rompe y desbarata.
De gloria coronad á los Tebanos,
Presidio sed de vuestros templos y aras,
Inmóviles en ellos.
¡Cuán triste es ver á la ciudad Ogigia,
Despojo de la lanza,
Sepultada en el Orco,
Ó á triste servidumbre reducida:
Sin gloria devastada
Por el furor Aqueo:
Aventadas las sórdidas cenizas,
Y madres y doncellas,
Rotas las vestes, los cabellos sueltos,
Cual yegua por las crines arrastrada!
¡Moribundos cautivos
Llenan con su clamor los anchos foros
De la ciudad saqueada!
¡Cuán triste es ver á la violada virgen,
Que aún no probó de Himene los halagos,

Apenas de los brazos
Sale de sus injustos forzadores,
Que el fruto sin sazón arrebataron,
Dejar la tierra y la paterna casa!
¡Oh mil veces feliz la que antes muera
De ver miseria tanta!
Rapiña y destrucción, muerte é incendio,
Humo que el aire turba y ennegrece;
Y Ares en tanto, que piedad desdeña,
De pueblos domador, la llama atiza.
Clamor confuso en la ciudad resuena:
Fuera de la ciudad, los enemigos
Forman vallado cual de fuertes torres,
Lanza con lanza, escudo con escudo:
Sucumben los varones,
Y los lactantes niños
Lanzan vagidos de su sangre llenos.
En medio á la rapiña,
Los fieros vencedores
Se estorban mutuamente y se sofocan,
Ó se juntan tal vez por ayudarse;
Mas luego se dividen,
Cada cual mayor presa ambicionando.
Yacen en el camino
Las esperanzas de la mies perdidas,
Los frutos arrancados,
Y acerbo llanto el labrador derrama.
Van en turbios raudales
De la tierra los dones más preciosos,
Y las dorias esclavas,
Con llantos y gemidos,
El tálamo nefando

Á voluntad del vencedor, esperan.
¡ Sólo la eterna noche
Podrá acabar su dolorosa vida!

SEMICORO 1.º

Mirad, amigas: ya del campo viene
El fiel explorador: nos traerá nuevas:
Presuroso hacia aquí sus pasos guía.

SEMICORO 2.º

Pues también nuestro rey, hijo de Edipo,
Se dirige hacia acá por escucharle,
Y no es menos veloz el paso suyo.

NUNCIO.

Ya sé cuánto prepara el enemigo,
Y qué caudillo destinó la suerte
Á cada puerta. En la de Preto brama
Tideo; porque, infaustos los augurios,
Del Ismeno le aparta el sacro vate.
Pero él furioso y anhelando lucha,
Ruge como el león al mediodía,
Y de Éclides, profeta venerando,
Torpe se mofa, y le llamó cobarde,
Adulador del miedo y de la muerte.
Los tres penachos del radiante yelmo
Feroz sacude, y del broncíneo escudo
Las sonantes, espléndidas labores
Bajo la mano, en son de guerra, gimen.

Lleva en su escudo, por soberbia insignia,
El espléndido cielo coronado
De innúmeras estrellas, y la luna
En medio del broquel, la luna llena,
Ojo y señora del horror nocturno.
Así, adornado de fulgentes armas,
En la ribera del sagrado río,
Clama por arrojarse á la pelea,
Como fiero corcel que muerde el freno,
Si de bélica trompa el son escucha.
¿Quién le opondrás? ¿Quién de valor tan grande,
Que la Prétida puerta le defienda,
Si sus canceles rompe?

ETEOCLES.

Nunca temí la pompa de Tideo:
No hieren las empresas del escudo,
Ni del yelmo penachos y cimeras,
Sino la aguda lanza. Y esa noche
Que me dices que lleva en el escudo,
Con rutilantes astros adornada,
Agüero podrá ser de su destino;
Si cerrare sus ojos moribundos
La negra noche, ese blasón fastuoso
Responderá muy bien á lo que ostenta,
Él mismo contra sí profetizando.
Enfrente de Tideo, al sabio hijo
Pondré de Astaco, el de progenie clara,
De insolencia odiador: tardo y certero;
El que á la honra como á un Dios venera.
Es hijo de la tierra Menalipo,

De los sembrados héroes descendiente
Que Marte perdonó. Juzgará Marte
La incierta lid. Á Menalipo mueve
Filial amor, para romper osado
Lanza enemiga del materno suelo.

CORO.

Dad á mi defensor, propicios Dioses,
Ayuda en la pelea,
Pues tan justo campeón cual Menalipo
Defiende nuestra tierra.
Mas ¡ ay ! yo temo ver de mis amigos
La destrucción sangrienta.

NUNCIO.

¡ Favor le den los Dioses ! Capaneo
Hubo por suerte la Electráia puerta.
Más que el otro feroz, más arrogante
Que hombre nacido, maldiciones lanza
Contra los muros. ¡ Ojalá se frustren !
Quiéranlo ó no los Inmortales, dice
Que la ciudad asolará, ni teme
De Zeus la ira, que á la tierra baja
En inflamados rayos y centellas,
Que estima cual calor del mediodía
Que arde pero no abrasa. Por enseña
Lleva un varón ignífero y desnudo,
Con una hacha en las manos, y repite
En aureas letras : «Quemaré la tierra.»
¿Quién le resistirá? ¿Quién será osado

Á detener sus ímpetus soberbios?

ETEOCLES.

Mejor : al temerario le condena
Su propia lengua acusadora siempre.
Si amenaza insolente Capaneo,
Y desprecia á los Númenes, y mueve
Lengua mortal, en vanas alegrías,
Contra Zeus que escucha desde el cielo
Sus soberbias palabras tempestuosas,
Espero que sobre él de la justicia
El rayo caiga ignífero, potente,
En nada á los calores semejante
Del mediodía. Á él opondré un guerrero
Corto en palabras, pero de alma ardida,
El fuerte Polifón, seguro amparo,
Si la virgen Artemis le protege.

CORO.

Quien amenaza á la ciudad, perezca;
El rayo le separe de sus muros;
No profane mi lar,
Ni con soberbia lanza me arrebate
Del lecho virginal.

NUNCIO.

Salió á Eteoclo la tercera suerte
Del fondo de la cóncava celada.
Va á la puerta de Neita con sus hombres.

Él rige ferocísimos bridones,
Que anhelosos de lid tascan el freno:
Resuena en modo bárbaro el bocado,
Del soplo henchido, que animoso humea
Por la abierta nariz. El ancho escudo,
No de vulgar manera blasonado,
Muestra un varón de ponderosas armas,
Que el pie en la escala afirma, y á la torre
Del enemigo asciende, y esta letra:
«Ni Marte de los muros me arrojara.»
Oponme á este varón otro más fuerte,
Que de Tebas aparte el servil yugo.

ETEOCLES.

Ya le hay, si la fortuna le protege:
En manos, no en palabras poderoso:
El hijo de Creonte, Megaréo,
De aquellos *autoctónas* descendiente,
Que sembró Cadmo en el terrón beocio;
Ni el fiero resoplar de los caballos
Le hará cejar un punto en la defensa;
De su tierra nutriz tornará al seno,
Ó con los dos varones y el escudo,
Y la ciudad pintada por despojos,
Á Tebas volverá de gloria lleno.
Alaba á otro caudillo: di su nombre.

CORO.

Grata la suerte al defensor ayude
De mi casa y ciudad,

Y Zeus al insolente y temerario
Le mire sin piedad.

NUNCIO.

El cuarto, que á la puerta se avecina
De la Onca Atene, Hipomedón se llama;
De cuerpo ingente y ánimo robusto :
Temblé del cerco grande de su escudo,
Al agitarle él. Sagaz artífice
Allí esculpió á Tifón, por su ígnea boca
Humo negro exhalando, de la llama
Versicolor hermano, y las serpientes
En complicados giros que circundan
Toda la cavidad del hondo escudo.
Va con él el terror, y cual Bacante
Del Numen agitada, arde y delira.
¡Resiste bien su belicosa furia,
Que ya en las puertas el tumulto suena!

ETEOCLES.

Palas Onkea, suburbana Diosa,
Á esa puerta vecina, sus polluelos
Defenderá de ese dragón Argivo.
Hiperbio, el esforzado hijo de Enopo,
De varón á varón, con él pelee,
Que ni en fuerzas, ni en ánimo, ni en armas
Le es inferior. Mercurio los ha unido.
Lidiarán dos gigantes : sus escudos
Ornan Dioses hostiles : si á Tifeo
El uno lleva, vomitando llamas,

Zeus padre, en el broquel del fuerte Hiperbio,
Sentado lidiador, el rayo vibra.
¿Cuándo el Saturnio se miró rendido?
Tal se odian estos Númenes: nosotros
Al vencedor seguimos: mas por ellos
El vencido combate. ¡Triunfe Zeus
Otra vez de Tifón! Al adversario
La misma suerte que á su Dios alcance,
É Hiperbio, cual lo anuncia su divisa,
Por Zeus salvador, triunfante sea.

CORO.

¡Estréllese en las puertas la cabeza
De quien lleva la imagen en su escudo
De un demonio terrígena, que odian
Númenes y mortales!

NUNCIO.

Así se cumpla: el quinto, colocado
En la puerta del Bóreas, do la tumba
Se eleva de Anfión, hijo de Zeus;
Por la lanza que vibra, y le es más cara
Que sus ojos, más santa que los Dioses,
Á Tebas destruir, aunque se oponga
El Saturnio, promete.... Es un mancebo
De varonil esfuerzo: en la hermosura
De su madre Atalanta la serrana
Imagen es. Y su infantil semblante
Apenas cubre el delicado bozo,
Indicio ya de pubertad naciente.

Su nombre es virginal : *Partenopeo;*
Pero su alma cruel, torva mirada,
No son de virgen. Su redondo escudo
De cincelado bronce afrenta á Tebas :
Allí clavada la voraz esfinge
Sostiene entre sus garras á un Cadmeo ,
Cual blanco á las saetas. ¿ Desde Arcadia
Por tan largo camino habrá venido
Para manchar sin honra su linaje?
Huésped en Argos , su hospedaje quiere
Pagar en estos muros , y amenaza....
¡ Ojalá que los Dioses le desoigan !

ETEOCLES.

¡ Ojalá de los Dioses la venganza
Humille sus soberbias vanidades ,
Y muerte y destrucción caiga sobre ellos
Cual ellos la provocan sobre Tebas !
Á ese niño de Arcadia , Áctor , hermano
De Hiperbio, yo opondré, que no con voces,
Mas con potente diestra le resista,
Y á esa lengua sin obras ponga freno,
Y pasar de las puertas no tolere
Á quien tiene del monstruo, horror de Tebas,
La imagen por empresa en el escudo.
Ella se volverá contra su dueño,
Cuando los dardos bajo el muro lluevan,
Y confirmen los dioses este augurio.

CORO.

De terror tu oración nos penetra,
El cabello se eriza al oirte;
Al soberbio los Dioses confundan,
Que tan grande impiedad pronunció.

NUNCIO.

El sexto es tan valiente como sabio;
El augur Anfiarao, que se coloca
En la Homoloide puerta, interpelando
Con acerbas palabras á Tideo,
Turbador de los pueblos, homicida,
Causa y maestro de los males de Argos,
Evocador de furias, y ministro
De mal consejo á Adrasto. Y á tu hermano,
Desdichado Polínice, en dos partes
Su zizañero nombre dividiendo,
Iracundo lanzó tales palabras:
«Por cierto te será de mucha gloria,
Y ante los Inmortales muy acepto,
El destruir con peregrina hueste
Patria ciudad é indígenas Deidades.
¿Cómo tu patria en guerra domeñada
Te ha de ser nunca voluntaria sierva?
¿Quién de tu madre atajará las voces
Que acusadora contra ti levante?
Fiel agorero de mi propia suerte,
El suelo hostil fecundaré con sangre.
Lidiemos, que gloriosa muerte espero.»

Así diciendo, sacudió el escudo,
Que es blanco, sin emblema ni divisa.
Más quiere bueno ser que parecerlo;
Y de su alma en el profundo surco,
Frutos recoge de prudencia mucha
Y buen consejo. Oponle un adversario
Tan sabio como él. Que es muy temible
El justo que á los Númenes venera.

ETEOCLES.

¡Suerte infeliz la que enlazó á ese justo
Con hombres tan impíos! Siempre daña
Tratar con el inicuo: de su campo
Siempre se recogió fruto de muerte.
¡Oh! ¡Cuántas veces ascendió á la nave
Varón piadoso entre profanos nautas,
Inicua turba que se arroja á todo,
Y pereció con ellos! ¡Cuántas veces,
Ciudad impía que olvidó á los Dioses,
Hospeda á un justo, que en la ruína se hunde,
Cuando el azote de los Dioses llega!
Así de Eclis el hijo, augur piadoso,
Prudente, justo, venerable, santo,
Y sublime profeta, por mezclarse
Con los ímpios, soberbios, jactanciosos,
Que tan largo camino hacen en balde,
Si Zeus nos ampara, en la derrota
Será con los restantes confundido.
Mas que ataque la puerta, no lo esperes,
Ni le tengo por tímido ó cobarde,
Mas sabe que su muerte se avecina,

Si es veraz el oráculo de Loxias ;
Y Loxias calla , ó la verdad revela.
Inhospital custodio le reciba
En la puerta el fortísimo Lasthenes,
Viejo en prudencia , vigoroso en cuerpo,
Largo en la vista, de ligeras manos ;
Que con la izquierda al enemigo arranca
El hierro de la lanza. La victoria
En manos de los Númenes consiste.

CORO.

Nuestros ruegos oíd, Inmortales;
Buena suerte otorgad á este pueblo,
Y los males que trajo la guerra
El extraño tan sólo reciba:
De los muros el rayo los lance ,
Que fulmine la diestra de Zeus.

NUNCIO.

El sétimo.... ¿dirélo?.... es él.... tu hermano,
Que á la ciudad impreca y la maldice,
Y jura hundir sus torres, y aclamado
Con festivo *Peán* , canto de triunfo,
Ir á encontrarte y pelear contigo,
Y matarte ó morir. Y si la vida
Te perdonare, con destierro largo
Vengar la afrenta que le hiciste un día.
Y porque cumplan sus fervientes votos ,
Á la patria y los Dioses gentilicios,
Invoca el esforzado Polinice.

Lleva un reciente bien labrado escudo,
Con dos figuras cinceladas de oro;
Una mujer que por la mano guía
Á un armado campeón: es la Justicia:
Así la misma letra lo declara:
«Volveré á este hombre á su perdida Tebas
Y á dominar en la paterna casa.»
Mira quién le opondrás....

ETEOCLES.

¡Raza de Edipo
Maldita, por las Furias perseguida,
Odiada por los Dioses! Ya se cumple
La maldición terrible de mi padre.
Mas no gemir ni lamentarme debo;
¡No suenen otra vez vuestros sollozos!
Es digno de su nombre Polinice;
Mas de esa audaz divisa de su escudo
Los aureos rutilantes caracteres,
Que cual su mente bullen y deliran,
Presto veréis si á Tebas le conducen.
Si la virgen Justicia, hija de Zeus,
Sus obras y consejos inspirara,
Conseguirlo podría. Pero nunca
Le saludó ni penetró en su techo,
Ni cuando abandonaba las tinieblas
Del seno maternal: ni cuando niño,
Ni en su primera juventud, ni cuando
Ornó su barba innumerable pelo.
Y hora que aflige á su nativa tierra,
¿Le ayudará? ¿Merecerá su nombre

Si á tan audaz varón une su esfuerzo?
Iré confiado á la batalla. ¿ Qué otro
Con más razón que yo debe matarle?
Rey contra Rey, hermano contra hermano,
Enemigo á enemigo lidiaremos;
Pronto.... ; lanza y escudo.... y armadura.

CORO.

¡ Oh el más amado de los hombres todos,
Hijo de Edipo! en su furor no imites
Á tu iracundo hermano. Que combatan
Entre sí los Argivos y Cadmeos.
Su sangre es expiable. Mas no hay siglos
Que basten á lavar la negra mancha
De un doble fratricidio.

ETEOCLES.

¿ Quién tolera
Sin honra ni venganza la victoria?
Yo prefiero la muerte. Los cobardes,
¿ Qué gloria dejan tras su torpe vida?

CORO.

¡ Hijo! ¿ En qué piensas? El furor te ciega,
Ávido de combate. Esa iracundia
Aún puedes refrenar.

ETEOCLES.

Un Dios me arrastra....
¡Vete á surcar las ondas del Cocito,
Con favorable viento, maldecida
Raza de Layo, que aborrece Febo!

CORO.

Ciego furor á derramar te impele
¡Fruto nefando! la fraterna sangre.

ETEOCLES.

Ved.... de mi padre la enemiga sombra
Ya con los ojos secos se levanta:
Ella me manda consumar el crimen,
Y vengarme y morir....

CORO.

Tú no la invoques,
Que no es cobarde quien justicia guarda:
Si los Dioses tus víctimas aceptan,
Nunca la negra Erinnis vengadora
Afirmará sus plantas en tu techo.

ETEOCLES.

Los Dioses....¡Cuánto tiempo ha que dejaron
Del todo nuestra casa! En nuestra ruína

Ellos se aplacen. No aduléis al hado.

CORO.

Aún es tiempo.... Si un Numen se aplacase,
En favorable viento se tornara
El soplo abrasador que te consume.

ETEÓCLES.

¡Aún arde más la imprecación de Edipo,
Y nocturna visión veráz me dice
Cuál serán divididos los tesoros
De mi padre infeliz....

CORO.

Á las mujeres
Oye, aunque las desprecies.

ETEOCLES.

Es inútil....
Decidlo, pero en breve....

CORO.

No combatas
En la sétima puerta.

ETEOCLES.

¿ Con palabras
Doblegarme queréis ? ¡ Empeño vano !

CORO.

Honran también los Dioses la victoria
Que sin lidiar se alcanza.

ETEOCLES.

De un guerrero
Tal palabra es indigna....

CORO.

¿ Y en la sangre
Quieres bañarte de tu hermano ?

ETEOCLES.

Quiero ;
Y no se salvará, si un Dios me ayuda.

CORO.

¡ Ay de nosotras, si la horrenda Erinnis,
No á los Dioses igual, devastadora
De pueblos, y de males adivina,
Viene á cumplir la imprecación del Padre,

Y á saciarse en la sangre de los hijos,
Cuyo ciego furor arde y atiza. *(Se va Eteocles.)*

CORO.

Antiestrofa a.

El de la Escitia peregrino hierro
Que forjara el Calibe,
El reino parte de los dos hermanos,
Y por iguales suertes,
Tan sólo aquella tierra
Que sus despojos cubra,
En vez de ricos campos, les divide.

Estrofa b.

Cuando sucumban en nefanda guerra,
Con recíproca herida,
Y de su negra sangre se saciare
El profanado suelo:
¿Quién lustrarle podrá? ¿Qué expiaciones
El fratricidio lavan? Desventura
Mayor se junta á los antiguos males.

Antiestrofa b.

Ya tres edades corren,
Desde que Layo consultara á Apolo
En su oráculo Pitio, levantado
De la tierra en el centro;
En vano le gritó: «¡Tebas perece,

Si de ti nace un hijo!»

Estrofa g.

La celeste amenaza
Venció de amigos el falaz consejo,
Y engendró Layo al parricida Edipo,
Que fecundó incestuoso
El seno mismo do nació su vida.
De aquel consorcio insano
Esta sangrienta estirpe ha procedido.

Antiestrofa g.

Los males, cual las olas,
En su curso se alcanzan: una cede,
Cuando la otra vencedora se alza,
Y de la rota nave,
Como de la ciudad, en torno ruge.
Frágil reparo la muralla ofrece:
¿Sucumbirá este pueblo
Vencido con sus reyes?

Estrofa d.

Cúmplese ya la execración antigua:
Nunca de paso el infortunio viene:
Siempre descarga á plomo:
Si la tormenta brama,
Fuerza es lanzar riquezas y tesoros,
Y aligerar la nave.

Antiestrofa d.

¿Á quién honraron los celestes Dioses?
¿Á quién el pueblo inmenso,
En la Agora sonante congregado,
Como al prudente Edipo,
Cuando venciera á la voraz Esfinge
Que asoló nuestra tierra?

Estrofa e

Mas luego que el enigma
Llegó á saber de su fatal incesto,
Con enemiga mano,
La misma de su padre matadora,
Arrancóse los ojos, aún más caros
Que el amor de sus hijos.

Antiestrofa e.

Y con horrendas voces
Las vengadoras Furias invocaba,
Porque sus hijos con armada mano
Su herencia dividieran. Ora temo
Que su delirio las Erinnis cumplan.

NUNCIO.

¡Buen ánimo! Alentad, tiernas alumnas
De vuestras madres. Ya está libre Tebas
De yugo y servidumbre: ya perece

De esos varones la jactancia altiva.
En calma la ciudad.... Y no se ha abierto
La nave contrastada por las olas;
Las torres nos protegen; cada puerta
Tiene un guerrero de pujante brío:
En las seis puertas la victoria es nuestra;
La séptima domina el rey Apolo,
Que en la raza de Edipo la venganza
Quiere tomar de la impiedad de Layo.

CORO.

¿Á la ciudad qué nueva desventura?....

NUNCIO.

Salva está la ciudad; pero los reyes....
Los de una misma sangre procedidos....

CORO.

¿Qué dices? Á escucharte ni aun me atrevo.

NUNCIO.

Los hijos ¡ay! del infeliz Edipo....
Oye tranquila.

CORO.

¡Mísera!
Adivino lo que á contarme vas.

NUNCIO.

Los dos cayeron,
Y con mutuas heridas traspasados....

CORO.

¿Á tal punto llegaron?

NUNCIO.

Y de entrambos
Bebió la tierra la caliente sangre.

CORO.

¿Entre sí los hermanos combatieron?

NUNCIO.

Entrambos en el polvo se revuelcan

CORO.

¡Á entrambos ha cabido igual fortuna!

NUNCIO.

Muertos quedan los dos : el hado quiere
Exterminar de Edipo la progenie.
¡Lágrimas y alegría juntas llegan!

En salvo la ciudad, mas sus caudillos
Con el hierro en Escitia martillado,
Quisieron dividirse los despojos.
La tierra poseerán que sus cadáveres
Pueda cubrir, tras de la horrenda liza:
¡Cumplida está la maldición del padre!

CORO.

¡Júpiter grande, tutelares Dioses
Del alcázar de Cadmo!
¿Debo alegrarme por la patria salva,
Ó llorar á los reyes
Que, infelices, sin prole, sucumbieron,
Y de su amargo nombre
Bien el infausto agüero confirmaron?
¡Furia de Edipo, prepotente y negra!
Impera en nuestras almas
Frío terror. Yo llevaré al sepulcro,
Cual dementada y férvida Bacante,
Lúgubres trenos, cánticos de muerte,
Pues en su propia sangre
Torpemente manchados,
Yacen los dos. Las Furias presidían
Á su ominoso encuentro.
Llegó á su fin la maldición paterna,
Y Febo satisfizo
De su violado oráculo el ultraje.
¡Ay de nuestra ciudad! Á los oráculos,
¿Quién falta impunemente?
¡De Edipo descendencia!
Digna de lloro es vuestra suerte infanda,

Calamidad que las palabras vence.
(Traen á la escena los cuerpos de Eteocles y Polinice.)
Vedlos aquí.... veraz fué el mensajero.
Doble dolor.... calamidad perfecta :
En la casa del mal el mal habita,
Y nunca viene solo.
¡Llorad, llorad, amigas,
Porque á los muertos acompaña el llanto;
Golpead con ambas manos la cabeza.
Con aura de suspiros
Impeleréis los remos
De la sacra *Teoría*
Que surca, á negras velas,
El Aquerón de lágrimas avaro;
Y á la región de nieblas,
Que no visita Apolo
Ni el sol alumbra con fulgente rayo,
Conduce á los mortales:
Á las fáuces del mónstruo, siempre abiertas,
Que anhela devorarlos.
....
Mas ya llegan Antígona é Ismene :
De lo hondo de su pecho
Ellas el canto lúgubre entonando,
Á los muertos hermanos
Justo dolor ofrecerán. Vosotras
Haced un semicoro,
Y el himno de las Furias resonante
Alzad, mientras nosotras repetimos
El lúgubre cantar, que alegra al Orco.

SEMICORO 1.º

¡Hermanas infelices, más que cuantas
Enlazan con el cíngulo sus vestes!
Yo gimo y lloro: ni es falaz mi llanto.

SEMICORO 2.º

¡Insanos campeones!
La voz de los amigos fuera en vano;
El mal os arrastraba,
Y los paternos lares
Quisisteis domeñar en lid y guerra.

SEMICORO 1.º

Acerba muerte y destrucción trajisteis
Á vuestra casa, hermanos.

SEMICORO 2.º

Ya la casa paterna es allanada,
Ya con el hierro cada cual obtiene
El amargo reinar que tanto ansiaba.

SEMICORO 1.º

Ya fieras las Euménides
La imprecación del padre consumaron.

SEMICORO 2.º

Por el siniestro lado
Los dos cayeron en la pugna heridos:
Sus consanguíneas manos
Movieron ¡ay! las Furias vengadoras.

SEMICORO 1.º

Al par de reino les privó y de vida
La discorde Fortuna,
Por su padre invocada.

SEMICORO 2.º

En la ciudad resuenan los lamentos
Y gimen las murallas,
Y la tierra de entrambos amadora:
Poseerá otro heredero
El campo que á estos míseros
La causa fué de división y muerte.

SEMICORO 1.º

Furiosos dividieron,
Árbitro el hierro, la tebana herencia,
É igual parte lograron.
Sus iras los amigos execraban.

SEMICORO 2.º

El hierro los inmola,
Y les reserva el hierro
La herencia de su padre, los sepulcros.

SEMICORO 1.º

Hasta su casa llegarán mis ayes:
Ayes por mí y por ellos:
Duelo aborrecedor de la alegría,
Lamento no fingido
Que por los dos hermanos se levanta.

SEMICORO 2.º

Por ellos, ¡qué de males
Á la ciudad vinieron,
Y cuánto peregrino
Mordiera el polvo en el feroz certamen!

SEMICORO 1.º

¡Oh madre desdichada
Entre las madres, la infeliz Yocasta,
Que, esposa de su hijo,
Dió el sér á estos varones fratricidas
Que en recíprocos golpes espiraron!
Hijas de un mismo seno eran sus manos.

SEMICORO 2.º

Furibunda discordia
Movió al delito las fraternas armas.

SEMICORO 1.º

Su enemistad reposa:
Sangre de dos hermanos
Moja la tierra. De la misma sangre,
¿Quién dudará que son? Póntico huésped
El hierro agudo que caldeara el fuego,
Decidió la contienda,
Dócil al voto del furor paterno.

SEMICORO 2.º

Igual porción ¡oh míseros!
Á entrambos ha cabido
En la calamidad que Zeus envía.
De tierra inmensa copia,
Que por igual abruma sus despojos.

SEMICORO 1.º

Al fin entonan victorioso canto
Las estridentes Furias,
Ya la prole de Edipo exterminada:
Se alza en la puerta vengador trofeo,
Y la infernal justicia
Descansa, al fin, tras de la doble muerte.

ANTÍGONA.

¡Herido heriste!

ISMENE.

¡Tú, al morir, mataste!

ANTÍGONA.

¡Con hierro matas!

ISMENE.

¡Y con hierro mueres!

ANTÍGONA.

¡Fin miserable!

ISMENE.

¡Desdichada suerte!

ANTÍGONA.

¡Gemidos.... id!

ISMENE.

¡Brotad, lágrimas mías!

ANTÍGONA.

Yaces.

ISMENE.

No sin venganza.

ANTÍGONA.

Mi alma loca
Ciega el dolor.

ISMENE.

El corazón estalla.

ANTÍGONA.

¡Oh hermano, digno de perpetuo lloro.

ISMENE.

¡Oh mi hermano infeliz!

ANTÍGONA.

Muerte al amigo
Diste.

ISMENE.

Y él te mató.

ANTÍGONA.

Doble al oído
Es la desgracia.

ISMENE.

Y á la vista doble.

ANTÍGONA.

¡ Cuán cerca están los males!

ISMENE.

¡Las hermanas
Cuán cerca de los míseros hermanos!

CORO.

¡Cuán grande es tu poder, luctuosa Erinnis,
Sombra de Edipo, formidable Parca!

ANTÍGONA.

¡Grave dolor!

ISMENE.

¡No vuelve del destierro!

ANTÍGONA.

No volverá, que ha muerto.

ISMENE.

También muere
El que en casa quedó.

ANTÍGONA.

Si muere, mata.

ISMENE.

Él á Eteocles arrancó la vida.

ANTÍGONA.

¡Cuánto padezco!

ISMENE.

¡Mísero linaje!

ANTÍGONA.

¡Llanto doblado por los dos hermanos!

ISMENE.

Y doble llanto por las rotas lanzas.

CORO.

¡Cuán grande es tu poder, luctuosa Erinnis,
Sombra de Edipo, formidable Parca!

ANTÍGONA.

Tú lo supiste al asaltar á Tebas.

ISMENE.

Y en la defensa tú.

ANTÍGONA.

La misma Furia
Te trajo á la ciudad.

ISMENE.

Ella te armaba
Contra el hermano.

ANTÍGONA.

¡Triste de mirarse!

ISMENE.

¡Triste de oirse!

ANTÍGONA.

¡Oh males!

ISMENE.

¡Oh fatiga!

ANTÍGONA.

Á la casa y la tierra.

ISMENE.

Sobre todos

Á mí.

ANTÍGONA.

Y aún más á mí.

ISMENE.

¡Rey Eteocles,
De estos males autor!

ANTÍGONA.

¡Locos hermanos,
Sobre todos los hombres, infelices!

ISMENE.

¿Do los sepultaremos?

ANTÍGONA.

Do más digno
De su valor y de su estirpe sea.

ISMENE.

Junto al padre reposen.

EL PREGONERO.

Los decretos
Escuchad que los próceres dictaron
De la gente cadmea. Sepultura
Se concede á Eteocles, que ha lidiado
Por el suelo natal y por sus dioses,
Lanzando á los extraños de sus muros,

Y ha muerto allí donde es glorioso al joven
Por la patria caer. Pero su hermano
Yacer debe insepulto y de los canes
Despojo vil, pues asolar quería
De Cadmo la ciudad, y lo cumpliera
Si un Dios no nos ampara. Ni es la muerte
Bastante expiación al Numen patrio,
Por haber conducido á nuestras torres
Peregrinos guerreros. Vil sepulcro
Tendrá en el vientre de voraces aves:
Vertida libación, llanto ni trenos
No alegrarán su tumba, ni el lamento
De los fieles amigos le acompañe.
Esto mandan los próceres de Tebas.

ANTÍGONA.

Yo á su edicto respondo. Si á mi hermano
Nadie quiere enterrar como á Eteocles,
Yo le sepultaré: todo peligro
Arrostraré por él: no me avergüenzo
De hollar las leyes por tan justa causa.
Nuestra sangre común, la de mi madre
Y mi padre infeliz, á esto me obliga,
Y mucha fuerza tiene. Acompañarte
Quiero en los males, voluntaria, alegre.
¡Alma mía, valor! ¡Hermano mío!
No los lobos famélicos tus carnes
Devorarán: yo sola en mi regazo,
Llevando el polvo en el bysino manto,
Esconderé so tierra tus cenizas
Do nadie las profane. Audacia y fuerza

He de tener.

EL PREGONERO.

No opongas á las leyes
Inútil resistencia.

ANTÍGONA.

Tal decreto
No vuelvas á intimarme.

EL PREGONERO.

Si el peligro
Vence, es la plebe en su furor tremenda.

ANTÍGONA.

Alaba su rigor : sin sepultura
No quedará mi hermano.

EL PREGONERO.

¿Y á enterrarle
Te atreverás, si el pueblo le aborrece?

ANTÍGONA.

No le han marcado aún los inmortales
Con el sello de gloria ó de anatema.

EL PREGONERO.

Trajo á Tebas la guerra.

ANTÍGONA.

Devolvía
Mal por mal.

EL PREGONERO.

Uno solo le ofendiera,
Y él atacaba á todos.

ANTÍGONA.

De las Diosas,
La postrera que calla es la Disputa.
Yo le sepultaré : no más palabras.

EL PREGONERO.

Será tu voluntad; mas te lo vedo.

CORO.

¡Oh Furias, alegraos,
Del humano linaje destructoras!
¡Ya la raza de Edipo es acabada!
¿Qué haré? ¿Qué pensaré? ¿Ni á Polinice
Puedo llorar, ni su mortal despojo

Conducir á la tumba? Pero temo
De la ciudad el riguroso fallo.
Muchos te llorarán, rey Eteocles;
Mas sólo el llanto de su triste hermana
Polinice tendrá. ¿Quién obedece
Tan dura ley?

SEMICORO.

Nosotras seguiremos
De Polinice el funeral, castigue
Tebas ó no tan generosa audacia.
Mañana de otro modo la justicia
Mirarán los cadmeos.

SEMICORO.

Mas nosotras
Á Eteocles seguimos, cual las leyes
Y la ciudad lo mandan. Estos muros
Con el favor de Zeus ha defendido
Y de los otros Númenes, rompiendo
Hinchadas olas de enemiga gente
Que nuestras torres allanar pensaba.

Santander 19 de Julio de 1879.





PROMETEO ENCADENADO

ESCENA PRIMERA

LA FUERZA

Al remoto confín hemos venido
De la tierra, á los yermos inaccesos
De la Scitia. Tú, Hifesto, los mandatos
Del Padre cumplirás, y á Prometeo
Maléfico atarás á la alta roca,
De adamantinos lazos con cadena,
Pues la llama, flor tuya, y de todo arte
Fácil materia, arrebató á los cielos,
Y á los hombres la dió. Por tal delito
Justo es que pague merecida pena,
Para que aprenda á respetar de Zeus
La alta Deidad, y á no endiosar al hombre.

HIFESTO.

Fuerza y *Poder*, vosotros ya cumplisteis
La voz de Jove: pero no me atrevo

Á encadenar en proceloso risco
Á un Dios de mi linaje. Dura fuerza
Es la necesidad: cumplirse debe
La voluntad del Padre. ¡Excelso hijo
De la divina Temis consejera!
Á mi pesar, con lazo indisoluble,
Te sujeto á esta peña, nunca hollada
De humanas plantas, do ni forma veas
Ni voz escuches de mortal alguno,
Mas la llama del Sol lenta te abrase
Y mude tu color. Cuando estrellada
La noche oculte el esplendor del día,
Ó el sol disipe el oriental rocío,
Siempre tu mal te aquejará presente.
Aún no nació quien libertarte pueda.
¡Tal premio por tu amor á los mortales!
¡Tú, siendo Dios, las iras de los Dioses,
Por honrar á los hombres, te atrajiste!
Injusto fué tu afán. Y por castigo
Este peñasco sostendrás enorme,
Estando en pie, sin que tus ojos cierre
El sueño, sin que doble tus rodillas
Larga fatiga, con lamento mucho
É inútil llanto; que de Zeus la cólera
Es dura de aplacar, y siempre recia
Es de nuevo señor la tiranía.

LA FUERZA.

¿Por qué le compadeces y te paras?
¿No le aborreces cual los otros Dioses,
Ya que entregó tu don á los mortales?

HIFESTO.

La sangre y la amistad son fuertes nudos.

LA FUERZA.

¿Despreciarás las órdenes del Padre?
¿No temes esto más?

HIFESTO.

Siempre eres cruda
Y por extremo audaz.

LA FUERZA.

Vano remedio
Es llorarle: lo inútil abandona.

HIFESTO.

¡Malditas sean mis manos y su oficio!

LA FUERZA.

No las detestes, que de tantos males
No es la causa tu arte.

HIFESTO.

¡Oh si este arte

Algún otro supiera!

LA FUERZA.

Nadie es libre,
Fuera de Zeus: los Dioses alcanzaron
Todo, menos imperio.

HIFESTO.

No lo ignoro.

LA FUERZA.

No tardes, pues, en circundar de lazos
Á Prometeo. No te mire el Padre
Temer y vacilar.

HIFESTO.

¿Do están los hierros?

LA FUERZA.

Tómalos, y en las manos el martillo
Alza y sacude, y clávale á la piedra.

HIFESTO.

Ya diligente voy.

LA FUERZA.

Hiere más fuerte.
Remáchale, que es diestro, y hallaría
Manera de escapar....

HIFESTO.

Ya de este brazo
No se desclavará.

LA FUERZA.

Pues clava el otro,
Y entenderá que es inferior á Zeus
En industria y saber. Su pecho pase
Adamantina cuña....

HIFESTO.

¡Ay, Prometeo!
Gimo al ver tu dolor.

LA FUERZA.

¿Tornas ahora
Á detenerte con gemidos vanos?
No te pese quizá....

HIFESTO.

¿No ves presente
Espectáculo atroz?

LA FUERZA.

Miro la pena
Al delito seguir. En las axilas
Clávale pronto.

HÍFESTO.

Ya sé que he de hacerlo;
No me lo mandes más.

LA FUERZA.

Quiero apremiarte,
Y tu ardor excitar. Traba sus piernas
Con ferrados anillos....

HIFESTO.

Ya acabamos.

LA FUERZA.

Y con grillos sus pies ora entrelaza,
Pues en obras de hierro es eminente.

HIFESTO.

Son fieras tus palabras cual tu rostro.

LA FUERZA.

Sé dulce en hora buena; mas no taches
Mi firme condición y áspero genio.

HIFESTO.

Encadenado está: quédese solo.

LA FUERZA.

Torna ¡oh Titán! á tu insolencia antigua;
Divinos dones para el hombre roba,
¡Que los hombres te quiten esos lazos!
En vano te llamaron *el prudente*,
Hoy otro *Prometeo* necesitas,
Que de tal artificio te desate.

PROMETEO.

Éter divino, voladores vientos,
Fuentes y ríos; de marinas ondas
Risa perpetua: omniparente tierra,
Yo os invoco.
¡Sol que en tu lumbre lo penetras todo;
Mira á los dioses afligir á un Dios!
Mira que debo innumerables años

Aquí lidiar con el suplicio atroz.
Tales cadenas contra mí ha forjado
El nuevo rey de la mansión feliz :
¡ Ay ! ¡ Ay ! Lamento mi dolor presente :
Cuándo el futuro llegará á su fin?
Pero ¿qué digo? adivinélo todo,
Y ninguna desdicha inopinada
Puede llegar á mí. Conviene ahora
Esta suerte fatal sufrir constante,
Ya que la ley del hado es invencible :
Duro ės callar, y es el hablar más duro,
En tan negra fortuna, que padezco
Por haber conducido á los mortales,
De leve caña en el recinto hueco,
Una centella de furtiva llama
Con que las artes y los bienes crecen.
Por tal delito suspendido quedo
Con clavos á este monte. ¡ Ay me cuitado !
¿Qué ruído de alas? ¿Qué perfume siento?
¿Es mortal ó divino? ¿Quién se acerca
Á la remota cima á contemplarme?
¿Venís á ver un Dios aborrecido
De Jove y de los otros inmortales
Que sus atrios frecuentan, porque he amado
Mucho á los hombres? ¡ Ay ! Más cerca siento
El batir de las plumas : se estremece
El éter sacudido por las alas.
Cuanto se acerca á mí, terror me infunde.

CORO DE NINFAS OCEÁNIDAS.

Nada receles : con ligero vuelo

Alegres ninfas á esta roca llegan :
No sin vencer la voluntad de nuestro
Padre Oceáno.
Nos condujeron las veloces auras ,
Cuando el estruendo del herido bronce
De nuestros antros penetró el recinto ,
Ronco gimiendo.
Luego vencimos virginal vergüenza ,
Y por el éter , en alado carro ,
Los pies descalzos , acudimos todas
Á consolarte.

PROMETEO.

¡ Ay ! ¡ ay ! de Tetis
Fecunda , prole ,
Y del ingente
Padre Océano
Que en giro eterno
Circunda el orbe ;
Vedme en las peñas
Encadenado ,
Como custodio
Del alto monte.

CORO.

Nube de llanto
Vino á los ojos ,
Desde que vimos
Pender tu cuerpo
De agudas piedras ,

Con fiera llaga:
Nuevos señores
Tiene el Olimpo:
Con ley despótica
Crónios impera.
La ley antigua
Él abolió.

PROMETEO.

¡Oh si en el Orco,
Bajo la tierra,
En el profundo
Tártaro inmenso,
Yaciera atado,
Sin que á los Dioses
Ni á los mortales
Contento diera
Con mis dolores!
Ora ludibrio
Soy de los vientos;
Mis enemigos
Mofan de mí.

CORO.

¿Quién de los Dioses
Se alegraría?
¿Quién de tus males
No se indignara,
Fuera de Zeus,
Siempre iracundo,

El que inflexible
La estirpe célica
Hoy tiraniza,
Y no desiste
De su venganza
Hasta que logra
Saciar sus iras,
Sin que perdone
Dolo ni afán?

PROMETEO.

Aunque mis plantas
Con ignominia
Sujete el hierro,
Vendrá algún día
En que el monarca
De los *felices*
Saber pretenda
Lo que yo oculto:
Quién de su trono
Y honores sacros
Le arrojará:
Ni me persuadan
Melosas voces,
Ni la amenaza
Logre aterrarme,
Porque el secreto
Yo le revele,
Hasta que rompa
Mis duros lazos,
Y el crimen pague
Que cometió.

CORO.

Ni la desdicha
Rinde tu audacia :
Libre y altivo
Hablas aún :
En nuestras almas
Penetra el miedo :
Por tu fortuna
Tememos todas.
¿Cuál de estos males
El fin será?
Que inexorable
Es del Saturnio.
La voluntad.

PROMETEO.

Ya sé que Zeus
Áspero y duro ,
Bajo su arbitrio
Pone la ley ;
Mas cuando sienta
Cerca el peligro ,
La ira venciendo ,
Hará conmigo
Fiel amistad :
Yo la deseo ,
Querrála él.

CORO.

Cuéntanos, pues, por qué delito Jove,
Con tal afrenta y crueldad te hiere,
Si no te ofende el recordar tus males.

PROMETEO.

Acerbo es el contarlos : más acerbo
Es aún el callar : todo me aflige.
La vez primera que encendió la ira
Los pechos inmortales, anhelando
Unos lanzar á Cronos de su sede,
Porque reinase Zeus : no queriendo otros
Que á las Deidades imperase Jove,
Yo intenté persuadir á los Titanes,
Hijos del cielo y de la tierra : en vano.
Violentos despreciaron mis razones,
Ganosos de reinar á viva fuerza.
¡Cuántas veces á mí la madre Temis
El futuro suceso me anunciara!
¡Cuántas veces la Tierra, única forma
De nombres mil, me dió á entender bien claro
Que quien prevaleciese á los Titanes,
No por la fuerza, mas por arte y dolo,
Su victoria final conseguiría!
Enojosa les era mi presencia,
Cuando hablé de esa suerte á mis hermanos;
Yo juzgaba prudente en tal conflicto,
Dar nuestra ayuda y la de nuestra madre
Á Zeus vencedor. Por mi consejo,

En el profundo Tártaro sumióse
Cronos antiguo con la gente suya.
Por tales beneficios, el tirano
Este premio me dió, que á los amigos
Nunca guardó su fe la tiranía.
¿Queréis saber la causa de su enojo?
Cuando asentado en la paterna sede,
Distribuyó los dones y el imperio
Entre los inmortales, con los hombres
Ninguna cuenta tuvo: exterminarlos
Quiso más bien, y procrear de nuevo
El linaje mortal: nadie se opuso.
Yo sólo intercedí por los humanos,
Para que no del Orco descendieran
Á la negra mansión. Tal es mi crimen,
Con horrendo suplicio castigado:
Indulgencia logré para los hombres,
No para mí: la crueldad de Zeus
Me puso en espectáculo afrentoso.

CORO.

Quien no se compadezca, ¡oh Prometeo!,
De tu infando dolor, tendrá de piedra
Ó hierro el corazón. Nunca quisiéramos
Tal desdicha haber visto: al contemplarla,
El dolor nuestras almas ha afligido.

PROMETEO.

Digno de compasión y miserable
Es mi aspecto.

CORO.

¿Qué más narrarnos puedes?

PROMETEO.

Quité á los hombres el temor del hado.

CORO.

¿Qué medicina hallaste á tal dolencia?

PROMETEO.

Sembré en su mente ciegas esperanzas.

CORO.

Gran beneficio diste á los mortales.

PROMETEO.

Diles también el fuego.

CORO.

¿Conque el fuego
Esos seres efímeros poseen?

PROMETEO.

Con él á muchas artes se aplicaron.

CORO.

¿Por tal pecado te atormenta Zeus,
Sin dar intermisión á tus dolores?
¿Y término les puso?....

PROMETEO.

No, ninguno,
Sino cuando le plazca....

CORO.

¿Y ya qué esperas?
¿No ves que le ofendiste? De qué modo,
Ni decirlo queremos, ni te place.
Esto olvidando, á tu aflicción busquemos
Algún remedio.

PROMETEO.

No es difícil cosa
En quien tiene su pie libre de males,
Á otros amonestar y dar consejo.
Nada de eso ignoraba, cuando quise
Gustoso delinquir, y por los hombres
Ofrecerme cual víctima. Mas ¿cómo

Pensar que en esta roca solitaria,
En la desierta cumbre de este monte,
Habría de yacer y consumirme?
No mi calamidad lloréis presente :
Á tierra descended, y oidlo todo
Hasta el fin. Persuadidme, consoladme
En mi nuevo dolor. ¡Cómo los males
Unos con otros, ciegos, se eslabonan!

CORO.

¡Oh, Prometeo!
Ya te escuchamos:
Con pies ligeros,
Dejando el carro,
Y el aire puro,
Senda del pájaro,
Á este fragoso
Suelo bajamos;
Cuéntanos presto
Nuevos trabajos.

OCÉANO.

Á término llegué de largo viaje,
Gobernando sin freno, á mi albedrío,
Este alado corcel. ¡Oh, Prometeo!
Me mueven á dolerme de tus males
Nuestra sangre común, y mi cariño.
Dime en qué puedo socorrerte, y presto
Verás que no son vanas mis palabras,
Y que amigo más firme que el Océano

No le tendrás jamás.

PROMETEO.

¿Y tú viniste
También á contemplar mi dura pena ?.
¿Cómo dejando el mar que te da nombre,
Y tus nativos peñascosos antros,
Has venido á la tierra ferri-madre?
¿Apiádaste de mí? ¿Y á verme vienes?
¡Mira cuál trata Zeus á su amigo,
Á quien con él fundó la tiranía!

OCÉANO.

Lo miro, ¡oh, Prometeo!, y yo quisiera
Aconsejarte bien. Eres prudente :
Conócete á ti mismo, y tus costumbres
Amolda al tiempo, pues monarca nuevo
Á los Dioses impera. No pronuncies
Esas palabras duras y punzantes,
Porque Zeus te oirá desde la altura,
Y su ira de hoy pareceráte juego,
Si de nuevo se indigna. Esa altiveza
Destierra de tu mente, y á los males
Algún remedio busca. Mis consejos
Quizá parezcan viles y abatidos;
Mas ya ves, Prometeo, qué mercedes
Á la soberbia lengua galardonan.
No eres humilde, y á tus penas quieres
Otras nuevas juntar. Si tú me oyeras,
No contra el aguijón sacudirías,

Pues sabes que el tirano es inclemente,
Ni se rinde á razones. Quizá pueda
Yo persuadirle á que tus lazos rompa,
Si cesas en tus voces insolentes.
Eres muy sabio. ¿Por ventura ignoras
Que marca el hierro lengua temeraria?

PROMETEO.

¡Dichoso tú que habiendo sido parte
Y cómplice de todas mis empresas,
Impune estás! Mas no vayas á Jove;
Mira por ti: desiste de ayudarme:
Ni le supliques nada: no se ablanda.
No te pase algún mal en el camino.

OCÉANO.

Según son tus palabras, mejor sabes
Á otros aconsejar que aconsejarte.
No me detengas más: tengo esperanza
Que Zeus, á mis ruegos accediendo,
Del suplicio te libre....

PROMETEO.

Te agradezco
Tan buena voluntad, y agradecido
Siempre estaré; pero no intentes nada:
Será fatiga inútil, aunque quieras
Algo intentar. Descansa, y del peligro
Guárdate bien. No quiero que mis daños,

Ya que soy infeliz, á otros alcancen.

OCÉANO.

Á otros alcanzan, sí; también me aflige
La suerte de Atlas, el hermano nuestro,
En las Hesperias playas sustentando
¡Enorme peso! con robustos hombros
Las columnas del cielo y de la tierra.
Y miré con dolor al de los antros
De Cilicia, terrígena habitante,
Guerrero monstruo de cabezas ciento,
Contra todos los dioses rebelado;
Impetuoso Tifón, que el exterminio
Por las horrendas fauces eructaba,
Y gorgóneo fulgor daban sus ojos
Amenazando destronar á Jove.
Pero cayó sobre él el vigilante
Rayo de Zeus, que llamas espiraba,
Grandisonando al descender del nimbo,
Y le hirió en las entrañas, y abrasado
Por el rayo, oprimido por el trueno,
Perdió las fuerzas, y cual cuerpo inútil
En la tierra cayó, junto al estrecho
Del siciliano mar, so las raices
Del Etna. Y en su cumbre más erguida
Hifesto forja las candentes masas,
Que un tiempo bajarán en ígneo río
Á devorar con ásperas mandíbulas
Las opulentas sicilianas mieses.
Entonces lanzará Tifón ignívomo,
Aun calcinado por celeste llama,

De hirvientes dardos, recio torbellino.

PROMETEO.

Eres prudente ; ni de mi consejo
Necesitas : defiéndete, si puedes,
De la común desgracia. Yo, constante
Padeceré la mía, hasta que Jove
Su ira deponga.

OCÉANO.

¿Piensas, Prometeo,
Como yo, que de un ánimo irritado
El médico mejor son las palabras
Del amigo?

PROMETEO.

Sí ; cuando oportunas
No oprimen con violencia, por curarle,
El pecho do la cólera rebosa.

OCÉANO

¿Y encuentras algún mal en intentarlo?

PROMETEO.

Vana molestia, y necedad insigne.

OCÉANO.

Déjame adolecer de tal achaque,
Ya que siempre es fructuoso para el sabio
Su saber ocultar.

PROMETEO.

Que yo me humillo
Á suplicar, dirán.

OCÉANO.

Vuélvome á casa,
Sin nada conseguir.

PROMETEO.

Tal vez funesta
Te será tu piedad para conmigo....

OCÉANO.

¿En el odio de Zeus omnipotente
He de incurrir?

PROMETEO.

Pues no le ofendas nunca.

OCÉANO.

Aprenderé en tu daño, ¡oh Prometeo!

PROMETEO.

Vete, y conserva tu presente calma.

OCÉANO.

Bien has dicho; ya hiere con sus plumas
Este alado cuadrúpedo la vía
Inmensa de los aires: ¡con qué gusto
Doblará la rodilla en mis establos!

CORO.

¡Oh, Prometeo! Tu exicial fortuna
Todas lloramos: de los ojos brota
Húmeda fuente de copioso llanto
Á las mejillas.
Cronios dispone tan acerbos males,
Con propias leyes oprimiendo el mundo,
Y la funesta á los antiguos Dioses
Lanza, sacude.
Lúgubre gime la anchurosa tierra,
Y tu grandeza y la de tus hermanos
Lloran caída, los que habitan l'Asia
De templos rica.
Las Amazonas en batalla fuertes,
Y los de Colcos, y el inmenso pueblo

De los Scitas, cabe el lago Meotis,
Término al orbe.
De Marte flor, los árabes ligeros,
Y los que moran la Caucasia roca,
Rugiente, belicosa muchedumbre,
De agudas flechas.
Sólo á otro Dios en tal desdicha vimos,
Á Atlas tu hermano, que el enorme peso
De la tierra y del cielo, en sus espaldas
Firme sostiene.
En él se estrellan las marinas ondas,
Treme el abismo, y so la tierra gime
El Orco negro. Su miseria lloran
Las sacras fuentes.

PROMETEO.

No atribuyáis á hastío ni á soberbia
Este silencio mío. Los pesares,
La ingrata afrenta, el corazón me muerden.
¿No me deben su imperio y su grandeza
Esas nuevas Deidades? Pero callo,
Pues que ya lo sabéis. Deciros quiero
Cómo al hombre ignorante he conducido
Á prudencia y razón: ojos tenían,
Pero sin ver: oyendo, no escuchaban;
Á las sombras de un sueño semejantes,
Siempre al acaso obraban. Ni en el suelo
Con ladrillo ó con piedra construían
Sus fábricas: moraban so la tierra,
Escondidos en antros tenebrosos,
Cual ágiles hormigas. Del invierno,

Primavera florida, ó del estío
Frugífero, las señas no alcanzaban.
Todo les era igual. Mas yo enseñéles
Á distinguir el orto y el ocaso
De las estrellas, inventé los números,
Arte divina; les mostré las letras;
Y la memoria, madre de las musas,
Su mente iluminó. Sujeté al yugo
Las bestias, que el trabajo de los hombres
Mucho aliviaron: antepuse al carro
Frenígeros corceles, de pomposo
Ornamento arreados. Lancé al Ponto
Las velívolas naves con remeros.
¡Yo, que inventé las artes para el hombre,
No encuentro hoy arte alguna que me salve!

CORO.

Cual trastornada por dolor insano
Vaga tu mente. Médico imperito,
Tu mal acreces, ni remedio encuentras
Que te consuele.

PROMETEO.

Si oyéndome seguís, han de admiraros
Mis artes, invenciones, beneficios.
Antes de mí, no la dolencia hallaba
Medicina; más yo enseñé á los hombres
De muchas plantas la virtud salubre.
De la adivinación diles la ciencia,

Interpreté los sueños el primero,
Y las voces oscuras : del camino
Los fatales encuentros : de las aves
De aduncas uñas el volar siniestro,
Ó á la diestra volar, y sus costumbres,
Odios y amores. Y de sus entrañas,
La forma y el color, y cómo aceptos
Son á los Dioses hígados y hieles,
Y lomos y grosura. Los presagios
Del cielo declaré, velados antes.
¿Quién primero que yo, bajo la tierra,
Descubrió el bronce, hierro, plata y oro,
Riqueza que ignoraban los mortales?
Oídlo en suma : cuantas artes tienen,
Al solo Prometeo las debieron.

CORO.

Demasiado te cuidas de los hombres,
Y te olvidas de ti. Quizá algún día,
De Zeus á pesar, rompas el lazo
Que hoy te encadena.

PROMETEO.

Mas la Parca quiere
Que sólo tras innúmeras miserias
Esta lazada quiebre, y contra el Hado
No hay arte valedera.

CORO.

¿Quién le rige?

PROMETEO.

La memoriosa Erinnys y las Parcas
Triformes.

CORO.

¿Es más débil que ellas Zeus?

PROMETEO.

De la fatalidad ni aun él se libra.

CORO.

¿Qué otro destino que perpetuo imperio
Pudo tocar á Zeus?

PROMETEO.

No preguntes,
Que no lo has de saber.

CORO.

Algún sagrado
Misterio ocultas.

PROMETEO.

Y ocultarle quiero,
Ni es tiempo de decirle. Si le escondo,
Me salvaré de males y cadenas.

CORO.

¡Ojalá nunca Zeus,
Universal monarca,
Su potestad oponga á mi querer!
Sacrificados bueyes
Conduciré á sus aras:
Ni en acción ni en palabra pecaré.
¡Cuán grato es larga vida
Pasar entre esperanzas
Que al alma prestan luz é hilaridad!
¡Cuán tristes, Prometeo,
Tus infinitos males:
En vez de Zeus, honrastes al mortal!
¿Qué ayuda puede darte
Ese linaje efímero
Á quien la ley constriñe del morir?
Que pasa como sombra,
Y nunca logrará
De Jove los decretos destruir.
Mas un cantar lejano
Penetra mis oídos,
Como aquel que en tus nupcias resonó,
Junto á tu baño y lecho,
Cuando llevaste al tálamo,

Con muchos dones, á mi hermana Hesión.

IO.

¿Qué tierra? ¿Dónde estoy?.... ¿Quién es este hombre
Clavado en la alta peña?
Algún delito expía.... ¿Entre qué gentes
Mi fortuna me lleva?
Punza de nuevo el tábano mi rostro,
Y el Argos terrigéna,
Aquel pastor de innumerables ojos,
Mirándome me aterra.
Clava en mí siempre su dolosa vista,
Que ni aun la muerte vela,
Y torna del infierno, y me persigue
Como sombra funesta.
Y mientras huyo por desiertos montes,
Por la abrasada arena,
Suena incesante su encerada caña
Canciones soñolientas.
¡Ay! ¡ay! ¿Cuándo terminas mis dolores?
¿Por qué así me atormentas,
Hijo de Cronos, y en delirio insano
Se agita mi cabeza?
Abráseme tu llama, ó en su centro
Sepúlteme la tierra;
Oye mis ruegos, dame como pasto
Á las marinas bestias.
Harto he vagado: ni reposo encuentro,
Ni se alivia mi pena.
Oye, Saturnio: tu clemencia invoca
La virgen que astas lleva.

PROMETEO.

Esta es la hija de Inaco, por quien Zeus
Ardió en amor: la que persigue Juno,
La que el tábano hiere peregrina.

IO.

¿Tu el nombre de mi padre pronunciaste?
¿Quién eres, infeliz? ¿Tú me conoces?
¿Sabes que un monstruo sin cesar me punza?
De su ardiente aguijón y de sus saltos
Huyendo voy: la cólera me sigue
De la implacable Juno. ¿Quién padece
Lo que padezco yo? Dime, si sabes,
Cuándo este mal acabará prolijo:
La virgen vagabunda te lo ruega.

PROMETEO.

Yo te diré cuanto saber ansías,
No por enigmas, mas en frase clara,
Como se debe hablar á los amigos.
Soy Prometeo, robador del fuego.

IO.

¡Oh! Tú que tanto bien al hombre diste,
¿Por qué causa padeces?

PROMETEO.

No sin llanto
Acabo de narrar mis infortunios.

IO.

¿Y á mí no los dirás? ¿Quién á esa roca
Aguda te clavó?

PROMETEO.

Del Padre Zeus
La voluntad: el arte de Vulcano.

IO.

¿Y qué delito expías?

PROMETEO.

Harto sabes.

IO.

¿Y mi errante correr, cuándo termina?

PROMETEO.

Más te vale ignorarlo que saberlo.

IO.

Lo que he de padecer, no me lo ocultes.

PROMETEO.

No te lo ocultaré. Mas no te envidio.

IO.

Dímelo todo pronto.

PROMETEO.

Pero temo
Tu ánimo perturbar....

IO.

Nada receles;
Me es grato oirte.

PROMETEO.

Pues decirlo es fuerza,
Y lo quieres, escucha.

CORO.

Mas nosotras
La causa de su mal saber queremos:

Ella debe contar sus desventuras.
Tú anunciarás más tarde su destino.

PROMETEO.

Cumple su voluntad, sagrada Io;
Son de tu padre hermanas. Y es muy dulce
Contar nuestras desdichas dó podemos
Lágrimas arrancar de quien escucha.

IO.

Nada puedo
Á vosotras negar. Y claramente
Contaros he, por qué suceso triste
Mi mente se turbó: troqué mi forma.
De nocturnas visiones agitada,
Siempre en mi lecho resonar oía
Estas voces de amor: «Virgen dichosa,
¿Por qué tu doncellez guardas avara,
Si tálamo celeste te convida?
Á Jove hirió la flecha del deseo;
Quiere gozar de ti. Sal á los valles
Hondos de Lerna, á los establos ricos
De tu padre, y recibe la mirada
Amorosa del Dios.» Tales ensueños
Mis noches ocupaban. Á mi padre
Osé narrar lo que en el sueño oyera.
Él de Pitho y Dodona á los oráculos
Mensajeros envió, que preguntasen
Cómo á los Dioses aplacar podría.
Con ambigua respuesta se tornaron;

Mas al fin manifiesto vaticinio
Á Inaco ordenó que me arrojara
De su casa y familia, y que vagase
Yo desterrada hasta el confín del orbe;
Y que, no obedeciendo, Zeus el rayo
Contra nuestra progenie vibraría.
Á la voz del oráculo sumisos,
Triste mi padre y triste yo, su casa
Abandoné. Mi ánimo y mi forma
Mudáronse á la vez. Yo deliraba.
De cuernos erizóse mi cabeza:
El tábano voraz en mí sus dientes
Clavaba, y yo con salto furibundo
Por la mansa corriente del Cernéa
Y el collado de Lerna discurría,
Siempre tras mí con infinitos ojos,
Argos, pastor de bueyes, mis pisadas
Iba siguiendo. Inopinado caso
Le privó de la vida. Arrebatada
Yo de furor; por el sagrado azote
Perseguida, vagué de tierra en tierra.
Ya mi historia sabéis: si puedes algo
De mi futura suerte revelarme,
No me halagues con voces engañosas:
Nada más torpe que razón fingida.

CORO.

¡Ay, ay! Nunca pensé que tales nuevas
Insólitas sonaran en mi oído,
Y que tan triste y lúgubre espectáculo
Mi ánimo vacilante aterraría.

¡Ay, ay! Suerte fatal, fortuna de Io;
Horror causa tu vista.

PROMETEO.

¿Ora te espantas
Y llenas de temor? Pues aún espera
Lo que falta sufrir.

CORO.

Dilo, que es grato
Al que padece conocer primero
El término fatal de sus dolores.

PROMETEO.

Ya la oisteis narrar sus propias cuitas.
Ora sabed qué males le reserva
La indignación de Juno. ¡Hija de Inaco,
Fija bien en tu mente mis palabras!
Caminarás primero hacia el Oriente,
Por campos que aún no ha roto el corvo arado;
Verás á los Escíticos pastores
Que lanzan diestros voladoras flechas,
Y conducen en carros sus moradas;
No te acerques á ellos: por la orilla
Del mar camina, mas las rocas huye.
La gente inhospital de los Calybes,
Forjando el hierro, á la siniestra habitan:
Guárdate de ellos. Llegarás á un río
Que no sin causa llaman *el Soberbio*:

No le pases: su tránsito es difícil;
Mas por otro camino te endereza
Á la cima del Cáucaso, eminente
Sobre todos los montes: de su cumbre
Desciende de agua poderosa vena;
Y á los cielos su frente se avecina.
Llegarás por la vía meridiana
Al pueblo que aborrece á los varones:
Las Amazonas. Morarán un día
En Temiscyra, cabe el Termodonte,
En las fauces del Ponto, en Salmydesia,
Escollo á naos, madrastra á navegantes.
Ellas te mostrarán por qué camino
Puedes llegar á las estrechas bocas
De la laguna, al Bósforo Cimmerio,
Que así han de apellidarle los mortales,
Cuando con pecho audaz é ingente gloria
Las Meóticas fauces atravieses.
Dejado entonces de la Europa el suelo,
Del Asia tocarás el continente.
¿No os parece que el tirano Jove
Es en todo violento? Porque quiso
De esta mortal gozar, á tal carrera
Luego la expuso. Ingrato amante, Io,
La suerte te otorgó. Lo que he narrado
Es tan sólo el proemio de tus males.

IO.

¡Ay, ay de mí!

PROMETEO.

¿Y lloras y suspiras
Otra vez? ¿Qué será cuando conozcas
Lo que te resta aún?

CORO.

¿Y aún resta algo?

PROMETEO.

Un tempestuoso piélago de horrores.

IO.

¿Para qué he de vivir? ¿Por qué del risco
No me despeño súbito? Acabaran
Entonces en la tierra mis trabajos:
Más vale morir presto, que la vida
Pasar lidiando con fortuna adversa.

PROMETEO.

Mas yo soy inmortal: ni ese refugio
Me queda, y durarán mis aflicciones
Hasta que Jove de su solio caiga.

IO.

¿Y alguna vez caerá?

PROMETEO.

¿Te alegrarías
Si destronado vieras al tirano?

IO.

¿Cómo no, cuando tanto me ha afligido?

PROMETEO.

Sabe que ha de cumplirse: es ley del hado.

IO.

¿Y quién del regio cetro ha de privarle?

PROMETEO.

Sus mismas imprudentes voluntades.

IO.

¿De qué modo?

PROMETEO.

Él hará tal matrimonio,
Que le pese después.

IO.

¿Divino? ¿Humano?

PROMETEO.

No es lícito decirlo.

IO.

¿Por la esposa
El reino ha de acabar?

PROMETEO.

Parirá un hijo
Más fuerte que su padre.

IO.

¿Á tal fortuna
Ningún remedio encontrará?

PROMETEO.

Ninguno,
Hasta que libre yo de estas cadenas....

IO.

Contra el querer de Zeus, ¿quién librarte

Podrá?

PROMETEO.

Quieren los hados que tu estirpe
Produzca al vengador.

IO.

¿Un hijo mío
Te librará?

PROMETEO.

Generaciones trece
Antes han de pasar.

IO.

¡Presagio oscuro!

PROMETEO.

No me preguntes más de tu destino.

IO.

Antes me lo ofreciste: ora lo niegas.

PROMETEO.

La narración es doble: elegir puedes.

IO.

¿Qué narraciones son?

PROMETEO.

De tus trabajos
Te diré el fin, ó quién estas cadenas
Ha de romper.

CORO.

Refiere lo primero,
En gracia á Io, y á nosotras habla
De tu libertador. Lo deseamos.

PROMETEO.

No lo quiero negar: graba, ¡oh Io!
De tu memoria en las tablillas esto:
Cuando el río atravieses que separa
Entrambos continentes, hacia el orto
Y la cuna del sol tu paso guía.
Á los campos Gorgóneos de Cisthene
Llegarás, do las Fórcides ancianas,
Tres, cygniformes, con un ojo solo
Y un solo diente, habitan, ni reciben
La luz del Sol, ni de la tibia Luna.
No lejos, las alígeras hermanas
Con sierpes por cabellos: las Gorgonas
Enemigas del hombre, que no puede

Su vista resistir, sin que se apague
El aliento vital. De tales sitios
Huye veloz : más monstruos aún te esperan.
Verás los grifos, los de agudas garras
Mudos perros de Jove, y los ginetes
Arimaspos, monóculos, que habitan
Del aurifluo Plutón en las riberas.
Guárdate, no te acerques. Aún más lejos
Verás el negro pueblo que las fuentes
Del Sol conoce y del Etiope río.
Seguirás por su orilla, hasta que llegues
Á los Biblinos montes, de do el Nilo
Su veneranda y fecundante linfa
Manda á la triangular tierra Egipciaca.
Allí es donde los hados te conceden
Fundar colonia. Imperarán tus hijos
En remotas edades. Si algo oscuro
El vaticinio fuere, á declararlo
Estoy pronto : pregunta ; que más ocio
Del que quisiera tengo.

CORO.

Decir puedes
Lo que te reste ; mas si ya expusiste
Su peregrinación, cuéntanos hora
Lo prometido.

PROMETEO.

De sus viajes todos
Ya sabe el fin. Y para que comprenda

Que mi adivinación no es ciencia vana,
Brevemente diré lo que ha pasado
Antes de aquí llegar. Fuiste primero
Á los Molosios campos y á la excelsa
Dordona, en que el oráculo y la sede
De Zeus Thesproto está : do las encinas
Fatídicas, *esposa* te llamaron
De Jove, si algún día la fortuna
Propicia se mostrare. Arrebatada
De súbito furor, por la marina
Al seno ingente de la madre Rea
Viniste, mas de nuevo te llevaron
Tus pasos hacia atrás. El mar de Jonia
Tu nombre llevará, cual monumento
Que denuncie tu paso á los mortales.
Ya ves que lo pasado yo conozco
Como lo porvenir, en vista clara.
Ora escuchadme todas : en Egipto
Canopo está como ciudad extrema,
En las bocas del Nilo; fuerte dique
Á las marinas ondas. Allí Jove
Tu mente calmará, con suave diestra
Halagándote. Y luego al negro Epafo
Parirás. Cuanto riega el Nilo undoso,
Suyo será. Mas vírgenes cincuenta
De su quinta progenie, al suelo de Argos
Bien á disgusto tornarán, huyendo
Las nupcias de sus primos. Como sigue
El gavilán á tímida paloma,
Tal ellos correrán por alcanzarlas;
Pero sin fruto. La pelasga tierra
Recibirá sus cuerpos, cuando caigan

Bajo el hierro cruel de sus esposas,
En una misma noche atravesados.
¡ Para mis enemigos, tales bodas!
Moverase á piedad una tan sólo,
Y á su consorte salvará, queriendo
Antes tímida ser que sanguinaria.
De ella procederá la estirpe de Argos,
Y de esa estirpe el fuerte saetero
Que estos lazos me quite. Tal oráculo
Me dió mi madre, la Titania Temis.

IO.

¡ Ay! ¡ay! convulsión súbita
De nuevo me arrebata:
Mi mente se enloquece
Furiosa é inflamada:
El tábano me punza,
Se agitan mis entrañas;
Los ojos ya sin rumbo
Se retuercen y vagan:
Me lanzo á la carrera,
Frenética de rabia.
La lengua no obedece:
Mis confusas palabras
Estréllanse en las ondas
De mi horrenda desgracia.

CORO.

Por cierto que fué sabio
El que afirmó primero

Que desigual amor no convenía:
 Ni amante de riquezas,
 Ni de linaje excelso,
Quien vive por sus manos ser debía.
 Nunca, nunca las Parcas
 Nos miren ser esposas
De Jove, ó de los otros celestiales:
 ¡Mirad la pena de Io,
 Por Juno perseguida!
¡Ay de la virgen que odia á los mortales!
 ¡Que nunca su mirada
 De amor inevitable,
Ninguno de los Dioses en mí fije!
 En esta cruda guerra,
 De resistir no hay modo
Á Zeus soberbio que los cielos rige.

PROMETEO.

Ya será humilde Zeus, cuando quiera
Tal matrimonio hacer, que del imperio
Y del trono le prive. Cumpliráse
La maldición de Cronos aquel día
Contra su hijo usurpador del solio.
Y nadie, sino yo, indicarle puede
Su salvación entre peligros tales.
Yo lo sé, y aunque ocupe el alto Olimpo,
Y lance el rayo, entre el mugir del trueno,
Nada le ayudará para librarse
De ignominiosa ruína. Que hoy educa
Contra sí un luchador, monstruo indomable,
Que una llama tendrá que venza al rayo,

Y un rugido mayor que el de los truenos:
Monstruo marino que herirá la tierra
Y romperá el tridente de Poséidon.
Entonces el monarca destronado
Verá cuál distan reino y servidumbre

CORO.

Cuanto te place contra Jove dices.

PROMETEO.

Anuncio lo futuro y lo que anhelo.

CORO.

¿Y ha de esperarse que domine á Zeus
Otro Dios?

PROMETEO.

También él caerá vencido
Con mayores miserias.

CORO.

¿Y no temes
Decir tales palabras?

PROMETEO.

Si no puedo

Morir, ¿qué he de temer?

CORO.

Mayor trabajo.

PROMETEO.

Él me le imponga: ya lo espero todo.

CORO.

Quien venera á Adrasteia inevitable,
Es sabio.

PROMETEO.

Veneradle, obedecedle
Mientras reinare. Impere, tiranice
En este breve plazo: de sus iras
Nada me cuido: pasará bien pronto
Ese poder. He aquí su mensajero.
Alguna nueva trae.

HERMÈS.

Á ti, sofista
Insolente y acerbo, de los Dioses
Enemigo, que diste á los mortales
Efímeros, su honor: ladrón del fuego,
Te manda el padre que reveles pronto
De qué nupcias hablabas, quién del solio

Ha de arrojarle. Y dilo sin enigmas
Ni ambajes, Prometeo. No me obligues
Á repetir el viaje. Tus palabras
Para calmar á Jove no aprovechan.

PROMETEO.

Soberbio, altisonante es tu discurso,
Cual de ministro de los Dioses. Nuevos
En el imperio sois, é inexpugnables
Os juzgáis. Pero yo desde esa altura,
¿No he visto descender á dos tiranos?
El tercero caerá con ignominia,
Y muy pronto. ¿Imaginas que yo temo
De esos Dioses de ayer la fiera saña?
Libre de miedo estoy. Vuélvete, Hermes,
Por do viniste. Ni preguntes nada,
Que nada he de decir.

HERMES.

Tu tesón loco
Te trajo á estas miserias.

PROMETEO.

Yo no cambio
Mis males por tu oficio, y antes quiero
Padecer á esta roca encadenado
Que de Jove ser nuncio. Con injuria
Á la injuria respondo.

HERMES.

Que te alegras
De tus presentes daños imagino.

PROMETEO.

¿Yo alegrarme? ¡Ojalá que mis contrarios,
Y entre ellos tú, tal gozo conocieran!

HERMES.

¿También á mí me achacas tu infortunio?

PROMETEO.

Yo aborrezco á los Dioses, cuantos fueron
Al beneficio ingratos....

HERMES.

Tú deliras.

PROMETEO.

Si es un delirio odiar al enemigo,
Yo delirante soy.

HERMES.

¿Quién te sufriera

En la prosperidad?

PROMETEO.

¡Ay me infelice!

HERMES.

Nunca conoce tal palabra Zeus.

PROMETEO.

La aprenderá, que el tiempo enseña todo.

HERMES.

Mas tú nunca aprendiste á ser prudente.

PROMETEO.

Verdad; que si lo fuera, á ti, su esclavo,
No te hablaría.

HERMES.

¿Nada me respondes
De lo que el Padre quiere?

PROMETEO.

¡Complacerle
Debo sumiso.

HERMES.

¡Tú de mí te burlas,
Como de un niño!

PROMETEO.

Y aún más simple eres
Que niño alguno, si saber esperas
Algo de mí. Ni Jove con tormentos
Logrará, ó artificio, que yo hable,
Si no suelta mis lazos. Aunque arroje
Candente llama contra mí, y en blanco
Torbellino de nieve, ó subterráneo
Terremoto, confunda el orbe entero,
No me doblegará. No he de decirle
Quién será el sucesor.

HERMES.

No te conviene
Tal terquedad.... repara....

PROMETEO.

Todo visto
Y decretado está de largo tiempo.

HERMES.

Aprende alguna vez ¡oh temerario!

En tus presentes males la prudencia

PROMETEO.

Molesto estás: Yo sordo cual las olas;
Nunca imagines que podré, aterrado
Por el rayo de Jove, como débil
Mujer, tender mis manos suplicantes
Al que aborrezco más, porque me libre
De estos dolores. Nunca en tal afrenta
He de caer.

HERMES.

Ni yo tornaré á hablarte;
Vano será, pues como indócil potro
El freno tascas, y violento luchas
Contra la rienda. Nada te persuade
Ni te aplaca. Es tu cólera impotente:
No la rige prudencia. Pero escucha,
Si no me obedecieres, qué tormenta
Caerá de males sobre ti. Primero
Estas ásperas rocas se harán trozos
Con el rugir del trueno, y con la llama
Del rayo, y en su centro pedregoso
Tu cuerpo ocultarán. Tras largos días
Volverás á la luz, y el perro alado
De Júpiter, el águila sangrienta,
Encontrará en tus carnes alimento,
Y vendrá cuotidiano convidado
En tu hígado negro á apacentarse.
Ni esperes ver el fin de tu suplicio,

Hasta que un Dios por ti quiera ofrecerse,
Y al Orco descender caliginoso,
Y al Tártaro profundo. Delibera
Que no son éstas vanas amenazas,
Sino anuncio seguro. No la boca
De Jove es falsa nunca: cuanto dice
Luego se cumple. Piensa, reflexiona;
Mejor que pertinacia es la prudencia.

CORO.

No son intempestivas las palabras
De Hermes: él te aconseja que depongas
Tu obstinación y rindas tu soberbia.
Obedécele: al sabio es vergonzoso
De lo recto apartarse.

PROMETEO.

Nada ha dicho
Que yo ignorase: ni es extraña cosa
Que el enemigo al enemigo oprima.
Suelte, pues, contra mí la cabellera
Roja del rayo: se conmueva el éter
Con trueno y lucha de encontrados vientos:
La tierra en sus columnas sacudida
Arranque de raíz el torbellino,
Y las olas del mar suban mugiendo
El curso á interrumpir de las estrellas,
Y la fatalidad mi cuerpo lance
Al Tártaro profundo. Nada puede
Hacer que muera yo.

HERMES.

Son de un demente
Tal pertinacia y voces. ¿Qué le falta,
Para ser manifiesta, á tu locura?
Vosotras, de sus penas compañeras,
Alejaos de aquí: no os aterre
El horrendo mugido de los truenos.

CORO.

No nos des tal consejo, ni nos mandes
Crueles ser: pues compartir queremos
Cuanto padezca él. Son los traidores
La más odiosa peste.

HERMES.

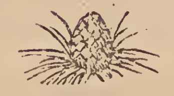
Pues mi aviso
Nunca olvidéis, ni atribuyáis á Jove,
Ni á la Fortuna, la improvisa suerte,
Ya que vosotras mismas, á sabiendas,
De la calamidad os envolvisteis
En las inmensas redes.

PROMETEO.

Ya se mueve
La tierra: ya del trueno el fragor ronco
Resuena: ya de polvo torbellinos
Remolinados vienen: ya los vientos

Unos con otros lidian, y sacuden
El éter y la tierra. Amedrentarme
Quiere sin duda Zeus con tal estruendo.
¡Oh santo numen de la madre mía!
¡Éter que das la luz á los mortales!
¡Ya véis cuánto padezco injustamente!

FIN.





EL OARISTYS

IDILIO DE TEÓCRITO, TRADUCIDO DEL GRIEGO.

LA DONCELLA.

Robó un pastor á la prudente Helena.

DÁFNIS.

Yo gocé de otra Helena el dulce beso.

DONCELLA.

No te jactes, pastor : el beso es vano.

DÁFNIS.

En vanos besos hay dulce deleite.

DONCELLA.

Tu beso borraré : lavo mi boca.

DÁFNIS.

¿Tu boca lavas? Besaré de nuevo.

DONCELLA.

No las doncellas, las novillas besa.

DÁFNIS.

Pierde el orgullo, que cual sueño leve
Pasa la flor de juventud lozana.

DONCELLA.

También se estiman las pasadas uvas :
Aún es fragante la marchita rosa.

DÁFNIS.

Ven á la sombra : mis palabras oye.

DONCELLA.

Son engañosas tus palabras dulces.

DÁFNIS.

Ven á los olmos : tañeré mi flauta.

DONCELLA.

No me deleitan, como á ti, sus sones.

DÁFNIS.

Virgen, las iras de Afrodita teme.

DONCELLA.

Si ella me prende, auxiliárame Diana.
Detén la mano, ó morderé tus labios.

DÁFNIS.

Nadie de Amor á libertarse alcanza.

DONCELLA.

Juro por Pan que burlaré sus flechas.
¿Pero aún insistes en ponerme el yugo?

DÁFNIS.

Temo que Amor á otro varón te entregue.

DONCELLA.

Mil me anhelaron, pero á nadie quise.

DÁFNIS.

Yo sólo vengo á conquistar tus dones.

DONCELLA.

Grande dolor encerrarán las bodas.

DÁFNIS.

Ningún dolor, mas juegos y alegría.

DONCELLA.

Siempre al marido temblará la esposa.

DÁFNIS.

Es de la casa y del marido reina.

DONCELLA.

Del parto temo los dolores graves.

DÁFNIS.

¿Pues no te ampara la genial Lucina?

DONCELLA.

¿Y tras el parto la hermosura queda?

DÁFNIS.

Ella de nuevo nacerá en tus hijos.

DONCELLA.

¿Qué me darás en opulenta dote?

DÁFNIS.

Bosques, ganados, abundosos pastos.

DONCELLA.

No abandonarme, por los Dioses jura.

DÁFNIS.

Por Pan lo juro: seguiréte aunque huyas.

DONCELLA.

¿Tálamo harás en la paterna casa?

DÁFNIS.

Y establos llenos de balantes greyes.

DONCELLA.

Mas ¿qué decir á mi amoroso padre?

DÁFNIS.

Mi nombre dile : gustará del yerno.

DONCELLA.

Dime tu nombre : agradaráme acaso.

DÁFNIS.

Dáfnis, de Lycas y de Nómis hijo.

DONCELLA.

Soy bien nacida como tú, boyero.

DÁFNIS.

Menos ilustre, de Menalcas hija.

DONCELLA.

Muéstrame el bosque y los establos pingües.

DÁFNIS.

Ven do floridos los cipreses se alzan.

DONCELLA.

Paced, cabrillas; miraré sus campos.

DÁFNIS.

Toros, paced, mientras mis campos mira.

DONCELLA.

Sátiro, pára la atrevida mano.

DÁFNIS.

Quiero coger las ya maduras pomas.

DONCELLA.

Tiemblo.... ¡por Pan!.... Perezco.... desdichada....

DÁFNIS.

Di: ¿por qué tiemblas, de mis ojos lumbre?

DONCELLA.

La tierra mancha mi ligera veste.

DÁFNIS.

Blando vellón sobre la tierra pongo.

DONCELLA.

¿Por qué desatas la virgínea zona?

DÁFNIS.

En sacrificio á la de Chipre Reina.

DONCELLA.

Oigo rumor.... Se acercarán al bosque.

DÁFNIS.

Son los cipreses, que tus bodas cantan.

DONCELLA.

¿Cómo mi velo desgarraste, aleve?

DÁFNIS.

Otro más rico te daré mañana.

DONCELLA.

No cumplirás lo que prometes hora.

DÁFNIS.

¡Alma te diera, y corazón y sangre!

DONCELLA.

Perdón, Artemis: ¡sucumbió tu ninfa!

DÁFNIS.

Á ti una vaca inmolaré, Cipriota.

DONCELLA.

Doncella vine..... y tornaré á mi casa....

DÁFNIS.

No ya doncella, mas esposa.... y madre.
Así dijeron con susurro leve
Entrambos pastorcillos sus amores,
Y, abandonando su furtivo lecho,
Tornó á sus cabras la gentil zagala,
Alegre el corazón, roja la frente;
Dáfnis contento se volvió á sus toros.

Santander, 1879.



APÉNDICE



TRADUCCIÓN

DEL

FRAGMENTO APÓCRIFO DE CATULO

QUE FORJÓ EL ABATE MARCHENA.

Mas ya traerán los siglos un héroe más excelso,
Invicto en las batallas y armipotente más:
Será de estirpe Eácida: que sólo el fuerte Aquiles
Á tal varón pudiera noble prosapia dar:
Le admirarán los siglos; y en tanto nuestros dedos
De las humanas gentes los hados urdirán.
Cruzando los estambres, corred, husos ligeros;
Del porvenir las telas, fatídicos hilad.

Y no en el Helesponto se encerrará su gloria,
Antes el orbe todo triunfante correrá:
Los campos de Germania que corta el Istro helado
Los que el Etíope Nilo fecundizando va;

La tierra de Saturno, de mieses abundosa,
Do lame el rojo Tíber de Remo la ciudad....
Cruzando los estambres, etc.

De su valor ingente se admirará el Germano,
Y el Dacio y el Scita guerrero temblarán,
Pues como la centella que Jove airado lanza
Entre fragor de truenos y recia tempestad,
Si prende en seca paja ó en resonante espiga,
Por campos y montañas extiéndese voraz,
Así él con muertos cuerpos atajará á los ríos,
Cuando soberbios corran á sumergirse al mar.
Cruzando los estambres, etc.

Mas cuando la victoria su frente coronare,
Anime la clemencia su soberana faz:
Venciendo y perdonando someta á los vencidos,
Y su triunfal carroza cien pueblos seguirán.
Cruzando los estambres, etc.

Estos serán los juegos en que el potente Aquiles
Los años ejercite de su florida edad,
Y cuando rinda el hierro cansado el enemigo,
Y al orbe retornare la fugitiva paz,
El hórrido caudillo, las armas ya depuestas,
En senectud gloriosa su pueblo regirá;
Y al pueblo y al monarca los Dioses sus mercedes,
Como en el siglo de oro, sin tasa otorgarán.
Cruzando los estambres, etc.

Nunca el furor impío, su veste desgarrando,
En intestinas lides abrase la ciudad,

Ni hermanos contra hermanos, ni padres contra hijos
En propia sangre tiñan el brazo criminal.
Cruzando los estambres, etc.

Desde la santa era de Deucalión y Pirra
Ninguna más dichosa que esta futura edad.
Cruzando los estambres, etc.





LOS SEPULCROS

POEMA ITALIANO DE HUGO FÓSCOLO.

Á HIPÓLITO PINDEMONTE.

Deorum manium jura sancta sunto.
(XII TABLAS.)
All'ombra de'cipressi e dentro l'urne....

Del ciprés á la sombra, en rica urna
Consolada de llanto, es menos duro
El sueño de la muerte? Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno,
Y no contemple más del sol la lumbre
Dorar las mieses, fecundar la tierra,
Y de hierbas cubrirla y de animales,
Y cuando bellas de ilusión futura
No dancen ante mí las leves horas:
Ni, dulce amigo, tu cantar escuche
Que en armonía lúgubre resuena,
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente

El puro aliento de las sacras Musas,
¿Bastará á consolarme yerto mármol
Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?

Es verdad, Pindemonte : aun la Esperanza,
Última Diosa, los sepulcros huye;
Todo, el olvido en su profunda noche
Presto lo oculta, y sin cesar girando
Una fuerza invencible lo trasmuda,
Y el hombre y sus sepulcros colosales,
Y sus últimos restos, y sus nombres,
De la tierra y del cielo borra el tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
Es para él del mundo la armonía,
Si puede alimentar dulces recuerdos
En los pechos amantes? La celeste
Correspondencia de amoroso afecto
Don es á los humanos otorgado :
Por él vivimos con el muerto amigo,
Y él vive con nosotros : la piadosa
Tierra que en su niñez le alimentaba,
Le ofrece en su regazo último asilo,
Y sus cenizas de la lluvia impía
Y del profano pie guarda y defiende;
Su nombre escribe en mármol, y con flores
Del árbol amigo su sepulcro cubre,
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.

Mas quien afectos no dejó en herencia,
Con triste rostro mirará las tumbas,
Y si su mente lo futuro rasga,

Errar verá su espíritu entre el llanto
De la acerba mansión aquerontéa,
Ó levantarse en las augustas alas
Del divino perdón; pero su polvo
Deja á la ortiga del terrón desierto,
Donde ni dama enamorada ruegue,
Ni escuche el pasajero los suspiros
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.
Hoy nueva ley aparta los sepulcros
De piadosas miradas, y á los muertos
Hasta el nombre disputa ó se le niega.
¡Oh Talía! Sin tumba el sacerdote
Yace, que con amor, en pobre asilo,
Te educaba; un laurel ciñó tus sienes
De preciada corona; tú aplaudías
Con dulce risa el cántico festivo,
Punzante al Sardanápalo lombardo,
Con el mugir, dormido, de sus bueyes,
Que arando las campiñas del Tesino,
Ocio le dan, riquezas y abundancia.
¡Oh bella Musa! ¿Dónde estás? No siento
Pura ambrosía, indicio de tu numen,
Entre las plantas do recuerdo triste
Mi techo maternal. Aquí venías
Tu poeta á escuchar, bajo aquel tilo
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas,
Porque no cubre, ¡oh Diosa!, del anciano
La urna con la sombra de sus ramas.
¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos
El lugar do descansa la cabeza
Sagrada de Parini? No en sus muros
Sombra le puso, mármol ni inscripciones

Milán, la de cantores mutilados
Halagadora; sus cenizas mancha
Tal vez con torpe sangre el homicida
Que purgó en el patíbulo su crimen;
Acaso siente cuál sus huesos roe
Abandonado can que triste aulla
Y hambriento escarba la olvidada fosa,
Mientras nocturno buho vuelve al nido,
Si la luna alumbró el fúnebre campo,
Y en inmundos sollozos se lamenta
Del pálido fulgor que los luceros
Sobre la tumba abandonada vierten.
¡Oh sacra Musa! De la oscura Noche
Por tu poeta la merced implora.
¡Ay del difunto que ni gloria humana
Tras sí dejare ni amoroso llanto!
Flores no nacerán sobre su losa.

Cuando las nupcias, tribunales y aras
Dulcificaron de la humana gente
Las ásperas costumbres, y piadosas
Tornáronlas, los vivos arrancaron
Al aire vago, á las voraces fieras,
Los míseros despojos que Natura
En raudo vuelo, en incesante giro,
Nueva existencia á producir destina.
Monumentos de gloria los sepulcros
Fueron al par que venerandas aras.
Allí los lares responder solían;
Del oráculo allí la voz oyóse,
Y fué temido el juramento horrible
Sobre el paterno polvo pronunciado.

Tal religión que con diversos ritos
La virtud patria y la piedad unía,
Fué por largas edades continuada.
No siempre el pavimento recubrieron
De los templos las losas sepulcrales,
Ni el hedor de cadáveres mezclado
Al humo del incienso respiróse,
Ni entristecieron la ciudad efigies
De hórridos esqueletos, ni las madres
Despertaban del sueño estremecidas,
Tendiendo el nudo brazo á la cabeza
Del tierno niño que en su seno yace,
Oir pensando de irritada sombra
Largo gemir que el corazón helaba.
En otra edad, los cedros, los cipreses,
De efluvios puros impregnando el aire,
Hojas tendían en memoria eterna
Sobre la urna, y en corintios vasos
Derramadas las lágrimas votivas,
Una antorcha encendían los amigos,
De la lumbre del sol con una chispa,
Para alumbrar la subterránea noche,
Porque los ojos moribundos buscan
La luz del sol, y el último suspiro
Todos los pechos á su luz exhalan.
Las fuentes, derramando aguas lustrales,
Amarantos regaban y vïolas
En el fúnebre cerco, do si alguno,
Á libar leche y á contar sus penas
A los caros finados, se acercaba,
Sentía en torno una fragancia pura
Como las auras del Elíseo prado.

Hoy piadosa locura á las doncellas
Britanas hace suburbanos predios
Mucho estimar, donde el amor las lleva
De la perdida madre, do imploraron
Al Genio del lugar por el retorno
Del héroe que rompió vencida nave,
Y de su mástil fabricó su tumba.
Donde duerme el afán de ínclitos hechos
Y el trémulo pavor y la opulencia
Son del vivir político ministros,
Inútil pompa, precursora imagen
Del Orco, son marmóreos monumentos.
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,
Gloria y decoro de la Ausonia tierra,
En sus palacios, entre vil lisonja,
Tiene, aun en vida, excelsa sepultura,
Y en vanos timbres su grandeza asienta.
Ven, dulce muerte, reposado albergue
Do la Fortuna sus venganzas cesa:
Recoja la amistad, no de tesoros
Herencia, mas de canto no humillado
Y libres pensamientos el ejemplo.

Á egregios hechos, Pindemonte, excitan
Las urnas de los fuertes: bella y santa
Hacen al peregrino aquella tierra
Que las oculta. Cuando vi el sepulcro
Donde de aquel varón los restos yacen,
Que el cetro del tirano moderando,
Deshoja su laurel, y al pueblo muestra
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo

Alzó en Roma á los Dioses, y la tumba
Del que vió al sol inmóvil, y á los mundos
Bajo el etéreo pabellón rodando,
Y al Ánglico inmortal mostró la vía
Del antes ignorado firmamento;
«Dichosa te llamé, ciudad que baña
Aura vital, y lava el Apenino
Con torrentes lanzados de su cumbre;
Limpidísima luz vierte la luna
En tus collados que la vid decora,
En los cercanos valles que á los cielos
Despiden de mil flores el aroma.
Tú, Florencia, escuchaste la primera
Del desterrado Gibelino el canto,
Y tú los padres diste y el idioma
Al dulce vate, de Caliope labio,
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma,
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus,
Y más felice aún, porque en un templo
Conservas fiel las italianas glorias,
Las únicas quizá, pues de los Alpes
El mal vedado paso y la inconstante
Omnipotencia de la humana suerte
Armas te arrebataron y defensa,
Y aras y patria: esta memoria sola
Nos resta; de aquí brote refulgente
Luz de esperanza á la oprimida Italia,
Y el fuego encienda en generosos pechos.
Alfieri en estas tumbas á inspirarse
Venir solía: con los patrios Dioses
Airado, en torvo ceño, erraba mudo

Por la orilla del Arno más desierta,
Con ansioso recelo contemplando
Los montes y los valles, do ninguno
Á su anhelar quejoso respondía:
Sobre el mármol dobló la frente austera
Con palidez mortal, mas aún brillaba
La divina esperanza en su semblante.
Hoy yace en esos mármoles: sus huesos
Aún á la voz de patria se estremecen;
Desde el sacro recinto un Numen habla,
Numen de patria, que animó á los Griegos
Contra el Persa invasor, en Salamina,
Y en Maratón, do consagrara Atenas
Trofeos á sus hijos. El piloto
Que surcó desde entonce el mar Eubéo,
Vió centellear en la tiniebla oscura
Fulgor de yelmos y encendidas teas,
Humear ígneo vapor las rojas piras,
Armas brillar cual si la lid tornara,
Y escuchó en el silencio de la noche
Tumulto de falanges por el campo,
Clangor vibrante de torcidas trompas,
Relincho de corceles voladores,
Gemir de moribundos, triste llanto,
Himnos de gloria, y funerales trenos.

¡Feliz tú que el imperio de los vientos
En tus floridos años recorriste,
Y si la antena dirigió el piloto
Tras las islas Egéas, cierto oiste
Del Helesponto resonar la costa
Con los hechos antiguos, y espumosa

Y rugiente miraste á la marea
Las armas conducir del fuerte Aquiles
Á las playas Retéas, á la tumba
De Ayax de Telamón! Sólo la muerte
Dispensa con justicia eterna gloria;
Ni astuto ingenio ni favor de reyes
Al Ítaco falaz aprovecharon;
Las ondas le arrancaron su despojo,
Por los ínferos Dioses concitadas.

Yo en peregrinas tierras fugitivo
Por anhelo de gloria y triste suerte,
Estos nombres evoco; que las Musas,
Del mortal pensamiento animadoras,
Fieles custodios, los sepulcros guardan,
Y cuando el tiempo con sus alas frías
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen
Alegres con su canto los desiertos,
Y vence poderosa su armonía
De siglos mil las sombras y el olvido.
Por eso hoy en la Tróade contempla
Con asombro y respeto el peregrino
Un lugar por la Ninfa consagrado
Que fué esposa de Jove, y dió la vida
Á Dárdano inmortal, de do Asaráco
Y los cincuenta tálamos proceden,
Y Troya, el reino de la Iulia gente.
Oyó Electra el decreto de la Parca
Que del aura vital la transportaba
Á los Elíseos coros, y al Tonante
Esta postrer plegaria dirigía:
«Si te agradó mi rostro y mi belleza

Y las dulces vigilias á mi lado,
Y algún premio mayor no me deparas,
La muerte amada desde el cielo mira
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»
Rogando así, moría, y el Saturnio
Gimió, doblando la inmortal cabeza,
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,
Y aquella tumba consagró por siempre.
Allí yace Erictónio, y duerme, el justo
Ilión; allí venían las Troyanas
Sacrificios á hacer, queriendo en vano
El hado detener de sus maridos;
Allí vino Casandra, cuando el pecho
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía
De Pérgamo anunciar los tristes hados,
Y á las sombras cantaba himno amoroso.
Guiando á sus sobrinos, exclamaba
Con profundo suspiro: «Si de Argos,
Do al hijo de Laerte, al de Tideo,
Conduciréis al pasto los corceles,
Tal vez tornar os concediera el hado,
En vano buscaréis la patria vuestra;
Los muros arderán, obra de Febo,
Aún veréis humeantes sus reliquias.
En esta sacra tumba los Penates
Habitarán de Ilión, que en la desdicha
Los Númenes conservan el recuerdo.
¡Oh palmas y cipreses que las nueras
De Príamo plantaron, y que presto
¡Ay! creceréis con lágrimas bañados
De tristes viudas, proteged mis padres!
Y quien llegare á la espesura sacra

Que vuestras ramas formarán creciendo,
Pío se dolerá de nuestros males,
Y tocará con reverencia el ara.
Amparad á mis padres: algún día
Veréis errante á un ciego en vuestros bosques,
Trémulo penetrar en los sepulcros,
Las urnas abrazar é interrogarlas:
Entonces gemirán los hondos antros,
Y narrarán las tumbas el destino
De Ilión, dos veces en el polvo hundida,
Y dos tornada á alzar con nueva gloria,
Sobre las mudas calles opulenta,
Para adornar el último trofeo
Del Pélide fatal. El sacro vate,
Aplacando las sombras con su canto,
Ensalzará á los príncipes argivos
Por cuanto baña el piélago sonante,
Y á ti, Héctor, dará llanto sublime.
Santa será la sangre derramada
Por la patria infeliz, mientras radiante
El sol alumbre la miseria humana.»

Santander 4 de Setiembre de 1875.





EL CIEGO

IDILIO DE ANDRÉS CHENIER.

Dieu dont l'arc est d'argent, Dieu de Claros, écoute....

Oye mis ruegos tú, deidad de Claros,
Apolo Smínteo, el de la alada flecha
Y arco de plata. Moriré sin duda,
Si tú no guías á este errante ciego.»
Tal pronunciaba con suspiro triste,
Penetrando en la selva, errante anciano,
Y en una piedra se sentó gimiendo.
Al ladrido tenaz de los molosos,
Custodios fieles de la grey balante,
Tras él corrían con veloces pasos,
Hijos de aquella tierra, tres pastores,
El furor deteniendo de sus canes,
Por amparar del viejo la flaqueza,
Y acercándose á él, así decían:
—«¿Quién es aqueste anciano, débil, ciego?
¿Será por dicha morador celeste?

Grandeza y altivez su faz anuncia;
Pende una lira informe de su cinto,
Y al resonar su canto, se estremecen
El aire, el mar, el cielo y las montañas.»
Él sus pasos oyó, y atento espera,
Y tiembla al acercarse, y ambas manos
En ademán de súplica extendía.
—«No temas (dicen ellos), extranjero,
Si ya en forma terrestre, deleznable,
No eres un Numen que á la Grecia ampara:
¡Tanta grandeza en tu vejez descubres!
Si eres sólo un mortal, ¡oh triste anciano!,
No te arrojaron las marinas olas
Á tierra cruda y de piedad ajena.
Nunca el destino da dicha colmada;
Á ti los altos Dioses concedieron
Noble y sonora voz, pero tus ojos
Cerraron á la luz del claro día.»
—«Infantil vuestra voz blanda parece:
Niños seréis, mas los discursos vuestros
Prudencia suma y madurez revelan.
Pero siempre recela el indigente
Extranjero que sirven sus desgracias
De objeto á muchos de baldón y risa.
No compararme á los celestes Dioses
Oséis: ¿mis canas, mi arrugada frente
Y esta perenne noche de mis ojos,
Son de un Numen tal vez digno semblante?
¡Soy hombre entre los hombres desdichado!
Si á un pobre conocéis, errante, triste,
Á ese tan solo compararme puedo.
No porque yo intentara, cual Tamíris,

La prez del canto arrebatar á Apolo,
Ni, cual Edipo, con incesto hubiera
Y parricidio, sobre mí llamado
De las negras Euménides las iras.
En mi vejez el Hado omnipotente
Me reservaba la tiniebla oscura,
Y en destierro vagar, hambre y pobreza.»
—«Toma, y ojalá cambie tu destino,»
Ellos dijeron: y sacando luego
De una de cabra piel blanca y luciente
El manjar aquel día preparado,
En sus rodillas ponen á porfía
El blanco pan de trigo, la aceituna,
La almendra, el queso y los melosos higos.
Come también el perro, que yacía
Entre sus pies, mojado y sin aliento,
Que nadando dejó la corva nave
Á pesar del remero, y en la orilla
Vino á juntarse á su infelice dueño.
—«No siempre mi destino es inflexible;
Salud, ¡oh niños! (el anciano dijo),
De Jove mensajeros. ¡Venturosos
Los padres que á estos niños engendraron!
¡Venid, y que mis manos os conozcan,
Cual si vista tuviera! ¡Oh hijos míos,
Hermosos sóis los tres, vuestros semblantes
Hermosos son, y dulces vuestras voces!
¡Qué amable es la virtud de gracia llena!
Creced cual la palmera de Latona,
Del cielo don, del mundo maravilla,
Que contemplé, cuando mis ojos vieron,
Al aportar á la sagrada Délos,

Cerca de Apolo y de su altar de piedra.
Cual ella creceréis grandes, robustos,
Fuertes, de los mortales venerados,
Porque amparar sabéis tanta desdicha.
Apenas el mayor tendrá trece años,
¡Oh niños míos! : yo era casi viejo
Antes que vuestros padres respiraran.
Siéntate junto á mí, del viejo cuida,
Tú el mayor de los tres.»—«Cantor ilustre,
¿Cómo ó de dónde vienes? que las olas
Rugen por donde quiera en nuestra orilla.»
—«Mercaderes de Cyme me guiaron;
Dejaba de la Caria las riberas,
Por ver si Grecia patria me ofrecía
Y los Dioses benignos me otorgaban
Suerte menos cruel, horas serenas:
¡Que la esperanza hasta el sepulcro vive!
Mas nada tengo; ni pagar el viaje
Pude á los nautas, y ellos me arrojaron,
Como visteis poco ha, á vuestra ribera.»
—«¿Y por qué no cantaste, dulce viejo?
Con tu armoniosa voz pagar podías.»
—«¡Hijos! del ruiseñor los dulces sones
Nunca del buitre calmarán la rabia,
Ni los avaros, insolentes ricos,
Alma tendrán para gustar del canto.
Guiado por mi báculo, en la arena,
Del piélago al mugir, solo, en silencio,
Escuché los balidos de un rebaño
Y el resonar de la bronceada esquila.
Tomé la lira: á sus movibles cuerdas
Los dedos apliqué, ya temblorosos,

La bondad implorando de los Dioses,
Y en especial de Jove hospitalario.
Mas de pronto sonó voz formidable
Y enormes perros contra mí vinieron,
Y vosotros con piedras y con gritos
Calmasteis luego su iracunda rabia.»
—«¿Será cierto tal vez, ¡oh padre mío!,
Que ya perverso degenera el mundo?
En otro tiempo, al escuchar la lira,
Lobos y tigres, su furor rendido,
De un cantor como tú los pies besaban.»
—«¡Bárbaros, ay! Sentado yo en la popa,
Canta, gritaba aquella chusma impía:
Si ve algo más tu ingenio que tus ojos,
Destierra nuestro enfado, *vagabundo.*
Yo confundirles quise con mi acento,
Mas no se abrió la boca á la respuesta;
Hice callar la lengua, y con la mano
Detuve al Dios hirviente ya en mi seno.
¡Oh Cyme, pues tus hijos ofendieron
Á la prole inmortal de Mnemosina,
Profundo olvido su memoria cubra
Y sepulte su nombre densa noche!»
—«Ven á nuestra ciudad, de aquí vecina,
Que á los amigos de las Musas ama:
Un asiento te espera en los festines
Con argentinos clavos tachonado.
Ricos manjares, miel y dulce vino
De los pasados males la memoria
Desterrarán, so la columna alzada
Do pende de marfil sonante lira.
Si en el camino, rápsoda ingenioso,

Con celestiales cantos nos deleitas,
Diré que Apolo desde el alto Olimpo
Tu son inspira y tus acordes rige.»
—«Marchemos, sí; ¿mas dónde me conduces?
Hijos del triste ciego, ¿dónde estamos?»
—«En la isla de Sicos fortunada.»
—«¡Sicos, salud, hospitalaria siempre!
Piso otra vez tu venturosa orilla;
Amigos, vuestros padres me conocen.
Cual vosotros crecían, cuando vine
Joven, lozano: contemplar podía
La primavera, el sol, la blanca Aurora.
Siempre el primero en la gallarda liza,
En la pírrica danza, en la carrera:
Argos y Creta, Atenas y Corinto
Yo visité; la de cien puertas Tébas,
Y del Egipto la ribera fértil.
Mas la tierra y el mar, el Tiempo, el Hado,
Mi cuerpo han oprimido de dolores:
Sólo la voz me queda, cual cigarra
Que cantando en las ramas se consuela.»
—«Ante todo á los Dioses invoquemos:
¡Oh soberano, omnipotente Jove,
Sol que en tu lumbre lo penetras todo,
Mar, tierra, ríos, vengadoras Furias,
Salud, oh del Olimpo habitadores!
Todo saber procede á los mortales
De vosotras, ¡oh Musas!: comencemos....»

Él prosiguió: las ramas se inclinaron
Del roble antiguo á sus cadentes sones,
Libre dejó el pastor á su ganado,

Y olvidando el camino los viajeros,
Pararon á su voz. Él suspendido
Del fuerte brazo de su joven guía,
Sintióles agruparse y detenerse,
Con avidez oyendo sus cantares,
Y Ninfas y Silvanos de sus grutas
Á admirarle salir, no respirando,
Sobrecogidos con espanto mudo.
Porque cantaba en vagorosos himnos,
Cuál se juntaron en fecundo abrazo
Las primeras semillas de los seres,
Los principios de fuego, tierra y aire,
Y del seno de Jove descendida
El agua á congregarse en hondos ríos:
Las leyes, los oráculos, las artes
Y la concordia fraternal del pueblo:
El caos, los amores inmortales,
El Rey sublime, que el Olimpo y Tierra
Al mover estremece de sus ojos:
Los Dioses dividiendo fiera lucha,
Sangre celeste enrojeciendo el suelo,
Congregados los reyes, y á sus plantas
Nubes de polvo, carros voladores,
Armas brillantes de guerreros fuertes
Cual vasto incendio en escarpada cima,
Crines flotantes de ligeros potros
Que á sus jinetes á la lid arrastran.
Cantó después la paz de las ciudades,
Los oradores, las sagradas leyes,
Y de los campos la cosecha fértil;
Mas pronto coronadas las murallas
De soldados mostró: víctimas ruedan

En los sagrados atrios, y las madres
Y las esposas gimen; las doncellas
Á torpe esclavitud son condenadas.
Cantó tras esto las alegres mieses,
La grey balante, el mugidor rebaño,
La rústica zampoña, las canciones
De ruidosa vendimia, los festines,
La flauta suave y la ligera danza.
El viento desató que el mar agita
Y al nauta envuelve en las hinchadas olas;
Mas súbito á las hijas de Nereo
Salir ordena de azulada gruta,
Y pronto levantáronse á sus gritos
Naves sin cuento que la mar cortaban
Con rumbo cierto á la troyana orilla.
Mostró después de Stigia las prisiones
Y la ribera criminal, los campos
De asfódelo, do vagan macilentas
Sombras, de luz y de vivir privadas,
Tristes ancianos por la edad vencidos,
Jóvenes arrancados de sus padres,
Niños cuyo sepulcro fué la cuna,
Y doncellas que en flor arrebatadas
Tálamo hallaron en la tumba fría.
¡Bosques, arroyos, montes y peñascos,
Cómo debisteis palpitar de gozo,
Cuando el vate mostraba al divo Hifesto
Forjando en Lémnos, en el sacro yunque,
Aquella red irresistible y fina,
Como de Arachne las sutiles hebras,
Y entre sus hilos enredando á Venus,
Ó cuando en piedra trasformaba á Nióbe,

Madre tebana, de altivez en pago,
Ó cuando con acento lastimero
De la triste Aedon repitió el lloro,
Que de un hijo madrastra involuntaria
Huyó, cual ruiseñor, á la espesura
Del solitario bosque. Con el vino
Vertió después el nephéndes potente,
Que olvido inspira de los males todos,
De los guerreros en las copas: luego
Cogió la flor del moly, que á los hombres
Hace prudentes, sabios y felices,
Y del calmante lotos la bebida,
Con cuyo filtro olvidan los mortales
Los caros padres y la dulce tierra.
Vieron, por fin, el Osa y el Peneo
Y la espesura umbrosa del Olimpo,
Las mesas de Himeneo ensangrentadas,
Cuando el monstruoso pueblo de la noche
De Piritóo el festín solemnizaba;
Y Teseo arrancó medio desnuda
La esposa de su amigo, del robusto
Brazo del ebrio, del salvaje Eurito,
Mientras, acero en mano, el desposado
«*Espera* (le gritó), *traidor*, *espera :*
Fuerza es que hoy vengue el insolente ultraje.»
Mas, antes que él, sobre el Centauro fiero,
Hizo Dryas caer ardiente pino,
Con el hierro sus ramas erizadas.
El cuadrúpedo atroz en vano clama
Y el suelo hiere, donde al fin sucumbe.
Y al esfuerzo de Nesso armipotente
Ruedan Cymele, Periphas, Evagro;

Mata Pirito á Antímaco y Petreo,
Y al de nevados pies, leve Cilaro,
Y al negro Macareo, que con pieles
De tres leones por su mano heridos
Armaba sus ijares y su seno.
Encorvado, una roca levantando,
Imprudente Bianor, es sorprendido
Por Hércules divino, que sepulta
En un vaso de bronce antiguo, inmenso,
Herida con la clava, su cabeza;
Y ceden al furor del bravo Alcides
Licotas, Clamis, Demoleón, Rifeo,
Que ostentaba en sus crines orgulloso
El heredado brillo de las nubes.
De doble lid Eurínomo sediento,
Mueve sus pies en raudo torbellino,
De Néstor sacudiendo la armadura
Con repetidos golpes: huye el duro
Yélops, y con el brazo levantado
Espera el ágil Crántor la embestida;
Mas súbito Eurynómo se interpone
Y va á hender con el leño su cabeza:
Vióle el hijo de Egeo ensangrentado,
Y del ara arrancó una ardiente encina;
Lanzó grito terrible; de su espalda
Nunca domada las flotantes crines
Asió veloz, y sepultó en su boca,
Abierta con esfuerzo poderoso,
La llama juntamente con la vida;
Despójase el altar de sus antorchas,
Y armas para el combate les ministra;
Suena en el bosque femenil gemido;

Los ungulados pies baten la tierra,
Y mézclase al tumulto del combate
Ruído de vasos con estruendo rotos,
Injurias, gritos, moribundos ayes.»

Así el viejo de imágenes osadas
Desarrolló el tejido portentoso,
En tanto que lòs niños asombrados
Contemplaban salir de aquella boca
Raudo torrente de inmortal palabra,
Como en invierno la copiosa nieve
Cae en la cima del erguido monte.
Á su encuentro, con ramas en las manos,
Salen de la ciudad los moradores,
Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos,
Flor y ornamento de la isleña Sicos.
«Ven, elocuente vate, repetían;
Ven, armonioso ciego, á nuestros muros;
Alumno de las Musas, convidado
Al nectáreo banquete de los Dioses;
Nuestra isla habitarás, y quinquenales
Juegos celebrarán el fausto día
En que holló nuestra playa el grande *Homero*.

Santander 6 de Diciembre de 1875.





EL JOVEN ENFERMO

IDILIO DE ANDRÉS CHÉNIER.

Apollon, Dieu sauveur, Dieu des savants mystères....

Apolo salvador, Dios de la vida,
Dios del misterio y las salubres plantas,
Vencedor de Python, joven, triunfante,
Apiádate de mi hijo, mi único hijo,
Y de su madre, en lágrimas bañada,
Que sólo por él vive, y moriría
Si perdiese la lumbre de sus ojos,
Que no ha vivido para verle muerto....
Su juventud ampara: joven eres;
Extingue en él la fiebre abrasadora
Que consume la flor de su existencia.
Si logra libertarse del sepulcro
Y al Ménalo tornar con su rebaño,
Mis arrugadas manos, de tu estatua
Suspenderán al pie, la copa de onyx,
Y, cada estío, de un mugiente toro
La sangre correrá sobre tus aras.

¿Siempre, hijo mío, tu silencio triste
Inflexible será? ¿Matarme quieres?
¿En mi cana vejez abandonarme?
¿Tus párpados cerrar, unir tu polvo
Á las cenizas de tu padre debo?
Yo esperaba de ti tales cuidados;
Yo esperaba que el mármol de mi tumba
Regases tú con lágrimas y besos.
Hijo mío, ¿qué pena te devora?
Doble amargura entraña el mal callado.
¿Nunca alzarás los ojos abatidos?»
—«Adiós, madre; me muero.... ya no tienes,
No tienes hijo, madre muy amada;
Te pierdo, que una llaga me consume
Ardiente, venenosa.... Con trabajo
Respiro apenas, é imagino siempre
Que en cada aliento huye de mí la vida.
No hablaré más..... adiós.... me ofende el lecho,
El peso del tapiz.... me oprime todo....
Ayúdame á morir, pónme de lado....
¡Ah! ya espiro.... dolor....»
—«¡Tente, hijo mío
Toma esta copa, esta bebida apura;
Su calor te dará fuerzas y vida;
La adormidera, el díctamo y la malva
Y mil potentes zumos que dan sueño
Vertió á mi ruego en el hirviente vaso
La Tésala hechicera. Ya tres giros
Ha dado el sol, sin que tu boca á Ceres
Ni tus ojos el sueño conocieran.
Toma, hijo mío; ríndete á mis ruegos....
¡Llora tu anciana, inconsolable madre,

Tu triste madre á quien amar decías;
La que otro tiempo dirigió tus pasos,
Te dió sus brazos, te ofreció su seno;
La que á hablar te enseñaba, y muchas veces
Con su canto las lágrimas calmaba
Que arrancó de tus ojos infantiles
El brotar de los dientes doloroso!
¡Beba tu labio pálido y helado,
Que otro tiempo mis pechos oprimiera,
Jugo que nutra y tu dolor mitigue,
Cual tu infancia nutrió la leche mía!»
—«¡Valles, collados, bosques de Erimanto,
Viento sonoro y fresco que las hojas
Sacudes y las aguas estremeces,
Y levantas la túnica de lino
Que avara cubre tu torneado seno....
De leves ninfas saltadores coros....
¿Lo sabes, madre mía? En la espesura
Del Erimanto ni los lobos vagan,
Ni se arrastra la sierpe ponzoñosa....
¡Rostro divino, transparentes aguas,
Flores y danzas, y sonoros cantos!....
¿Lugar más bello ofrecerá la tierra?
Ya no veré esos brazos, esas flores,
Ni los cabellos, ni los pies desnudos,
Blancos y delicados.... Conducidme
Á los umbrosos bosques de Erimanto,
Y allí contemple á la doncella hermosa
Por la postrera vez.... Alzarse vea
Del humo de su hogar larga columna;
Allí acompaña á su felice padre,
Con pláticas sabrosas encantando

Su tranquila vejez. ¡Dioses! la veo,
El vallado saltar, suelta la trenza,
Y luego á lentos pasos dirigirse
De su madre al sepulcro, donde llora,
Sobre él quedando pensativa, inmóvil.
¡Qué hermosa faz! ¡Qué dulces son sus ojos!
¡Ay! ¿Llorarás así sobre mi tumba?
¡Ah! si exclamases, bella de las bellas:
«Crudas con mi amador fueron las Parcas.»
—«¿Conque es Amor insano, ¡oh hijo mío!,
Quien así crudamente te ofendiera?....
¡Hijo mío infeliz! Débiles somos,
Mas siempre nuestro amor al hombre hiere;
Cuando lágrimas corren en secreto,
Siempre por el amor son derramadas.
Mas, dime: ¿en la espesura de Erimanto
Qué virgen viste, qué gallarda ninfa?
¿No eres rico tal vez? ¿No eras hermoso
Antes que tus mejillas marchitara
La dolencia fatal?.... Habla, hijo mío:
¿Es Egle, hija del rey de la onda pura,
Ó Irene rubia, la de largas trenzas?
¿Será por dicha la belleza altiva
Que en templos, en festines es mirada
De madres y de esposas con espanto?
¿Será la hermosa Dáfnis....»
—«Calla, madre,
Calla, que es orgullosa, es inflexible
Como las inmortales, bella, altiva.
Por ella mil amantes anhelaron,
Y la amaron en vano.... Como ellos,
Yo altanera respuesta hubiera oído....

No lo sepa jamás.... Pero oye, madre;
Mira cuál pasan ¡ay! mis tristes días;
Mi ruego escucha; ven en mi socorro;
Yo muero.... ve á buscarla.... que tu rostro
Y tu vejez la imagen de su madre
Traigan á su memoria. El canastillo
Toma, y en él los más preciados frutos,
Y el *Eros* de marfil, la copa de onyx,
De nuestra choza espléndido ornamento.
Toma mis cabritillos, toma al cabo
Mi corazón, y lánzale á sus plantas.
Dila quién soy, y dila que me muero;
Dila que no te resta hijo ninguno;
Abraza de su padre las rodillas;
Implora, gime, y en tu auxilio llama
Cielos y Tierra, Dioses venerandos,
Templos, altares y potentes Diosas.
Vete: si no consigues ablandarla,
Adiós, mi madre, adiós, no tendrás hijo....»
—«Hijo tendré: lo dice la esperanza.»
Sobre el lecho inclinóse, y en silencio
Cubrió la frente del dolor rendida
Con beso maternal mezclado en llanto.
Después salió con paso vacilante
Por la edad y el temor, trémula, inquieta.
Pronto volvió ligera y anhelosa,
Gritando desde lejos:—«Hijo mío,
Ya vivirás.» Sentóse junto al lecho;
Tras ella sonriendo entró un anciano,
Y una virgen después, en cuya frente
Mostró el rubor su púrpura divina.
Hacia el lecho miró, y el insensato

Ocultó tembloroso la cabeza.
Mas ella dijo : —«Amigo, de las danzas
Hace tres días que tu ausencia advierto,
¿Por qué morirte quieres? Tú padeces;
Dicen que sola yo puedo curarte....
Vive, y una familia formaremos,
Y tú padre tendrás, tu madre hija.»

Santander 8 de Diciembre de 1875.





NEERA

IDILIO DE ANDRÉS CHÉNIER.

Mais telle qu'à sa mort, pour la dernière fois...

....

Como en su muerte, por la vez postrera,
El cisne gime, y falleciente entona
Dulce cantar al despedir la vida;
Pálida así, y en la mirada triste,
Sombra funesta, desplegó sus labios
La ninfa, y dijo con susurro leve:
«¡Oh del Sebeto Náyades ligeras;
Cortad las trenzas sobre mi sepulcro!
Clinias, adiós; no volverá tu amada.
¡Cielo, mar, tierra, valles y torrentes,
Flores y bosques y repuestas grutas,
Traed continuo á su memoria el nombre
De Neera, su bien y sus amores;
De su Neera, que por él la casa
Dejara de su madre, y fugitiva

De ciudad en ciudad errante anduvo,
Sin atreverse á levantar los ojos
Delante de los hombres. Ora el astro
De los gemelos de la hermosa Elena
En el jónico mar tu nave guíe;
Ora de Pesto en el vergel lozano
Dos veces en el año frescas rosas
Corte tu mano por tejer guirnaldas;
Si á la puesta del sol, vaga tristeza
Mezclada de dulzura tu alma siente,
Llámame, Clinias: estaré á tu lado,
Ó tras ti volaré: mi espíritu errante
Gemirá entre las hojas de los bosques,
Descenderá en el seno de las nubes,
Llevaránle los vientos en sus alas,
Ó brotará de la marina espuma.
Como centella surcará los aires,
Leve cual sueño, sin cesar volando,
Y siempre tierno y amoroso siempre,
Mi acento blando halagará tu oído.»

SANTANDER 8 de Julio de 1876.





ÍNDICE.

DOS TRAGEDIAS DE ESQUILO.

APÉNDICE.



ERRATAS QUE SE HAN NOTADO

Pág. 140, lín. 14, dice *interpretar:*—léase *interpretar,*

Pág. 140, lín. 15, dice *rey:*—léase *rey,*

Pág. 174, lín. 16, dice *¡Mísera!*—léase *¡Mísera! adivino;* línea 17, quítese *adivino.*

Pág. 215, lín. 18, quítese el punto después de *rica.*

Pág. 216, lín. 2, quítese el punto después de *orbe.*

Pág. 220, lín. 20, dice *logrará*, léase *lograría.*

Pág. 221, lín. 11, dice *Que ni aun la muerte vela,*—léase *Que aun en la muerte vela.*

Pág. 267, lín. 14, quítese el punto y coma después de *Te educaba*, y póngase después de *laurel.*

Pág. 274, lín. 9, quítese la coma después de *duerme.*

Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Antonio Pérez Dubrull,
el día 24 de Enero
del año de
1883.



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

Romancero espiritual del Maestro Valdivielso. —Un tomo, con el retrato del Autor, y un prólogo del Rdo. P. Mir.—4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 25, 30, 250 y 500 pesetas.

Teatro de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II y III (el primero con el retrato del Autor), 5, 4 y 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 7 1/2, 10, 25, 30, 250 y 500 pesetas tomo.

Novelas cortas de D. Pedro A. de Alarcon.—Primera serie (con el retrato y la biografía del Autor) : CUENTOS AMATORIOS.—Segunda serie: HISTORIETAS NACIONALES.—Tercera serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

El Escándalo, novela por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

Poesías de D. Andrés Bello, con un prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y el retrato del Autor.—Un tomo, 4 pesetas.—Tiradas especiales, de 6 á 750 pesetas.

La Pródiga, novela, de D. Pedro A. de Alarcon. —Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

Cosas que fueron, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

El Sombrero de tres picos, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

La Alpujarra, por el mismo.—Un tomo de cerca de 500 páginas, 5 pesetas.—Ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.

Odas, epístolas y tragedias, por D. M. Menéndez y Pelayo. Un volumen de LXXXVIII-304 páginas, con retrato del autor y prólogo del Excmo. se-

ñor D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares de tiradas especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

EDICIÓN PEQUEÑA DE LUJO.

La Perfecta casada, por el Maestro Fr. Luís de León, con el retrato del autor.—Un precioso tomito, con tiradas especiales en pergamino, papel china, Japón, hilo, desde 2 á 50 pesetas ejemplar encuadernado.

OBRAS EN PRENSA.

Teatro de D. A. L. de Ayala.—Tomo IV.
Derecho internacional, de D. Andrés Bello.
Obras de D. Serafín Estébanez Calderón, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.
Viajes por España, por D. P. A. de Alarcon.
Historia de las ideas estéticas de España, por D. M. Menéndez y Pelayo.

OBRAS EN PREPARACIÓN.

Teatro de D. A. L. de Ayala.—Tomo V.
Obras de D. Alejandro Pidal y Mon.
Obras de D. José Eusebio Caro.
Obras de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Historia de Cárlos V, por Pedro Mexía (inédita).
Juicios literarios y artísticos, por el mismo.
Novelas escogidas, de Salas Barbadillo.
Obras escogidas, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de Escritores Castellanos*, se harán á la Librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

La mujer.—Un tomo, 4 pesetas.
Roma.—Tres tomos, 12 pesetas.
La verdad del Progreso.—Un tomo, 4 pesetas.
Viaje de SS. MM. á Portugal.—*La Rosa de Oro.* —*Discurso Académico.*—Un tomo, 4 pesetas.

Poesías, Cantares y Leyendas, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

OBRAS (EN DIVERSAS EDICIONES)

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

DE QUE HAY EJEMPLARES

Á LA VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

Diario de un testigo de la guerra de África. —Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.

De Madrid á Nápoles.—Relación del viaje del Autor por Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc.—Segunda edición, con 24 magníficas láminas.—Un tomo en 4.° mayor, de 580 páginas, 7 pesetas.

Poesías.—Colección completa, con un prólogo de D. Juan Valera.—Un tomo, 5 pesetas.

El Sombrero de tres picos, novela.—Un tomo de lujo, 3 pesetas.

El Escándalo, novela.—Un tomo, 4 pesetas.

El Niño de la Bola, novela.—Un tomo, 4 pesetas.

El final de Norma, novela.—Un tomo, 3 pesetas.

El Capitán Veneno, novela.—Un tomo, 3 pesetas.

La Pródiga, novela.—Un tomo, 4 pesetas.

Novelas cortas.—Primera serie.—CUENTOS AMATORIOS. — *Sinfonía: Conjugación del verbo «amar».—La Comendadora.—El Coro de Ángeles.—Novela natural.—La última calaverada.—El clavo.—La belleza ideal.—El abrazo*

de Vergara.—Sin un cuarto.—¿Por qué era rubia?—Tic.... Tac....—Un tomo, con el retrato y la biografía del Autor, 4 pesetas.

Novelas cortas.—Segunda serie.—Historietas nacionales.—*El carbonero-alcalde.—El afrancesado.—El extranjero.—¡Viva el Papa!—El Angel de la Guarda.—La buenaventura.—¡Buena pesca!—La corneta de llaves.—El asistente.—Dos retratos.—Las dos glorias.—El Rey se divierte.—Fin de una novela.—El libro talonario.—Una conversación en la Alhambra, etc., etc.*—Un tomo, 4 pesetas.

Novelas cortas.—Tercera serie.—Narraciones inverosímiles.—*El amigo de la muerte.—La mujer alta.—Los seis velos.—Soy, tengo y quiero.—Moros y Cristianos.—Los ojos negros.—El año en Spitzberg, etc.*—Un tomo, 4 pesetas.

Cosas que fueron, cuadros de costumbres.—Un tomo, 4 pesetas.

La Alpujarra.—Edición nueva, económica. Un tomo, de cerca de 500 páginas, 5 pesetas.—Hay ejemplares de la primera edición: un tomo en 4.°, de lujo, 9 pesetas.

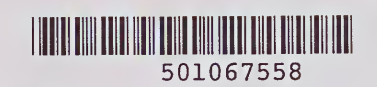
Discursos sobre la Moral en el Arte, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española : 2 pesetas.

EN PRENSA.

Viajes por España.—Un tomo, 4 pesetas.

EN PREPARACIÓN.

Juicios literarios y artísticos.—Un tomo, 4 pesetas.



M. PELAYO

ODAS, EPISTOLAS

Y

TRAGEDIAS